

Revista Cuadrado

EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

REVISTA DE DEBATE POLITICO Y TEORICO

N.º 136
OCTUBRE 1986
300 PTAS.



EL SABOR DEL 22-J

Carlos Martín,
Luis Carlos Rejón,
Juan Trías
y Jesús Ibáñez

LEYENDO A ADAM SCHAFF

Francisco José Martínez

EN EUROPA LA IZQUIERDA SE MUEVE ¿HACIA DONDE?

Josep Palau y Jean Rony

REVISTA DE DEBATE
POLITICO Y TEORICO
EDITADA POR EL PARTIDO
COMUNISTA DE ESPAÑA

CONSEJO DE REDACCION

Eulalia VINTRO - Directora
Luis ARROYO
Esther BENITEZ
José Luis BUHIGAS
Antonio ELORZA
Antonio GUTIERREZ
Francisco HERRERA
Salvador JOVE PERES
Antonio KINDELAN
Daniel LACALLE
Jordi LOPEZ
Damián PRETEL
José SANDOVAL MORIS

CONSEJO ASESOR

Emerit BONO
2 María Antonia CALVO
Andreu CLARET
Ramón ESPASA
Agustín MORENO
Fernando PEREZ ROYO
Nicolás SARTORIUS

Edición y cierre:

Equipo NUESTRA BANDERA

Maqueta y confección:

Javier Urbez

Administración, Distribución y Secretaría

de Redacción:

María GARCIA OSET

Redacción y Administración:

Santísima Trinidad, 5. 28010 Madrid
Teléfono 446 11 00. Ext. 173

Imprime:

EDISSA, Santiago Estévez, 26
28019 Madrid

Depósito legal: M. 20.166-1977

SUMARIO N.º 136

EN PORTADA, UNA INICIATIVA PARA UNA IZQUIERDA EUROPEA

Fundación europea para un socialismo actual. *Josep Palau* 4

Cómo nace la propuesta. La gran apuesta. *Jean Romy* 6

ESPAÑA

El pasado reciente en España. *Daniel Kaplun* 8

EUROPA

Spinelli, defensor de la unidad Europea. *Roberto Barzanti* 12

INTERNACIONAL

Sobre Chile. Antes de pasar la página. *José Luis Gonzalo* 16

El marxismo y la nueva sociedad. *Damián Pretel* 21

DOSSIER ELECCIONES, UN BALANCE

Elecciones generales de 1986. *Carlos Martín* 28

El 22-J en Andalucía. *Luis Carlos Rejón* 40

Los resultados de Madrid. *Juan Trías* 50

22-J: poco ruido y pocas nueces. *Jesús Ibáñez* 56

EN LA FRONTERA

¿Qué teoría, qué política? (II). *Aldo Shiavone* 61

CULTURA

Asamblea de sabandijas de la pintura. *Pablo Corbalán* 66

El futuro no es risueño. *Francisco José Martínez* 70

El keynesianismo no funciona, pero ¿con qué sustituirlo (3).
Robin Murray 74

La crisis en EE.UU. y Europa 78

Carta de la redacción

Querido lector:

Las valoraciones de los resultados electorales del 22 de junio que le ofrecemos en *Nuestra Bandera* (págs. 28 a 60) están escritas por cuatro expertos que no coinciden en su orientación teórica. Al contrastar lo que ellos dicen con lo que dijeron los partidos de izquierda, usted podrá hacerse con una opinión más informada que enriquecerá los ámbitos de vida colectiva en que está participando: usted podrá aportar más elementos en la búsqueda de esa «verdad» provisional de la política de cada día.

Cuando se habla de verdades provisionales, algunos amigos, y otros que no lo son, se escandalizan: creen en una *verdad preestablecida*, en una historia ya escrita antes de que, al vivirla, la inventen sus protagonistas (Jesús Ibáñez, con otra intención, se refiere en un artículo —pág. 56— a grupos españoles comprometidos en la defensa de una supuesta *verdad definitiva*: los militantes de ETA y los militares golpistas). Sus creencias absolutas probablemente les incitan a una febril actividad que, por febril, algunos creen admirable.

Todos hemos admirado en momentos difíciles, de desánimo, ese tipo de compromiso por encima de toda coyuntura, pero, querido lector, como antes se decía, la práctica es criterio de verdad (y aún mucho antes se decía: por sus obras los conoceréis): las obras de esos ingenuos creyentes en una *verdad* al alcance de su mano no han sido, en general, tan dignas de admiración como su activismo; no sé por qué sus obras se relacionan ahora en mi mente, y es quizá una relación desmesurada, con esas enormidades criminales recordadas recientemente en una representación teatral: el exterminio inmisericorde cometido en Camboya por los seguidores del Pol Pot, activistas de un terrible ajuste de la realidad, tan confusa, a su soñada verdad, tan nítida.

«El futuro ya no es lo que era», dijo un día Verlaine. El futuro ya no es, podríamos decir hoy: será lo que hagamos de él. Y para hacer ese futuro habrá que afrontar, dubitativamente, los problemas de hoy, tanteando soluciones entre distintas alternativas. Algunos problemas actuales se afrontan en este número de *Nuestra Bandera*: problemas de la actividad económica, tanto en lo teórico («*Qué teoría, qué política*», pág. 61) como en la política económica («*El keynesiamismo no funciona*», pág. 74; «*La crisis en Estados Unidos y en Europa*», pág. 78); también se afronta, informando más que valorando, uno de los nudos fundamentales del presente: los desafíos que plantea a la iniciativa de la izquierda el desplazamiento de los centros de dirección del capitalismo desde el *Estado-nación* a ámbitos supraestatales («*Una iniciativa para una izquierda europea*», págs. 4 a 8); «*Spinelli, defensor de la unidad europea*», pág. 12).

Todo ello y las aportaciones de nuestras secciones habituales, espero que justifiquen esta entrega de *Nuestra Bandera*.

D. I.

La Fundación europea para un socialismo actual

4

La «Primera Asamblea del Comité Internacional de Politique aujourd'hui» debatió el proyecto de transformación de la revista de debate teórico y opinión en centro de documentación e investigación de la actividad y las estrategias de la izquierda europea

Josep Palau

La reunión en la que he participado es una Asamblea llamada Primera Asamblea del Comité Internacional de la revista *Politique aujourd'hui*. Definida a sí misma como encrucijada de la izquierda europea, ésta ha venido funcionando como revista de intercambio de opiniones, de debate teórico, desde el presupuesto explícito de que hay una cierta crisis de identidad en la izquierda europea ante algunos fenómenos nuevos: las nuevas tecnologías, la salida de la crisis económica, el problema de la paz, de los bloques, requieren una redefinición en profundidad del sentido de la actividad y las estrategias de la izquierda europea.

La revista ha venido funcionando como una revista con un núcleo editor-redactor básicamente francés; se edita en Francia y en francés. Esta Primera Asamblea suponía algo cualitativamente distinto. En primer lugar, por objetivos: se trataba



de organizar un centro de documentación y de investigación, no ya una revista. En segundo, se trataba de hacerlo auténticamente europeo mediante un proyecto de fundación, con su Centro de Investigación, domiciliado en Bruselas; por tanto, algo más europeo y menos francés. En tercero, hay una clara diferencia políticamente: la idea de formar una Fundación; a diferencia de la revista, que depende del grupo de personas que la ponen en marcha, la Fundación resultaría del acuerdo político de distintas fuerzas de la izquierda europea que orgánicamente se constituyen en comité formal de dirección y de administración (hay un presupuesto muy importante para esa Fundación).

La Primera Asamblea del Comité Internacional de Politique aujourd'hui se celebró los días 6, 7 y 8 de junio en Saint-Fons, ciudad de la periferia obrera de Lyon. Había unas 50 personas, de Francia, Gran Bretaña, Grecia, Holanda, Italia, Portugal, RFA, Suiza y Suecia. Básicamente representaban a partidos y en alguna medida, sobre todo en Francia, eran personas independientes del mundo

cultural intelectual netamente vinculadas a la izquierda.

Profundidad y pluralidad

Los partidos representados con más fuerza y que constituían el núcleo de decisión fundamental eran el Partido Socialdemócrata alemán, el Partido Socialista francés, el Partido Laborista británico y el Partido Comunista italiano.

La propuesta en torno a la cual giró esa reunión —el proyecto de creación de esta Fundación— encierra, a la vez, aspectos muy positivos y ciertos límites que contienen riesgos. Los aspectos positivos son los que tienen que ver con la puesta en marcha de un debate que permita darle una estrategia global de la izquierda europea de manera que ésta no oscile entre el testimonialismo y la subordinación a políticas globalmente de derechas o que tengan relación con intereses estratégicos de los EE.UU. de América. Convertir esto en estra-

tegia, en políticas coordinadas de alternativas a la crisis económica, con respuestas al tema tecnológico, no es fácil; con dificultades de electoralismo, con estrategias de ocupación inmediata del poder, sin contenido ni proyecto claro, y también, desde otras posiciones, con estrategias de resistencialismo.

Por tanto, todo lo que significa abrir un debate en profundidad en la izquierda europea poniendo en relación a las distintas fuerzas representativas que la integran es enormemente positivo.

Introducir un elemento de rigor creando un centro de documentación importante, moderno, con mecanismo y dotaciones, es un buen complemento.

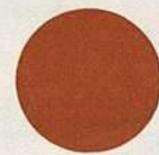
Los límites están en última instancia en la posible burocratización y manipulación política. Porque, claro, crear una Fundación de ese tipo significa mucho dinero (se habló de un presupuesto de 10 millones de francos franceses, unos 200 millones de pesetas) que inmediatamente plantean el problema: ¿quién pone ese dinero? «*Quien paga manda*» no es un refrán español, sino una realidad de la vida, y desde luego, de la vida política. Eso guarda una relación: crear un organismo de decisión, se habló de un buró político, cuyo presidente sería Bruno Kreisky, con cinco vicepresidentes: un socialista francés, un laborista británico, un socialdemócrata alemán, un socialista sueco y un comunista italiano. Junto a los señalados habría un representante de cada país, excepto Bélgica, que enviaría un vallon y un flamenco, e Italia, que enviaría un socialista y un comunista. Lo que indica, dada la excepción hecha en Italia a favor de admitir un socialista y un comunista, por la fuerza que tiene el Partido Comunista italiano, que para el resto de los países se tratará de un socialista.

En la medida en que los promotores querían comprometer a las grandes fuerzas políticas, intentaron contactar prioritariamente con el PSOE, el cual parece que determinó que como condición exigía que hubiese una participación suya exclusiva, que excluyera a otras fuerzas de la izquierda española; eso está en contradicción con el espíritu plural del proyecto. El hecho es que el PSOE no estuvo representado en la reunión. Según uno de los participantes, con el que tuve una conversación, el PSOE ni come ni deja comer. El PSOE, pienso, no está interesado en un debate en profundidad de la izquierda europea; sin embargo, en la medida en que ese debate se canaliza, tiene mecanismos para bloquear el que otros, mucho más interesados, tengan o puedan participar con plenitud. De hecho, mi participación en nombre del PCE no estaba prevista en la listas de invitaciones previas. Sin embargo, he de señalar como positivo que cuando fue requerida esa participación no hubo ninguna dificultad para atenderla.

Cómo nace la propuesta

La gran apuesta

Jean Romy



¿La reunión de Saint-Fons marcará una fecha importante? Un socialdemócrata alemán,

Albert, ha hablado del espíritu de SaintFons, del compromiso de SaintFons, en términos de voluntad política. En realidad, se ha sentido tanto la importancia del resultado alcanzado como su precariedad.

En la raíz de esta iniciativa se encuentra un revista independiente, de izquierdas, y la personalidad de su director y fundador: Paul Noirot. Es necesario dedicarle algunas palabras, no como un homenaje, por otra parte merecido —el que le ha dedicado Adriano Guerra al hablar del amor a la política, del amor a la utopía y a la realidad de Paul Noirot— sino para comprender mejor esta iniciativa. Paul Noirot entra en la Resistencia a los dieciocho años; entusiasmado por la eficacia de las organizaciones comunistas, se inscribe en el PCF. Después es arrestado y deportado a Buchenwald. A su regreso, lo convierten rápidamente en «liberado». Estrecho colaborador de Jacques Duclos, dirigirá la revista de política exterior del PCF, *Democratie nouvelle*. La orientación que da a la revista, con cada vez menos apoyo de Jacques Duclos, le llevará a la marginación. En 1968 surge la ruptura, *Democratie nouvelle* apoya la primavera de

Praga y participa del espíritu de Mayo del 68. Es la exclusión.

Paul Noirot funda entonces, en 1969, *Politique aujourd'hui*, revista que expresará el fermento político-ideológico de principios de los años 70. Durante algunos años *Politique aujourd'hui* se alinea con *Politique hebdo*, una publicación que sirvió como punto de convergencia entre las corrientes de extrema izquierda y los elementos de izquierda que poco a poco confluían en el partido socialista renovado en Epinay, en 1972, y en el PCF unitario de aquellos años. La gran preocupación de Paul Noirot es mantener el contacto con la cultura comunista y con los comunistas, con los que está profundamente ligado.

El PCF del programa común, del eurocomunismo, suscita en él nuevas esperanzas, que se verán frustradas por el programa adoptado en el 77. *Politique aujourd'hui* desde 1978 profundiza más allá de la polémica interna de la izquierda francesa, en los problemas de la izquierda europea, en las relaciones norte-sur, en la distensión, siguiendo una línea internacional comprometida. *Politique aujourd'hui* saluda el encuentro Berlinguer-Brandt, el encuentro Berlinguer-Mitterrand y ve en ellos el esbozo de una política de recomposición del movimiento obrero europeo.

Será el eje sobre el que se estructurará su reflexión (y esto en el más absoluto respeto del pluralismo de la izquierda francesa).

En los últimos años, esta revista ha dado la palabra a todas las corrientes de la izquierda. La sensibilidad *gochista* (o lo que queda de ella) se encuentra en sus páginas. Comunistas que esperan frenar el debilitamiento del PCF escriben en ella, también, regularmente. La revista intentó estimular, aunque con críticas, en una oposición constructiva, al Gobierno socialista y a la acción de Françoise Mitterrand. Tomar nota de que el partido socialista es

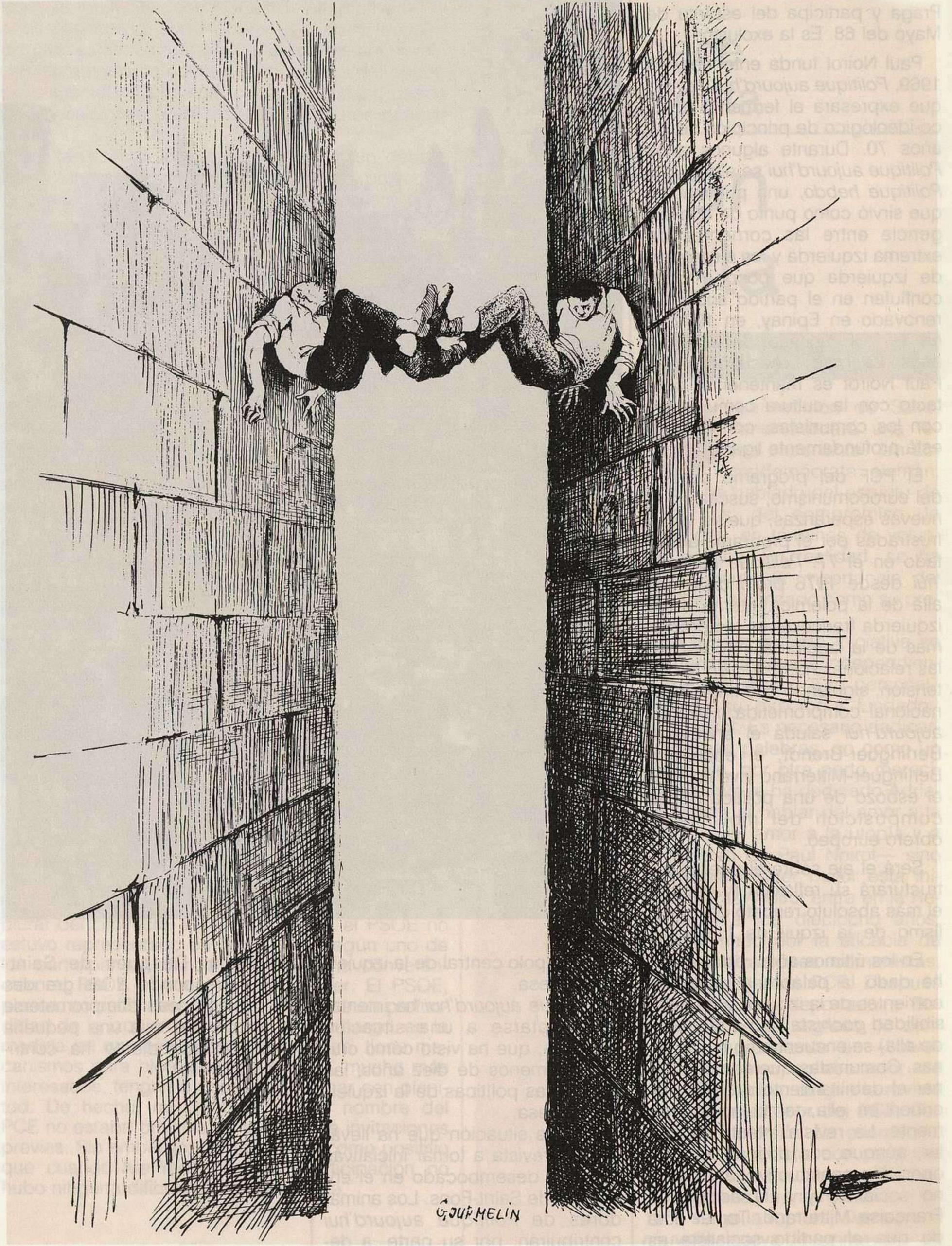


ahora el polo central de la izquierda francesa.

Politique aujourd'hui ha intentado adaptarse a una situación compleja, que ha visto cómo crujían, en menos de diez años, las estructuras políticas de la izquierda francesa.

Esta es situación que ha llevado a la revista a tomar iniciativas que han desembocado en el encuentro de Saint-Fons. Los animadores de *Politique aujourd'hui* contribuirán, por su parte, a de-

sarrollarla. Después de Saint-Fons corresponde a las grandes fuerzas europeas comprometerse en un camino que una pequeña revista independiente ha contribuido a abrir.



G. J. MELIN

El pasado reciente en España

Daniel Kaplun

En 1979, año de mi llegada a España, encontré eso que, operativamente, denominó *izquierda* con una representación parlamentaria no decisiva, pero apreciable (una veintena larga de diputados, contando los partidos nacionalista como EE y ERC); con un partido principal o de referencia, el PCE, que se mantenía coherente y vital, con una imagen de cierta moderación y prudencia de cara al conjunto social, y que parecía dispuesto a luchar contra el estereotipo «verticalista» que se suele convencionalmente endosar —sobre todo desde la derecha— a los partidos comunistas en casi todo el mundo; pero con un alto número de otras organizaciones que, si bien no lograban acceder —aunque lo intentaran— al Parlamento, contaban con un indudable caudal de militancia y una no despreciable gravitación sindical y de base.

Lo que más me llamó la atención y me chocó, porque me pareció un retroceso en relación a lo que yo mismo había vivido en mi «atrasado» y «tercermundista» Uruguay en 1971, fue la inexistencia de un ámbito común de acción y discusión de las organizaciones de izquierda, lo cruel y despiadado de la lucha entre esas organizaciones, que se traducían en una desesperada búsqueda de la conquista de *territorios* políticos que, una vez dominados, se volvían «cotos vedados» del partido conquistador.

Creo que es precisamente esa tendencia a los «cotos vedados» lo que llevó a la progresiva desarticulación de la mayor parte de los mecanismos espontáneos de *participación política directa* (como las asociaciones de vecinos, por ejemplo), al vaciamiento progresivo y creciente burocratización de las organizaciones sindicales y, en definitiva, a la *desmovilización*.

No puedo afirmar que en ese proceso la izquierda haya perdido votos, pero de lo que no cabe duda es que quedaron al margen, *desencantados* y decepcionados, muchos militantes de base forjados duramente en la represión de los últimos años de la dictadura. Los partidos se apoderaron así de las estructuras, de las instituciones, de los «sellos», pero finalmente se quedaron sólo con eso, y éstas acabarán por morir de inanición política o asfixia.

Mientras tanto, el PSOE gestaba en esa misma época su giro a la derecha, de modo que el resto de las organizaciones aún creían contar de alguna manera con él, lo consideraban «de los suyos» (aunque se le enfrentaran a diario por frenar su «expansión territorial»).

Fruto de esa ilusión de un PSOE que aún se consideraba —y se reclamaba— parte de la izquierda, surgen dos hitos importantes:

- El Pacto Municipal de 1979, que aupó al PSOE a las principales alcaldías de España, con el apoyo al PCE que, gracias a él, se aseguró una posición de «llave» que le dio acceso, aunque fuera lateral, al aparato de la Administración local y a todos los recursos que ello implica, y a una no despreciable cuota de poder político.

- La existencia de un clima, aunque limitado, de colaboración sindical entre CC.OO. y UGT (al menos los 1.º de mayo se celebraban en conjunto) que permitió que la lucha sindical mantuviera durante un tiempo, sin demasiadas concesiones, su carácter clasista. En aras de ese clima y, sobre todo, de respaldar la aún tambaleante democracia, el PCE se avino a suscribir los Pactos de la Moncloa, pero el AMI ya colocó a CC.OO. ante un escollo insalvable y la colaboración sindical se deterioró rápidamente desde 1980.

En el cuadro, por fuerza muy sintético, que acabo de trazar, no es difícil advertir los primeros síntomas de descomposición que han llevado a la izquierda española, al menos a aquella organizada bajo la forma de partidos políticos, a la situación en que se encontraba a mediados de 1985, cuando su crisis toca techo y surgen los primeros signos de revitalización, al menos de su pensamiento. Si lo analizamos así, los acontecimientos que se precipitan a partir de 1981 no son más que la expresión de un proceso que se venía gestando desde mucho antes.

La emergencia de la crisis

En efecto, es en ese año que emergen los primeros síntomas públicos de la crisis en el PCE, pero ésta ya había hecho sucumbir o reducido a un nivel de auténtica miniatura a la práctica totalidad de las organizaciones restantes.

Pero, precisamente, la agonía de estas organizaciones menores sirvió para acentuar aún más el protagonismo del PCE (puesto que era la única estructura que parecía mantenerse intacta). Pero sus problemas no tardaron en emerger: comenzaron con la escisión de una parte importante de la rama vasca del partido (EPK) que, tras proponer la fusión con EE (que es rechazada por la dirección central), opta por fusionarse por su cuenta y salirse del Partido.

Casi al mismo tiempo, importantes sectores de intelectuales, estudiantes y profesionales, ingresados durante los últimos años de la dictadura, comienzan a expresar disensiones programáticas e ideológicas profundas, hacia la izquierda y hacia la derecha de la línea oficial. Individualmente o en grupos, esos discrepantes se irán apartando, por propia voluntad o por expulsión. Algunos acabarán formando sus propios partidos, otros se pasarán a alguno de los ya existentes (incluso el PSOE), pero la mayoría *pasará* de política y engrosará la creciente legión de los *desencantados*. La pérdida en militancia es apreciable, pero sobre todo es grave la imagen que se genera a partir de esas pérdidas: la de un partido férreamente centralizado, verticalista y sin posibilidad de discusión ni de democracia interna, autocráticamente dirigido. Es decir, el clásico estereotipo stalinista al que ya he aludido.

El desastre electoral de 1982 debe entenderse en ese contexto, aunque obviamente no es ésta la única línea de interpretación posible ni verosímil. Puesto que —creo que en eso estamos todos de acuerdo— para salir del atolladero, la primera tarea que se presenta es la de crear una fuerza electoralmente atractiva y numerosa, me parece importante dedicar un mínimo de espacio a esbozar las posibles interpretaciones de ese desastre.

Pero antes, repasemos brevemente las cifras, no por conocidas menos sobrecogedoras:

Resultados electorales del PCE-PSUC



	1977	1979	1982
% Votos válidos	9,2	10,8	3,9
Escaños (diputados)	20	23	4

Ante estos resultados, pudo pensarse que la izquierda había tocado fondo aquel 28 de octubre, y que no tardaría en producirse la inflexión. Los resultados de las Elecciones Municipales, con una ligera recuperación del voto PCE/PSUC, vinieron a convalidar esa esperanza, pero pronto se vio que era falsa: al desastre electoral había de suceder la autodestrucción, en un proceso centrífugo que acabó en nada menos que tres partidos disputándose una misma y minúscula migaja del espacio político. Realmente, un elector necesitaba grandes dosis de moral para mantenerse dentro de ese



espacio enrarecido y seguir votando alguna de esas tres opciones, que nadie acertaba a diferenciar más que por el nombre de los líderes.

Así siguieron las cosas hasta hace aproximadamente un año, en que unos pocos dirigentes comenzaron a vislumbrar lo evidente, lo obvio: que así no se podía seguir; y a tejer, lentamente y a tumbos, la estrategia que permitiera poner otra vez bajo un mismo techo a todos los personalismos y ambiciones desatadas en un espectáculo que engolosinaría a cualquier analista del comportamiento de la derecha tradicional. Y, quizá más sin querer que queriéndolo, obligados por un compromiso electoral del que, sin duda, habrán abominado una y mil veces, los socialistas acabarán por ofrecer una coyuntura de oro para cristalizar esos esfuerzos, cual fue el referéndum OTAN.

La política de «territorios ocupados» a la que

he aludido en el primer punto, permite justificar el vaciamiento de las organizaciones participativas de base (cooperativas, asociaciones de vecinos, etc.), y, como consecuencia, el estancamiento de la *militancia activa* del PCE y la agonía de las agrupaciones menores.

Pero de ahí a una derrota electoral de la magnitud de la de 1982, hay una distancia más que respetable, que sólo puede entenderse a la luz de acontecimientos y procesos políticos mucho más amplios y masivos a los que nos referimos en el número anterior (ver N.B. n.º 135, pág. 6).

Spinelli, defensor de la unidad europea



12

Plantear hoy el problema de hacer avanzar el proceso de integración significa para cada fuerza que quiera actuar como parte integrante y original de la izquierda europea entrelazar las respuestas institucionales con las políticas a promover. Sólo convirtiendo a la Europa de los Doce en un área del mundo capaz de responder, por ejemplo, a los interrogantes abiertos por el tumultuoso avance de la innovación tecnológica, al drama devastador de la desocupación, al refuerzo coordinado de la investigación, a la urgencia de una nueva relación con los países en vías de desarrollo, al esfuerzo de distensión y desarme que reclaman los pueblos, se logrará hacer del tema Europa una cuestión decisiva para la misma fuerza de la izquierda, hoy bien lejos de expresar un nivel satisfactorio de búsqueda programática.

Con Altiero Spinelli los comunistas italianos han tenido importantes motivos de colaboración. No han faltado ocasiones de discusión franca y crítica. Pero lo esencial de la contribución que Spinelli ha aportado para suscitar una nueva alianza entre europeísmo y perspectiva socialista evidencia una actualidad que es preciso hacer cada vez más incisiva y fecunda.

Altiero Spinelli no sólo fue un valeroso defensor de la unidad europea; fue además un tenaz combatiente antifascista por la democracia. En efecto, su europeísmo no es asimilable a un genérico proyecto de integración: tiene raíces sólidas y lejanas.

La vida de Spinelli estuvo sostenida constantemente por una formidable pasión y por una acción política nutrida de paciente cálculo y aguda diplomacia. Frecuentemente su continua reproposición de Europa como necesaria e institucional dimensión de un conjunto de cuestiones y de objetivos no separables ya ha sido bautizada de utopista. En realidad no había hombre más alejado del utopismo que Spinelli.

Teniendo firme y claro un objetivo al que dedicó sus mejores energías, él supo confrontarlo con las demandas, las exigencias, las situaciones siempre cambiantes.

El manifiesto de Ventotene

Altiero Spinelli se había adherido jovencísimo, a los diecisiete años, en 1924, a la Federación de las Juventudes Comunistas y por su resuelto y combativo antifascismo fue arrestado en 1927; entre cárceles y confinamientos pasó bajo el régimen fascista dieciséis años de segregación. Fueron también años de continua profundización en debates, reflexiones, estudios de las causas que habían llevado al movimiento obrero a la derrota, de los motivos que habían conducido a la Primera Guerra Mundial y habían desencadenado la Segunda. A lo largo de todo ese proceso vivido con excepcional voluntad y sostenido por una intensa investigación crítica, Spinelli madura un disentimiento con la organización comunista que conduce a la ruptura de 1937 y acelera en él la búsqueda de perspectivas inéditas.

Así, en el confinamiento en Ventotene, de la colaboración entre Spinelli y Ernesto Rossi y como consecuencia de un extenso trabajo nace aquel manifiesto de Ventotene, europeísta, que no es una pura y simple reelaboración de las temáticas federalistas. El núcleo fundamental de la perspectiva que el manifiesto presentaba —ya en 1941— era la idea de una Federación Europea que habría tenido que superar la estrecha función de los Estados nacionales, los ruinosos obstáculos de sus egoísmos, las entonces renacidas contraposiciones que de nuevo estaban incendiando la vieja Europa.

Las destrucciones y las luchas provocadas por la guerra entonces en el horizonte habrían podido constituir una ocasión revolucionaria para abatir el *régimen de las castas* y dar vida a una Europa que es al mismo tiempo constitución institucional



de la paz a construir para siempre y de una democracia a orientar hacia sólidas y generales conquistas sociales. En realidad, su manera de plantear la cuestión de la unidad federal europea, su llamamiento a superar la cerrazón nacionalista, su visión de un desarrollo hacia una mayor justicia en la más plena y convencida defensa de las formas de la democracia no estaba ausente de evidentes relaciones con sus años de formación. Había un tic jacobino-leninista en la concepción de cómo concretar esos objetivos mediante la intervención activa y obstinada de políticos capaces de comprender y hacer comprender las nuevas perspectivas necesarias en un mundo nuevo. La ruptura con el movimiento comunista a consecuencia de un neto rechazo del stalinismo no rompió sus lazos con una cultura que Spinelli tuvo siempre presente como punto de referencia vivo e ineliminable de confrontación.

Cuando aceptó su candidatura al Parlamento italiano y luego al Europeo en las listas del Partido Comunista Italiano muchos mostraron sorpresa, aunque no se trataba de nada sorprendente.

En la posguerra, el profeta de Europa se había hecho también gestor —como se ha dicho— y había participado como miembro de la Comisión de la Comunidad Europea en la construcción de aquel salto en la integración que la política conservadora y liberal de las clases dirigentes había promovido o consentido. A lo largo de esta fase de

acción europeísta, a veces parecía que el diseño de la Europa unida se trasmutaba en una especie de envoltura institucional ya no ligada estrechamente con los otros objetivos sociales que se señalaban en el manifiesto de Ventotene.

Inasequible al desaliento

Con los años setenta su proyecto europeísta coincide con la fecunda relación instaurada con

los comunistas, en primer lugar con el impulso innovador dado por Enrico Berlinguer vuelve a encontrar acentos que chocan con las reflexiones y las propuestas de un movimiento europeo que busca un nuevo internacionalismo.

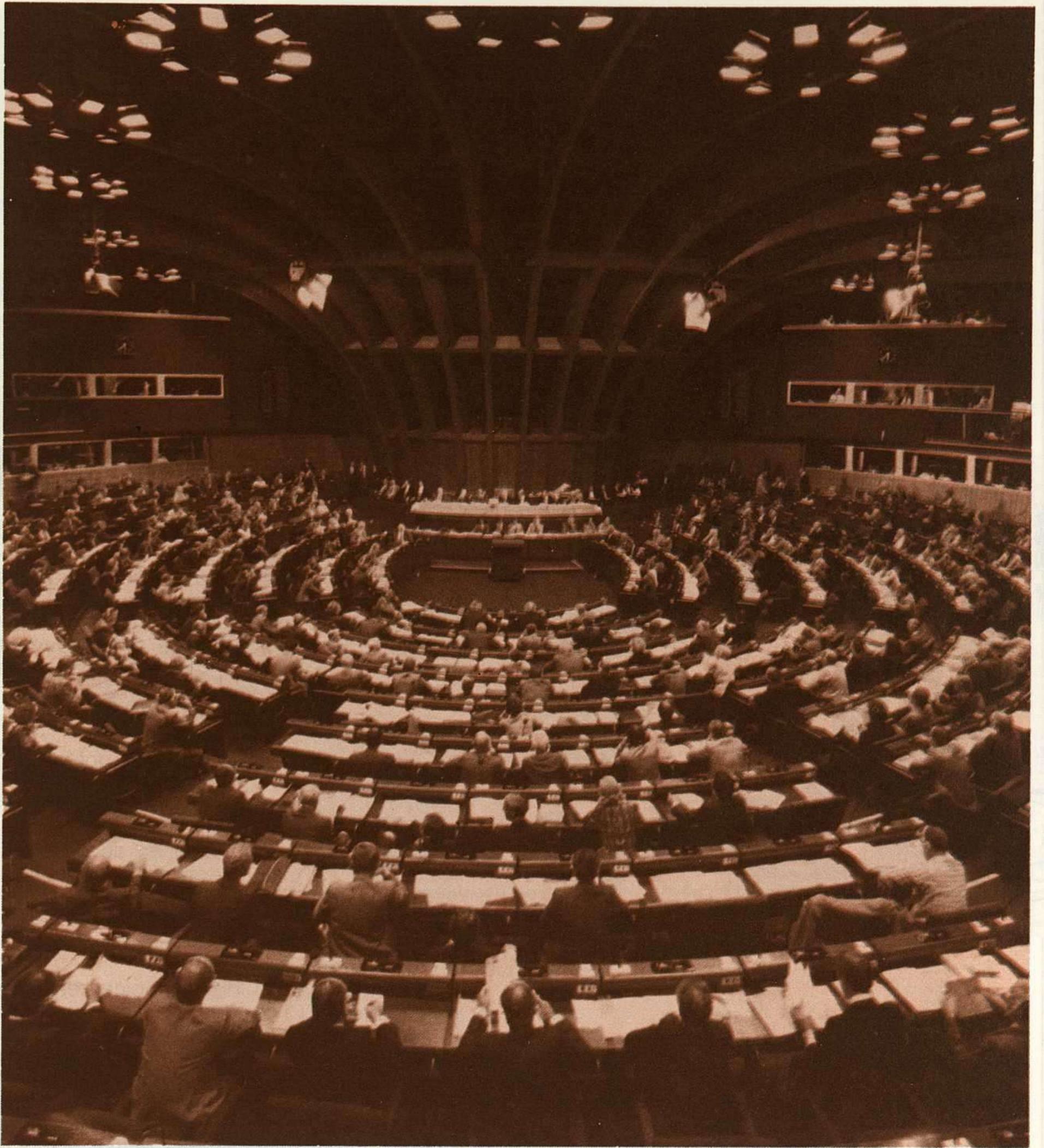
Nace así el proyecto de Tratado por la Unión Europea, que la Asamblea de Estrasburgo vota el 14 de febrero de 1984: es un texto redactado con la preocupación de integrar lo esencial de las contribuciones que se derivan de la aportación de las distintas fuerzas democráticas. Spinelli, que fue el



alma de los trabajos preparatorios lo considera una perspectiva institucional capaz de hacer progresar la integración sobre bases democráticas y eficaces, a la altura de los nuevos problemas que la Europa comunitaria está llamada a afrontar. No es una fuga hacia adelante: *este tratado* —dice Altiero Spinelli— *es la constitución que ya existe de antemano.*

Ya conocemos cómo han ocurrido las cosas después de ese éxito tan tenazmente perseguido. El vértice de Luxemburgo ha dado a luz un Acta Unica que no es ni siquiera un pálido reflejo de la ambición que se había concretado en el proyecto del Parlamento. Pero a pesar de la desilusión, Spinelli no se dio por vencido.

Estaba empezando a tejer de nuevo una nueva tela. Si los gobiernos no podían marchar, a pesar de sus bellas palabras, a lo largo de las líneas trazadas por la voluntad del Parlamento y apoyadas por un amplio consenso popular, que se hiciese entonces el llamamiento a los pueblos, si es preciso a través de un referéndum, y sobre todo pidiendo que se confiara a la Asamblea Parlamentaria elegir en 1989 un mandato constituyente, para hacer que así el cuerpo de Europa pueda tener al fin una constitución que construya de manera continua políticas supranacionales en los sectores en los que sea preciso y se convierta en sujeto activo de la política internacional. *La construcción supranacional europea* —había escrito Altiero Spinelli— *no puede emprenderse ni por un movimien-*



to insurreccional que fuerce el curso de los acontecimientos rompiendo las resistencias y obstáculos de antiguo, ni por conquista militar, como por regla general se han formado casi todos los estados, sino según un método civil, relativamente raro en el curso de la historia, de un «contrat social» entre estados que libremente deciden compartir parte de su soberanía.

Antes de pasar de página

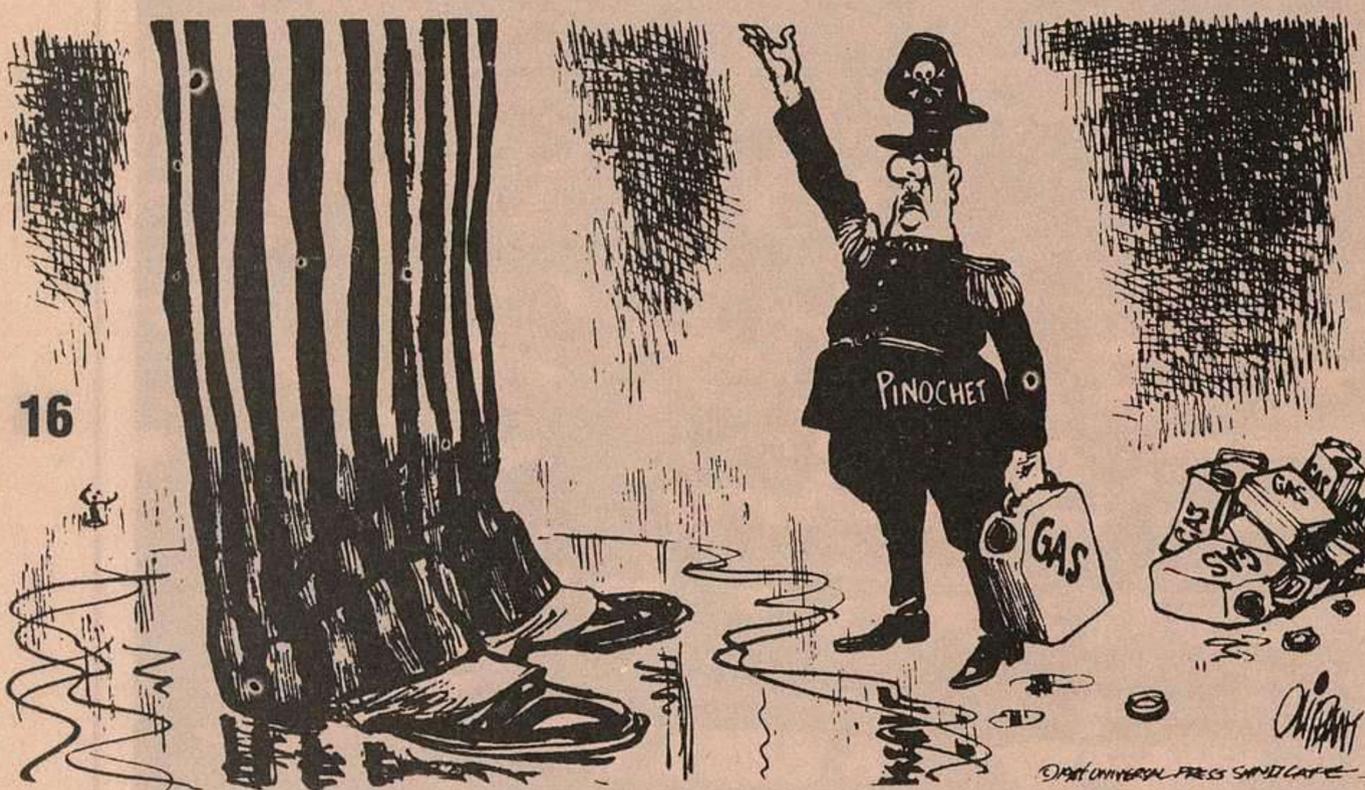
José Luis Gonzalo

El reciente atentado contra Pinochet obliga a plantearnos las preguntas que muchos chilenos se vienen haciendo desde años: ¿qué se puede hacer para derrocar la dictadura?, ¿cómo consigue mantenerse el *hombre más odiado del mundo*?

Esas preguntas golpean en las calles de Santiago con mucha más angustia desde que se vinieron abajo las primeras ilusiones de un crecimiento económico según recetas ultraliberales y la presión de las masas por un retorno a la democracia se hicieron mucho más amplias.

Alguna investigación demoscópica realizada recientemente en Chile ofrece datos que no es fácil interpretar. Una institución solvente, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, ha publicado los resultados de una encuesta realizada en Santiago. El porcentaje de los favorables a Pinochet es muy pequeño, pero eso no es extraño. Otros datos exigen mayor esfuerzo interpretativo: el 53 por 100 de la población juzga más importante la *paz social* que la libertad individual; el 52 por 100 está convencido de que los partidos políticos *dividen* al pueblo; para el 60 por 100 el *problema nacional prioritario* es la desocupación y sólo para un 15 por 100 el problema prioritario es la existencia de la dictadura.

Los sondeos tienen límites evidentes y mayores si se realizan en el atemorizado Chile actual; pero, a pesar de ello, esas cifras muestran un





INTERNACIONAL

cuadro que, a grandes rasgos, es verosímil si nos detenemos a reflexionar en ellas: los factores históricos que llevaron al golpe del 11 de septiembre, la miseria de amplias capas de la población y la represión masiva forman un contexto en el que el cuadro que describe la encuesta de la Facultad Latinoamericana puede comprenderse.

Empecemos por la miseria y sus consecuencias. La mayoría de la población sufre desde hace años tal explotación y miseria que nosotros, que vemos las cosas desde aquí, difícilmente podemos valorarla: el 63 por 100 de las familias gana menos de 80 dólares al mes; el 17 por 100, en cambio, controla los dos tercios de la riqueza nacional. En aquel 63 por 100 la idea de la *política* como factor determinante de la solución de sus problemas no tiene por qué estar presente; es más, informaciones transmitidas por exiliados de última hora afirman que, efectivamente, esa idea tiene dificultades para extenderse más allá de una vanguardia.

Un espejismo que se disipa

Los factores históricos que llevaron al 11 de septiembre tampoco ayudan. Una parte considerable de la población entiende como *paz social* una idea de sociedad que es lo contrario del período de tensiones y cambios representado por los años anteriores a la *Unidad Popular* y por los mismos años de Allende. La crisis, cuya última expresión fue el golpe del 11 de septiembre de 1973, se prolongó durante años y en ellos se aplicaron sucesivamente proyectos políticos de distinto signo, todos ellos incapaces de asegurar continuidad o estabilidad; los sucesivos presidentes —Alessandri, Frei y Allende— representaron al conservadurismo, a las esperanzas reformistas y a la hipótesis de una sociedad socialista respectivamente: todo el abanico de posibilidades; todas terminaron —en una sola década— en la derrota.

Y después, la catástrofe: la *represión/milagro consumista*, ese binomio sobre el que al principio cabalgó Pinochet (por poco tiempo, por cierto, en lo que al milagro consumista se refiere). No resulta difícil imaginar el efecto desertificador de esa catástrofe al castigar el terreno de los partidos tradicionales y de los símbolos de la democracia.

El terrorismo de Estado no rehuye el enfrentamiento físico en la calle, principalmente en las poblaciones pobres de la periferia de Santiago. En mayo, en sólo 20 días, los militares, soldados de la quinta, jóvenes pues de poblaciones, mandados por profesionales, invadieron, equipados con material de guerra, 33 de estas poblaciones: retuvieron e identificaron, rápido interrogatorio incluido, a 94.000 personas —una capital de provincias— y detuvieron —la mayoría por poco tiempo— a 15.000. Durante los allanamientos los oficiales se aseguraban de que los soldados provenientes del

pueblo destruyeran los enseres domésticos y los instrumentos de trabajo. Esas eran las órdenes; se cumplieron. El atentado contra Pinochet aún no había sucedido; aún no se había decretado Estado de sitio.

La principal garantía para acabar con Pinochet, se dice, es la unidad de los partidos de oposición y es cierto. Pero reducirla a una consigna como a veces ocurre o a un deseo inconcreto, no permite avanzar hacia ese final. Peor aún es concretarla en la forma en que lo hace Ricardo Lagos, secretario general del sector del Partido Socialista, que ha formado la Alianza Democrática con la Democracia Cristiana, los liberales, la derecha constitucional y sin los socialistas de izquierda ni los comunistas. Ricardo Lagos declara que desea que *todos nos sentemos a la misma mesa* —y añade— *pero luego debemos aceptar la regla de la mayoría y si se decide que no debe realizarse nunca más una barricada, esa decisión no debe de ser traicionada*.

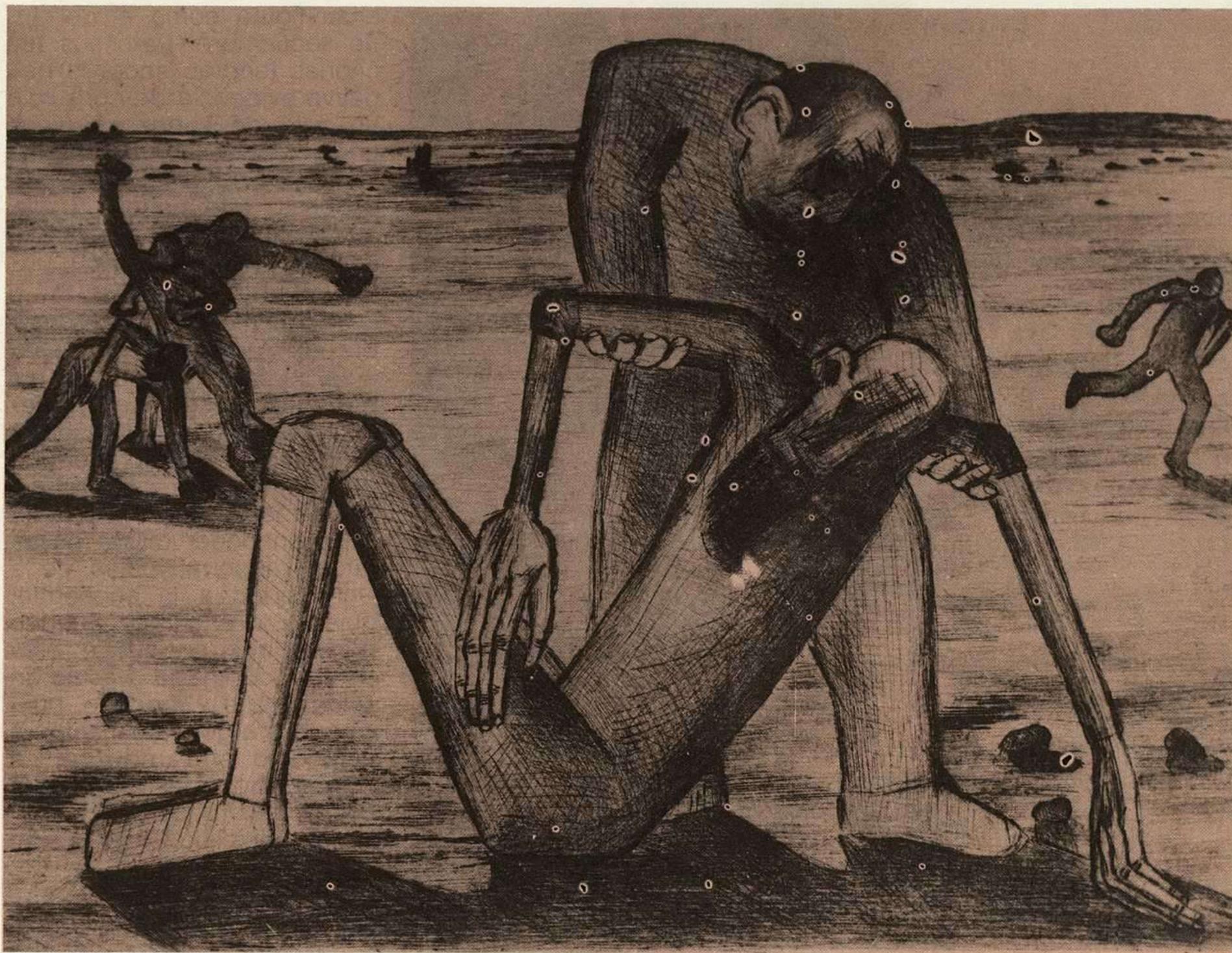
¿Qué es la mayoría en Chile? ¿Con qué representatividad y según qué criterios se la elige (recuerdo que la última mayoría electoral libremente expresada fue de centro-derecha)? ¿Cómo se consigue prohibir que se hagan barricadas?

En los dos últimos años, un sector de la oposición ha pensado encontrar la clave de la transición en la ampliación de la Alianza Democrática hacia la derecha, incluyendo expinochetistas, para poder llegar a un diálogo con los militares. Ese sector ha pasado a la acción: se separaron de los comunistas y de los socialistas de izquierda. El resultado ha sido: cero.

A propósito de esta línea, llamada del *Acuerdo Nacional*, Renán Fuentealba, que fue líder de la DC durante gran parte de los años de Allende, se ha expresado así: *No comparto esa línea, pero quien se ha colocado en ella debería llevarla a sus últimas consecuencias, no dejar las cosas a medias: ir al encuentro de Pinochet; quien no piense en llegar a ese punto no debe de ponerse en esa línea*.

Después de los acontecimientos de Filipinas y de Haití, en ciertos ambientes se espera alguna intervención o maniobra secreta de Reagan. Es una historia ya vista, pero ahora al revés: en su día, un esquema simplificador atribuyó el final de Allende sólo a la conjura de la CIA (recuerdo cómo los comunistas chilenos, después del golpe, hicieron un análisis mucho más complejo en el que los factores internos ocupaban su lugar); pues ahora otros, desde la derecha democrática, proponen la intervención americana, pero en sentido contrario. Lo peor es que las esperanzas de una intervención americana alientan la pasividad política en una opinión pública que tiene que superar coacciones desmesuradas para pasar a la acción.

Es bastante dudoso que Washington alimente un proyecto tan definido. Evidentemente, se puede creer que Reagan preferiría una Cory Aquino chile-



na, controlada por militares de confianza como el ministro de Defensa de Manila, a un Pinochet; pero, pese a todo, lo más probable es que la principal preocupación de los Estados Unidos respecto a Chile será la de evitar un retorno de la izquierda con más fuerza y legitimidad que en 1973; el recuerdo de los años de Allende es muy vivo en la Casa Blanca.

He señalado algunos elementos de un cuadro de difícil interpretación que, creo, pueden contribuir a comprender que hoy se debata la cuestión del uso de las armas para liberarse de la tiranía. Me vienen ahora a la memoria las imágenes de aquella manifestación pacificadora contra la amenaza de guerra civil organizada por los comunistas en las calles de Santiago pocos meses antes del golpe; desde las filas de la Unidad Popular no faltaron quienes acusaron a los comunistas de promover el derrotismo en un momento en que había que ir, decían, más adelante. ¿Por qué la opinión pública fue entonces tan sorda a aquellos preocupados llamamientos cuyo fundamento, hoy evidente, era innegable? Entonces, entre la gran masa de la población, las gentes, aunque eran conscientes de las amenazas, creían que los actores del drama eran sólo los *rojos* y los *negros* e, incluso

esperaban de las Fuerzas Armadas una intervención arbitral que al poner a cada uno en su lugar evitara el enfrentamiento: golpe contra guerra civil, en suma, para un imaginario colectivo que daba a la idea de golpe significados diferentes.

La hora de definirse

La imaginación colectiva de entonces hay que recordarla ahora: Pinochet había prometido orden y bienestar; los chilenos no tienen ni lo uno ni lo otro. Una operación tan perfecta como la del Frente Manuel Rodríguez contra Pinochet, en cuya preparación parece imposible que el Frente no haya contado con complicidades en esferas próximas al poder —al menos facilitando informaciones—, demuestra a la opinión pública algo fundamental: nadie está seguro, ni siquiera Pinochet. No tenemos libertad ni pan; pero tampoco hay orden y vuelve la amenaza de guerra civil. Quizá a través de estas emociones, de este sobresalto, el mensaje democrático de la oposición pueda superar la indiferencia después de tantas vicisitudes, o la desconfianza después de tantos fracasos, o incluso, el egoísmo de quien ha logrado unas migajas de la tarta.



Pinochet ha estado a punto de morir. La suerte, por desgracia, lo ha protegido y ha permitido que continúe encarnando la primera barricada contra la transición. Los militares no pueden esconderse ahora ante sus responsabilidades: ya no son garantes de la *paz social*, tal y como podían ser considerados antes del 11 de septiembre por la imaginación colectiva, debido a las terribles laceraciones que experimenta la sociedad chilena; tendrán que tomar una decisión para ellos insólita: si después de 13 años de poder absoluto —y con el apoyo político y financiero de los Estados Unidos— éste es el balance...

Si hasta hoy la figura de Pinochet era para ellos una bandera en torno a la cual agruparse, ahora el tirano y su modo de dirigir el Gobierno y las Fuerzas Armadas van a ser objeto de sus críticas.

Pinochet va a presentar la segunda edición de los días del golpe, va a desencadenar una ola represiva de dimensiones excepcionales, aún mayores cuanto que, ya antes del atentado, estaba preparando algo de ese tipo (así lo ha denunciado Amnistía Internacional) y va a intentar también lograr un consenso militar en torno

a su figura como el del 11 de septiembre. Pero sus fechorías tendrán ahora la negativa evidencia de constituir un acto de venganza, será una actuación a la defensiva. Su poder personal está más expuesto que nunca; a ello ha contribuido también la acción del Cajón de Maipo: podía haber tenido éxito.

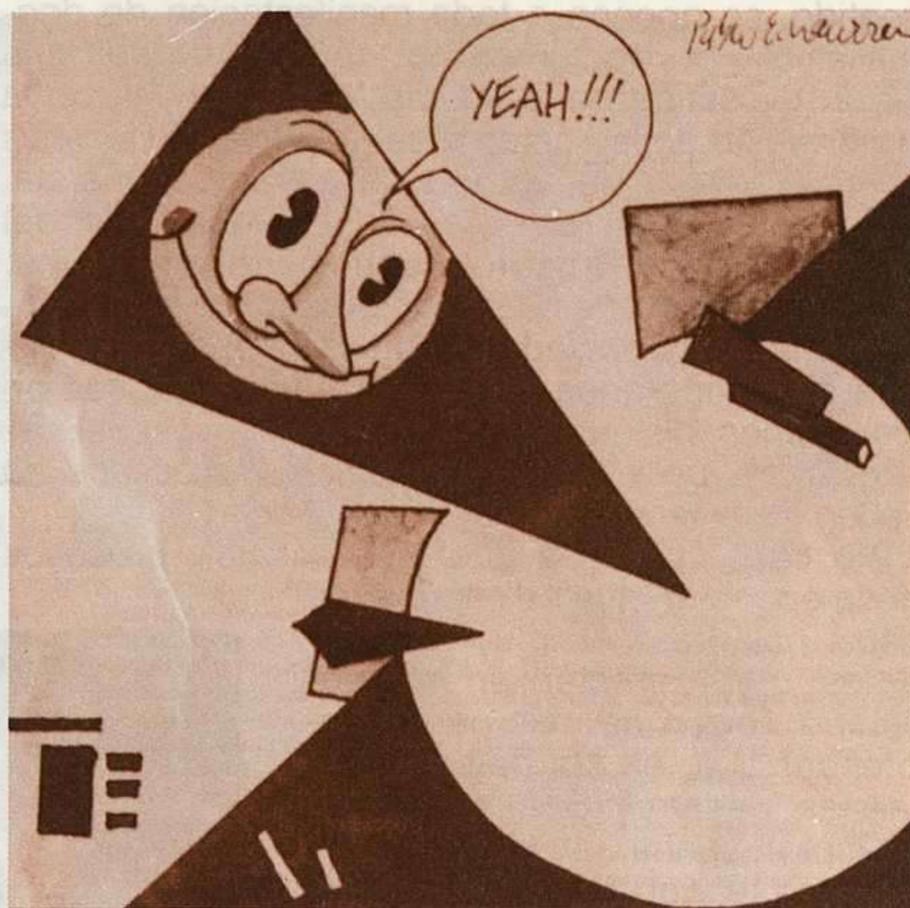
El dominio de Pinochet sobre las Fuerzas Armadas va a ser puesto a prueba en los próximos meses. Los militares hasta ahora lo han seguido, aunque murmurando un descontento creciente. En trece años se ha formado en Chile un poder militar cuyas raíces llegan muy lejos, de la Universidad a la economía; quienes lo encarnan pueden pensar que su suerte está demasiado ligada a la de un solo hombre y, por ello, buscar un margen de maniobra autónomo que reduzca los coletazos que les afecten de una situación que camina hacia el precipicio.

Se acentúan los avances y retrocesos, los vaivenes, de los dos poderes —dictadura y oposición—; por ello, se

acentúan y complican las contradicciones en los dos campos. La represión impide una iniciativa decisiva de las masas populares; la imagen de los nuevos protagonistas del Frente Manuel Rodríguez puede suscitar la tentación de delegar en él todo compromiso de lucha. Para corregir esa eventual futura desviación militar se puede confiar en la tradición de los partidos y de la democracia chilenos; ellos encontrarán el modo de ligarse con las esperanzas exactas de la población, de interpretarlas y ofrecer respuestas, concretas, comprensibles y verosímiles.

Los equilibrios de la etapa anterior han sido desplazados. Todo es posible en estos meses en que se buscarán a tientas nuevos equilibrios; todo es posible excepto, quizá, que las cosas permanezcan como antes.

En momentos en que se abre una nueva etapa —cuando los interrogantes invitan a la reflexión— el cómodo epíteto *terrorismo*, aplicado según una perezosa moda homologadora, simplifica y falsea la información e invita a pasar de página.



El marxismo y la nueva sociedad

21

Damián Prétel

Las ideas esenciales del marxismo científico y revolucionario acerca de la sociedad socialista son, no cabe duda, un tema de actualidad, entre otras muchas razones, por las reformas económica y política que se están llevando a cabo en la Unión Soviética por Gorbachev.

Desde luego, el tema es suficientemente amplio y no cabe en el espacio de un artículo. Por eso me referiré tan sólo a algunos problemas, basándome en los textos de Marx y Engels y citándolos directamente.

La actitud de los creadores del marxismo

Ante todo, hay que detenerse en las ideas que reflejan la actitud metodológica de los creadores del marxismo al enjuiciar los problemas de la futura sociedad socialista.

Su primera observación metodológica la encontramos en la consideración de que esta sociedad no debe concebirse de una manera inmutable y establecida de una vez y para siempre, sino como algo en proceso de cambio y desarrollo. En este

sentido, se oponen a toda manifestación de dogmatismo y de doctrinarismo: de acuerdo con una visión dialéctica de la realidad social, rechazan la divinización de las categorías, reafirmando su tesis acerca de que la verdad es siempre concreta.

En este orden de cosas, los fundadores del marxismo son absolutamente intransigentes: «Nuestras opiniones sobre los rasgos que diferencian a la futura sociedad no capitalista de la sociedad contemporánea son conclusiones precisas de los hechos históricos y de los procesos de desarrollo, y fuera de estos hechos y procesos no tienen valor teórico y práctico alguno» (1).

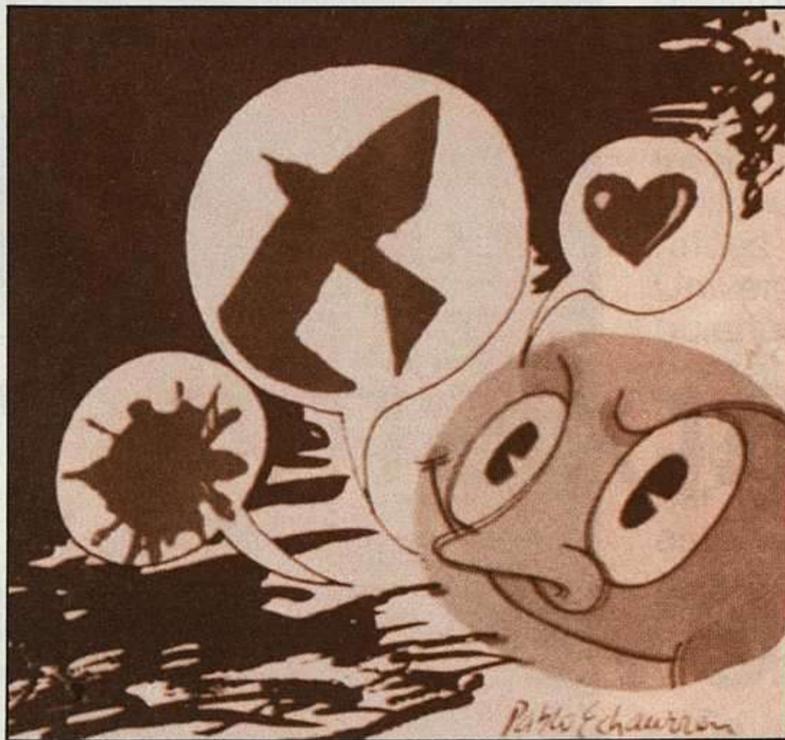
No cabe duda de que los hechos y procesos de la época en que se escribieron estas palabras son muy distintos a los que caracterizan nuestro tiempo. Razón de más para comprender que, en los países capitalistas desarrollados, como por ejemplo España, las ideas del socialismo tengan que diferenciarse en aspectos significativos que tratan de la táctica de los movimientos revolucionarios, aunque las leyes generales se mantengan en lo fundamental y esencial.

Marx, por supuesto, no se hubiera extrañado de ello. En una carta a Engels dice: *Puesto que el nivel de desarrollo de los diferentes destacamentos de los obreros de un mismo país, así como la clase obrera de distintos países, es inevitablemente diferente, el movimiento real adquiere ineludiblemente su expresión en formas teóricas sobremanera disímiles* (2). Y esto es harto natural, ya que, de acuerdo con la dialéctica, el socialismo requiere una ciencia en desarrollo y no un dogma. El socialismo, con el progreso de la sociedad, está obligado a revestirse de nuevas formas teóricas o simplemente deja de ser lo que es: una ciencia viva y revolucionaria.

La edificación del socialismo

En este contexto deben entenderse las palabras de Engels: *Vosotros, el partido, necesitáis una ciencia socialista, y ésta no puede existir sin la libertad de desarrollo* (3). Libertad de desarrollo que, en gran parte, se vio truncada por el estalinismo y por el no menos nefasto neodogmatismo de los años 1964-1984. No por casualidad, en los propios países del socialismo se reconoce que la teoría sobre el nuevo régimen social es una de las más retrasadas en el concierto de las ciencias sociales.

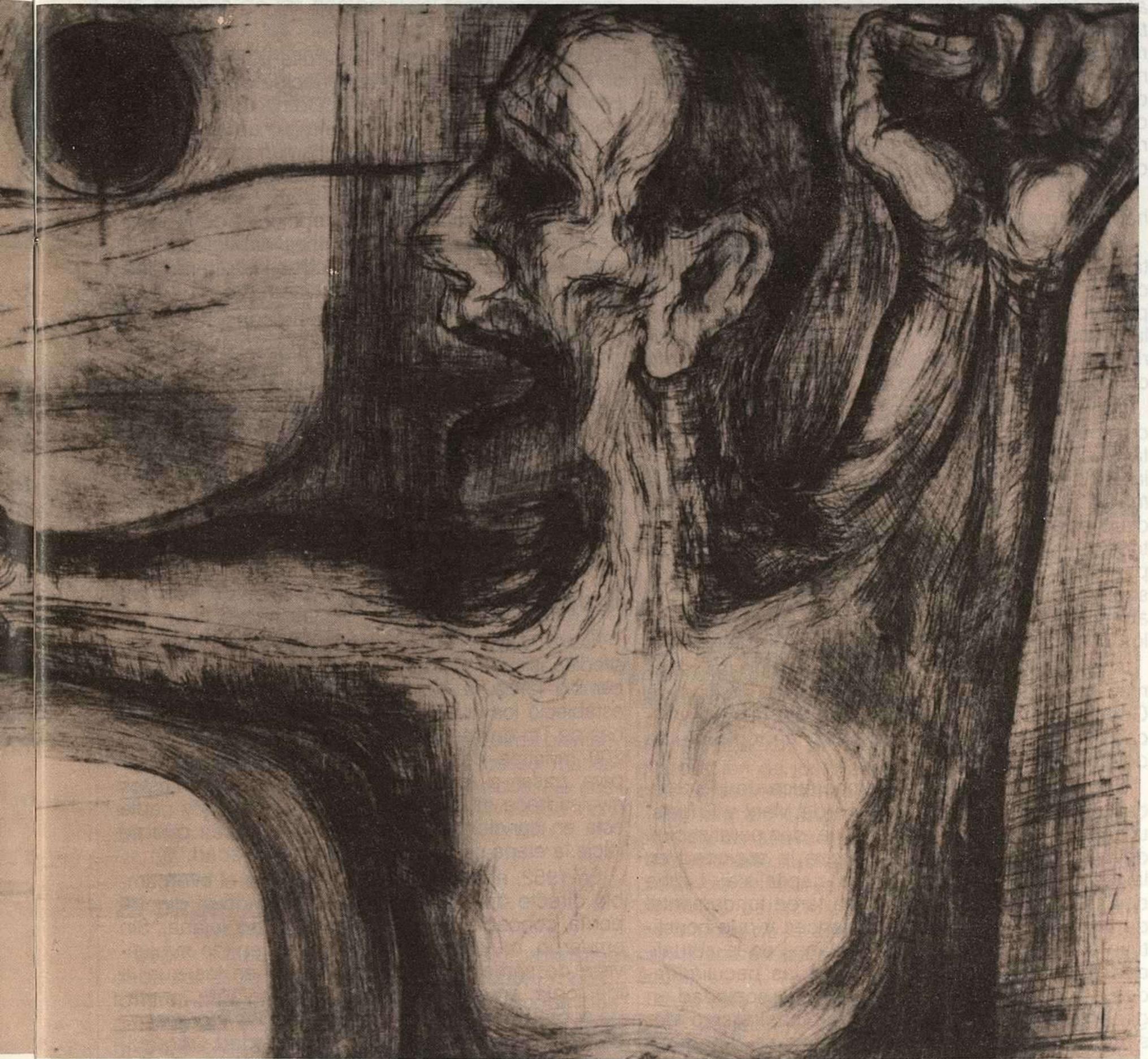
La actitud debe ser siempre creadora, máxime si las condiciones de la revolución socialista, al decir de Marx y Engels, no serán idílicas. Previsión que, por cierto, se ha confirmado en todos los casos de las revoluciones conocidas que, como



es sabido, se han llevado a cabo en países de escaso desarrollo económico y social.

Marx y Engels siempre se negaron a fabricar recetas para la construcción del socialismo que, en todo momento, debía atenerse no sólo a las leyes generales que el dogmatismo y el neodogmatismo ha absolutizado y absolutiza, sino a los hechos y procesos concretos, en constante movimiento y cambio. *Yo no me considero inclinado —escribe Engels— a proponerles algo a ellos (a los constructores del socialismo: DP.) o a darles los correspondientes consejos.* (4).

De todas maneras, comprendían claramente que en la edificación de la nueva sociedad se comete-



rían no pocos errores. Y ello no sólo por la experiencia del nacimiento, por ejemplo, del capitalismo, que habían estudiado atentamente, sino también porque con el socialismo crece la significación del factor subjetivo y, por tanto, aumenta la posibilidad (que no tiene por qué convertirse mecánicamente en realidad) de que se cometan errores.

En la correspondencia de Marx y Engels encontramos varias indicaciones sobre este particular. Por ejemplo, en la carta que Engels escribiera a Bebel (9-10/XI/1881) se dice que *se cometerá una masa de colosales errores, pues esto no se puede evitar*. Esta constatación es, ante todo, un claro

índice de su predisposición a criticar implacablemente dichos errores. Y Lenin así lo hizo, pudiéndose afirmar, incluso, que fue su más acérrimo crítico. Por otro lado, hay que reconocer que no pudieron prever que esos errores alcanzaran las proporciones que son del dominio público. Pero, siguiendo el espíritu del marxismo y del leninismo, los errores del pasado más o menos lejano y más o menos reciente se están corrigiendo en la URSS y en otros países del socialismo.

Se comprende que los fundadores del marxismo destacaran el papel de la autogestión. En su carta a uno de los dirigentes de la socialdemocracia holandesa, Nieuwenhuis, Engels dice que *la libre*

autogestión debe ser nuestra mejor arma en la transformación del modo de producción (5). Aclaremos, de entrada, que no se trata de un planteamiento casual, sino de principio. Y no podía ser de otra manera: para conseguir el éxito y evitar o disminuir la gravedad de los errores del socialismo no hay más solución que la de la libertad y la democracia, la participación y la autogestión.

Además, hay una razón de fondo: la historia la hacen la masas.

En función de esta tesis esencial de la interpretación dialéctico-materialista de la historia, hay que convenir que la libertad y la democracia, la participación y la autogestión son consustanciales con la naturaleza misma del socialismo y, por el contrario, cualquier atentado contra ellas crea serias dificultades en su desarrollo.

Por estas razones, Marx y Engels reiteran una y otra vez que la organización de la producción, tanto agrícola como industrial, debería basarse en la cooperación. *En esto Marx y yo nunca hemos tenido dudas* —afirma Engels (6). Y se remitía, claro está, a los argumentos teóricos, pero, sobre todo, a la fuerza de la experiencia práctica, en particular, de la Comuna de París, que, como es sabido, trató de poner en marcha las fábricas abandonadas por los empresarios, basándose en los principios de la participación y la autogestión.

A este propósito, cabe reconocer que las reformas no sólo económica, sino también política de Gorbachev recogen la tesis marxista de la significación especial de la autogestión en toda la vida del socialismo.

La organización libre y democrática de la sociedad socialista tenía, en opinión de Marx y Engels, un antecedente: la lucha por la democratización del aparato del Estado y de toda la sociedad en las condiciones del régimen capitalista. Lucha que, a su juicio, debía ser una tarea fundamental de la socialdemocracia de entonces y que constituye uno de los objetivos prioritarios en la actualidad, habida cuenta, además, de las peculiaridades del desarrollo del Estado y de la sociedad en general, en las condiciones del capitalismo desarrollado contemporáneo.

Tampoco el planteamiento señalado es casual; está presente en toda una serie de obras, y en particular, en una carta de Engels a Kautsky del 28/IX/1881: *para su lucha económica y para su organización, él (el proletariado: DP.) como clase en lucha, necesita la libertad política y la igualdad, que se incrementan en la medida de sus éxitos.*

A este respecto cabe recordar los planteamientos que Marx hace acerca de la importancia de la legislación laboral en el capítulo XIII del primer tomo de *El Capital*. En su opinión, las libertades democráticas crean un ambiente más propicio para superar el fetichismo de las relaciones capitalistas y, por tanto, contribuyen a que los trabajadores comprendan mejor la necesidad de sustituirlas. De esta manera, la lucha por la democracia está di-

rectamente relacionada con la lucha por el socialismo.

Engels, por su parte, desarrolla estas ideas en su introducción (1895) a la conocida obra de Marx *Lucha de clases en Francia*. Como se recordará, ensalza la significación del sufragio universal y de los métodos legales de lucha, llamando la atención sobre un hecho importante: estos métodos benefician más al proletariado que a sus enemigos de clase. Engels amplía las concepciones de la táctica revolucionaria para los países capitalistas desarrollados, y esto, salvando todas las diferencias, tiene un indudable valor de actualidad.

Al mismo tiempo, Marx y Engels consideran que toda la sociedad socialista debe organizarse de una manera libre y democrática. Engels escribe el 21 de agosto de 1851 una carta a Marx, en la que critica la tesis de Proudhon acerca de que, en el futuro socialista, el poder y la libertad serán incompatibles. Y dice así: *¡Qué diablos! Entonces ¿para qué necesitamos el poder?* Está claro, pues, que el marxismo no concibe el socialismo sin el desarrollo de las libertades democráticas.

Etapas intermedias

Fuerza es reconocer que ha existido una excesiva predisposición a prefijar etapas intermedias en el camino hacia la nueva sociedad. En 1947, Stalin estableció los niveles que la producción (500 millones de Tm de carbón, 100 millones de Tm de acero, 200 millones de Tm de petróleo) debía alcanzar para pasar a la sociedad comunista. Pero estos niveles hace mucho que se han superado, y nadie está en condiciones de prever el plazo en que se inicie la etapa superior de la nueva sociedad.

En 1952, el mismo Stalin previó que el intercambio directo de mercancías, suprimiendo el dinero, podía concebirse como una tarea no lejana. Sin embargo, muy pronto se aclaró el sentido subjetivista de semejantes aseveraciones, en las que la ideología, en el peor sentido de la palabra, primaba sobre la investigación de los hechos y procesos de la realidad objetiva de la sociedad, requiriendo *sine qua non* de la teoría y de la ciencia.

Por estas mismas razones fracasó el cumplimiento del postulado programático del PCUS que, para 1980, ambicionaba la creación de la base material y técnica del comunismo en la URSS. Todo esto es tanto más lamentable, si tenemos en cuenta las advertencias del marxismo en contra de las predicciones de las etapas transitorias hacia el comunismo. Engels, por ejemplo, afirma que *ésta es la cuestión más difícil de cuantas existen, ya que las condiciones cambian ininterrumpidamente* (7).

Sobre este mismo particular, Lenin destaca que la definición de la etapas por las que tenga que transcurrir la construcción del socialismo debe ser, ante todo, el resultado del estudio de la experien-

cia práctica de los *hombres del torno y del surco*, es decir, de los *hechos y procesos* históricos.

Se comprende que la nueva redacción del programa del PCUS, aprobada en su reciente XXVII Congreso, no establezca etapas y fechas preconcebidas para llegar a la sociedad comunista. Esto, claro está, es más serio y responsable y responde al sentido y hasta a la letra de los escritos, tanto del marxismo como del leninismo.

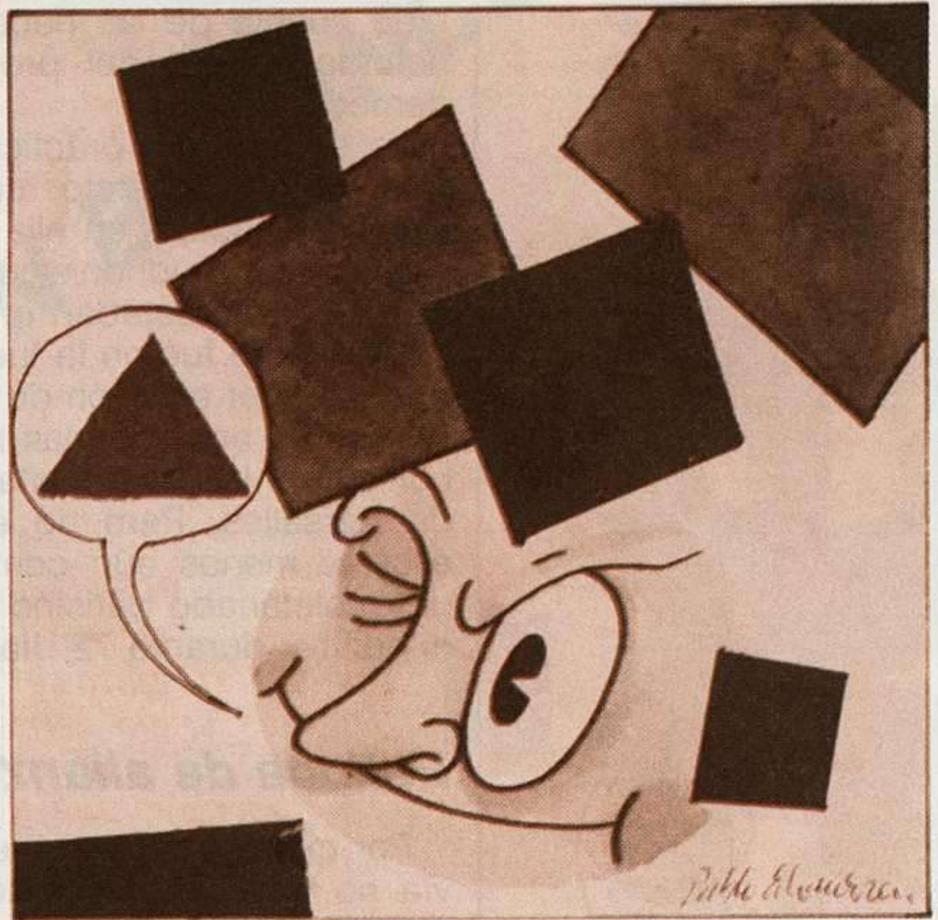
La línea política del PCE tiene en cuenta las experiencias prácticas del pasado más o menos reciente y los claros pronunciamientos de los creadores del socialismo científico sobre las etapas transitorias hacia el nuevo régimen social. De momento se limita a afirmar que, en nuestras condiciones, la economía mixta se mantendrá durante un largo período histórico, cuyo límite estará determinado, esencialmente, por el desarrollo de las fuerzas productivas.

Por cierto, que esta concepción está directamente relacionada con la posibilidad y la necesidad de los cambios cuantitativos en el desarrollo social. Para Marx y Engels, las transformaciones socialistas son un proceso, en el que los saltos revolucionarios no sólo no excluyen, sino que presuponen cambios paulatinos en la transformación del modo de producción capitalista. En 1890, Engels dice: *En el camino de la realización de esta transformación mañana mismo —se trata de su realización paulatina—, yo no veo en absoluto ninguna dificultad* (8).

A decir verdad, este, como muchos otros planteamientos poco conocidos de los clásicos del marxismo, ha pasado muchas veces inadvertidos. No obstante, nosotros los recordamos, revitalizando conceptos básicos del comunismo revolucionario.

El papel de la conciencia

Según Marx y Engels, uno de los propósitos debe ser el de desarrollar al proletariado. Propósito tanto más importante en los países deprimidos que han emprendido la vía no capitalista del progreso social. En la mayoría de ellos, la evolución de la clase obrera es deficiente, en aspectos que no se pueden desdeñar. Esto es perfectamente comprensible si, por una parte, nos fijamos en las dificultades objetivas de orden histórico y si, por otra, valoramos adecuadamente todo el alcance de las limitaciones que han supuesto, en primer lugar, las restricciones de la libertad y de la democracia, así como el anquilosamiento de la autogestión, hechos todos ellos que tuvieron una clara expresión en el pasado. En consecuencia, es comprensible que aún no se pueda decir que la conciencia está jugando *todo* el papel que le corresponde en el desarrollo de la sociedad socialista. Y, sin embargo, ésta es una exigencia que, de acuerdo con el marxismo revolucionario, distinguiría al socialismo del capitalismo.



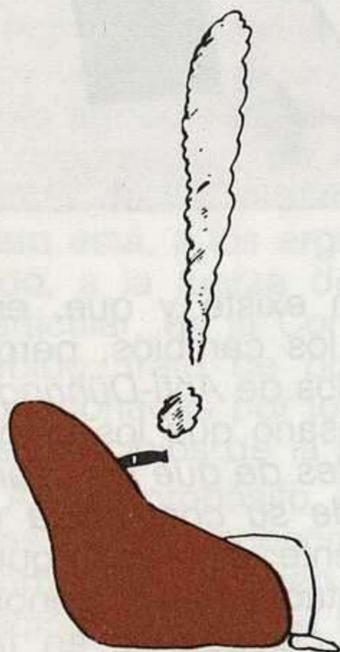
Se dirá que la planificación existe y que, en función de ella, se producen los cambios, pero, ya en los materiales preparatorios de *Anti-Dühring*, Engels considera que es necesario que los hombres *deseen* estos cambios antes de que les sean impuestos a ellos en contra de su conciencia y voluntad (9). Y, desgraciadamente, esto es lo que ha ocurrido, cuando se ha limitado más o menos la participación de todos los ciudadanos en la elaboración de los planes de desarrollo. Es decir, cuando se ha limitado la autogestión.

Por ello el PCE pretende contribuir a la restitución de las aspiraciones del marxismo científico y revolucionario, luchando por la organización consciente de las masas en partidos, sindicatos y asociaciones de todo tipo, con el fin de ensanchar los marcos de la democracia y de la participación ciudadana en todas las manifestaciones de la vida social.

Esto está relacionado con la reivindicación constante de Marx y Engels de conseguir la *mayor claridad en las mentes* (10). Esta claridad es una garantía de la acción consciente que, en efecto, no se podía llevar a cabo mientras las mentes estuvieran sujetas a la utopía y a las representaciones fantásticas. Como tampoco se pueden realizar consecuentemente si el pensamiento se atenaza por las deformaciones dogmáticas de ayer y neodogmáticas de hoy.

A Marx y a Engels no se le escapa el carácter pluralista de la sociedad. Por eso, ya desde el Manifiesto Comunista, abogaron por la unidad de acción de las diferentes corrientes democráticas y socialistas.

Más tarde siempre insistieron en ello. En 1884, por ejemplo, Engels subraya que él *podría ir a un acuerdo con personas que no estén en posiciones enteramente revolucionarias y comunistas* (11)*, ha-



bida cuenta de las necesidades sociales y de la heterogeneidad del propio movimiento obrero y democrático.

La experiencia práctica de la Comuna de París era, a este respecto, una fuente de inspiración. Como es sabido, en ella se produjo una colaboración entre proudhonistas, blanquistas y marxistas. Estos últimos estaban en minoría absoluta y, lógicamente, no fueron la fuerza dominante ni dirigente del primer embrión de Estado socialista. Es cierto que los errores y las limitaciones de los proudhonistas y los blanquistas incidieron en la victoria de Versalles. Pero no es menos cierto que sin ellos, y menos aún contra ellos, el nuevo poder del proletariado parisino no hubiera podido surgir, ni pervivir durante 72 días.

Política de alianzas

Por cierto, esta experiencia de la Comuna todavía no ha sido destacada suficientemente y, sin embargo, para nosotros tiene un interés especial, pues la unidad del proletariado hizo posible también la acción conjunta de artesanos, estudiantes, profesionales, pequeños industriales y comerciantes e, incluso, ciertos sectores de la mediana burguesía lesionada por las arbitrariedades del gran capital y asqueada por la traición nacional y el sometimiento de Francia a los intereses rapaces de Prusia. No es de extrañar que Marx prestara atención a este hecho en su obra *La guerra civil en Francia*, ya que venía a producirse por primera vez en la historia.

Sin embargo, esta experiencia no se ha tenido en cuenta durante muchos años. Como es sabido, Stalin estimaba que podían existir dos tipos de Estados proletarios: uno *crystalinamente puro* dirigido por un solo partido y otro, conducido por varios. En el ambiente del llamado *culto a la personalidad*, esta concepción llegó a absolutizarse hasta el extremo de negar o menospreciar seriamente la viabilidad del segundo tipo de Estado socialista.

De esta manera, el stalinismo revisó no sólo a Marx, sino también a Lenin, cuya consigna *¡Todo el poder a los Soviets!* (abril, 1917) pudo haber significado la creación de un Gobierno pluripartidista en el que los bolcheviques hubieran estado en minoría.

Es comprensible que nuestras concepciones arranquen del marxismo científico y revolucionario. Y es que no pretenden ser más que la puesta al día del marxismo, habida cuenta de nuestras condiciones sociales. Más aún: en muchos casos, son su recuperación y desarrollo creador, de acuerdo con la experiencia práctica y los logros de la investigación, de la ciencia revolucionaria.



(1) Marx y Engels, *Obras Completas*, t. 36, p. 363, Moscú, 1964. Traducción de citas de Damián Pretel.

(2) Id., t. 32, p. 218.

(3) Id., t. 38, p. 77.

(4) Id., t. 33, pp. 537-538.

(5) Id., t. 36, p. 369.

(6) Id., t. 36, p. 361.

(7) Id., t. 37, p. 380.

(8) Id., t. 37, p. 380.

(9) Id., t. 20, p. 639.

(10) Id., t. 36, p. 199.

(11) Id., t. 36, p. 91.

ELECCIONES, UN BALANCE

¡eres!
DOSSIER



ELECCIONES GENERALES DE 1986

Carlos Martín



CUANDO el Gobierno, en interés del PSOE, anticipaba las elecciones al 22 de junio, lo hacía en función de los siguientes parámetros: evitar el desmoronamiento de CP antes de las elecciones; evitar la clarificación del espacio político de centro; evitar la clarificación del espacio político de izquierdas, y evitar que las elecciones andaluzas se celebraran antes de las elecciones generales y éstas fueran un factor más de clarificación de los espacios políticos de centro y de izquierdas.

Antes de analizar si el Gobierno ha conseguido o no los objetivos que se planteaba, es conveniente preguntarse si la democracia debe entenderse como la mejor forma posible de obtener la mayor participación, en igualdad de to-

dos los ciudadanos, en el hacer político o como un conjunto de normas convencionales utilizadas de una forma arbitraria.

Desde el punto de vista democrático, es lógico que sea el Gobierno quien, en función de los intereses nacionales, pueda adelantar las elecciones, pero aunque cumpla las normas, no es democrático que lo haga en interés de su partido.

El Gobierno, al adelantar las elecciones, pretendía que Fraga continuara como «sparring» político y utilizar el miedo al elefante de papel como factor para obtener la mayoría absoluta. De hecho, ha conseguido que la crisis dentro de la Coalición Popular y dentro de AP se contuviera hasta después de las elecciones.

También pretendía que continuara la nebulosa en torno a los partidos de centro, pero en este punto ha perdido la batalla.

El PSOE conocía el carisma popular que tenía y tiene Adolfo Suárez; pero pensaba (opinión bastante generalizada) que, a pesar de que el CDS presentaba más posibilidades que el PRD de Roca, al no tener suficientes recursos económicos, como ocurriera en las autonómicas de Galicia, al final, los reformistas, con indudable apoyo financiero, desbancarían al CDS. Por ello, en un primer momento, el PSOE descuidó al partido de Adolfo Suárez y, cuando se quiso dar cuenta, se les fue de las manos. A partir del 23 de junio, el centro es del CDS. Aunque es razonable pensar que si las elecciones se hubieran realizado en su momento, con el debilitamiento de CP, las posibilidades del centro hubieran sido mayores.

De logros y pretensiones

En la izquierda, a pesar de intentar abortar la convergencia política —por los plazos—, de potenciar la presencia de Santiago Carrillo en los medios de comunicación —principalmente en TVE— y de cerrarle las puertas de los recursos financieros, se ha clarificado el espacio político de izquierdas en beneficio de Izquierda Unida.

El PSOE ha cumplido, en parte, sus objetivos: ha obtenido la mayoría absoluta; ha sostenido a CP, y ha cogido desprevenidos a IU y al CDS.

Pero a su vez, ha obtenido la mayoría absoluta por poca diferencia, con pérdida de votos respecto a las elecciones anteriores; ha sostenido a CP hasta las elecciones, después no ha conseguido frenar la crisis de los conservadores, y por la clarificación con recuperación de los espacios políticos de centro y de izquierdas, ha resquebrajado el bipartidismo.

Las normas actuales permiten que el partido en el poder haga una utilización partidista del aparato de Estado: convoca elecciones con fines estrictamente partidistas; controla los medios de comunicación (la utilización que el Gobierno hizo de la TVE durante el pasado referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN fue un escándalo); se entromete en espacios políticos dis-

tintos (potencia a Fraga, crea la confusión entre Roca y Suárez y potencia a Santiago Carrillo), y apoya un sistema electoral que beneficia a la mayoría y debilita a las minorías.

¿Por qué si la democracia se asienta en el principio de un hombre un voto, el 4,6 por 100 de votos a IU, que en justa proporcionalidad le corresponderían 16 diputados, sólo le asignan siete?

El sistema de corrección al sistema proporcional que se aplica mediante la actual Ley Electoral es un círculo vicioso autoalimentado. Cuanto más minoritario es un partido menos se respetan sus derechos, menos rentabilidad se le otorga a sus votos, lo que induce a la pérdida de votos.

El sistema electoral actual crea barreras que distorsionan el sistema democrático. Por ello, a la hora de plantearse alternativas políticas, una de las principales, si no es la principal, deberá consistir en la ruptura de esas barreras. Hay que exigir, en la medida de las actuales posibilidades, que el 4,6 por 100 de votos a IU tenga la presencia política que le corresponde.

La negativa beligerante del PSOE a que IU forme grupo parlamentario va en este sentido. Por ello, la lucha por la consecución del grupo de IU deberá extenderse a la lucha por romper barreras. IU debe luchar por la formación de grupo parlamentario, porque se le adjudiquen el número de diputados europeos que le corresponden a su porcentaje electoral, por la reforma de la Ley electoral para que permitan la presencia de los diputados en función del porcentaje de voto, y por su presencia en el ente de RTVE para vigilar su funcionamiento democrático.

A modo de balance

Después de las últimas elecciones generales, el PCE e IU se encontraron en una mejor situación que en el intervalo 82-86, pero eso no quiere decir que las elecciones hayan sido un éxito para el PCE e IU.

Como puntos positivos se pueden valorar: el cambio de tendencia electoral (la disminución de votos en algunas provincias demuestra que el 4,1 por 100 no era el mínimo porcentaje a conseguir); cuando se pierden reiteradamente votos, el solo hecho de frenar la tendencia es un logro considerable, más importante cuando el propio sistema reacciona de forma centrífuga marginando a las minorías; no cabe duda de que en el esquema del PSOE en estas elecciones el PCE tenía que ser extraparlamentario. Otro punto positivo: Fraga se derrumba y demuestra una vez más que no es alternativa de poder y muchos de los que siguen votando al PSOE por su izquierda en lugar de al PCE o IU lo hacen por miedo a Fraga. El bipartidismo se rompe; la batalla política poco a poco deja de ser Felipe-Fraga. Asimismo, es positivo que el prestigio del PCE ha aumentado gracias a su labor abierta y convergente; la izquierda del PSOE está clarificada en torno al PCE e IU.

Pero también hay que valorar los puntos negativos: la división de los comunistas ha provocado la pérdida de un importante número de votos que han ido a la MUC y otros que se han ido, por desánimo, al PSOE; IU ha perdido porcentaje electoral en Granada, La Coruña, Orense, Pontevedra, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Valencia, Castellón, Barcelona, Gerona, Lérida, Tarragona, Valladolid, Albacete, Cuenca y Cantabria; en todas ellas, excepto Cataluña, donde el PCC no ha estado en la coalición IU, es donde Santiago Carrillo tiene mayor influencia. El 4,6 por 100 no recoge ni los éxitos de la campaña contra la permanencia de España en la OTAN, ni el descontento de la izquierda ante el Gobierno, ni las simpatías que IU despierta en una amplia capa de la sociedad. No se ha avanzado lo suficiente en la convergencia política con las minorías de izquierda nacionalista en el País Vasco y en Galicia, con Euskadiko Ezkerra y el PSG-EG.

¿Cuáles son, por tanto, los problemas con los que se encuentra IU?:

- Un sistema electoral que trata de marginar a las minorías políticas.
- Un sistema que crea barreras al funcionamiento democrático.



- La potenciación externa de los antiguos problemas internos.
- Problemas de liderazgo.
- Falta de acuerdo con el PCC, EE y PSG-EG.
- La existencia del partido de Santiago Carrillo.

Es cierto que una vez celebradas las elecciones, en las que MUC ha resultado extraparlamentario, tanto en las elecciones generales como en las autonómicas andaluzas, el partido de Santiago Carrillo no crea los mismos problemas.

Hay quien a estos seis puntos añadiría la presencia, dentro de la coalición IU, del Partido Humanista y del Carlista. Cuestión muy discutible si lo que se trata es de aunar esfuerzos dentro de un proyecto abierto y sin esquematis-mos. Un dato muy importante es que la tasa de permanencia de voto más alta conseguida por IU en las últimas elecciones ha sido en Navarra, previsiblemente gracias al Partido Carlista.

En tabla anexa se ofrecen comparativamente los porcentajes electorales conseguidos por cada partido en cada una de las provincias en las elecciones generales de 1982 y 1986, además de un ratio denominado tasa de permanencia, que es el cociente del porcentaje electoral de 1986 (numerador) y del porcentaje electoral de 1982 (denominador). Si la tasa es mayor que uno es porque ha habido recuperación y si es menor que uno es porque ha perdido espacio electoral.

Nuevas perspectivas

La situación de IU no es buena, pero en comparación con la anterior legislatura las posibilidades son mayores:

— Paralelamente a los modestos resultados de IU en las elecciones generales, IU de Andalucía ha tenido un claro éxito en las elecciones autonómicas andaluzas.

— La celebración de las próximas elecciones al Parlamento Europeo serán una nueva e importante oportunidad por los siguientes hechos:

- Al ser España una circunscripción única, el reparto de diputados es relativamente proporcional; los votos de algunas provincias que nunca han rentabilizado ningún diputado comunista pueden servir esta vez para obtener diputados europeos.
- En las elecciones al Parlamento Europeo no hay voto de miedo a Fraga, ni voto útil para formar Gobierno.
- Posibilita el acuerdo con las minorías de izquierda nacionalistas.

— La celebración de las próximas elecciones municipales y autonómicas en 13 circunscripciones. Las posibilidades electorales del PCE e IU son mayores en las municipales y autonómicas que en las generales.

— El gesto de EE para la formación del grupo parlamentario de IU y la petición de negociaciones del PSG-EG abren nuevas posibilidades de entendimiento con las minorías nacionalistas de izquierda.

Después de desdibujar la situación pre y poselectoral del PCE e IU, ¿cuáles son las vías de avance?:

— Denuncia y ruptura de las barreras al funcionamiento democrático —antes mencionadas.

— Fortalecimiento de un líder prestigiado dentro y fuera del PCE y dentro y fuera de la coalición Izquierda Unida.

— Convergencia política con EE y PSG-EG. En el caso de no obtener la convergencia con unas condiciones dignas, generosidad política para apoyar haciendo campaña propia los candidatos de las minorías nacionalistas de izquierda mencionadas.

— Profundización y fortalecimiento de la coalición Izquierda Unida. A pesar de la celebración de las elecciones generales, con toda la propaganda que conlleva, sólo un 55 por 100 conoce IU.

— Buscar algún tipo de solución a la escisión comunista.

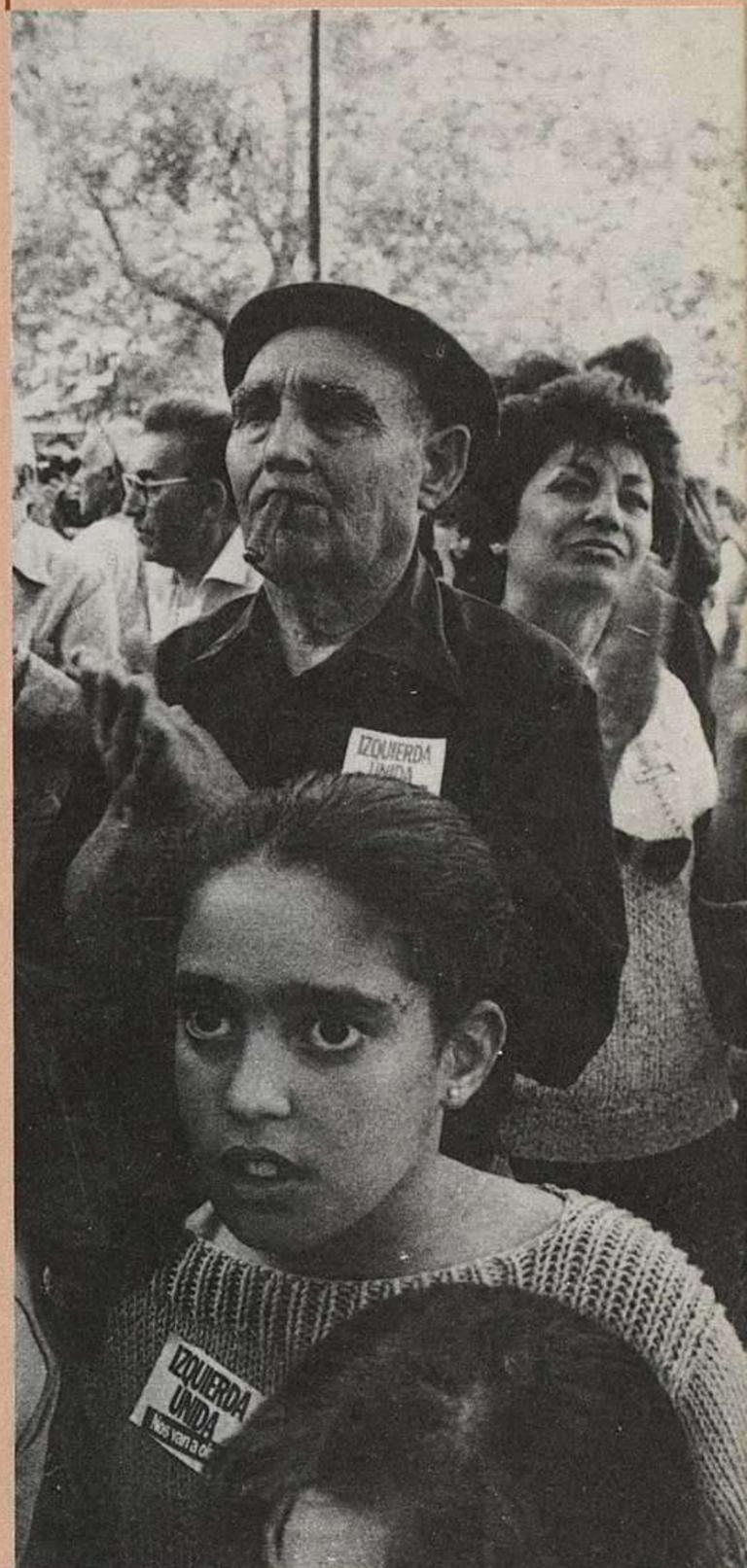
— Apoyo a sus puntos electorales fuertes, fundamentalmente Andalucía y los Ayuntamientos donde se ostenta la alcaldía.

— Empezar a trabajar ya en las comisiones electorales de cara a los próximos comicios europeos, municipales y autonómicos.

Algo que debe hacer pensar a todos es en los resultados que el PCE hubiera obtenido de no formarse la coalición Izquierda Unida.

ANDALUCIA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
ALMERIA:				
	PSOE	58,16	53,32	0,92
	CP	23,42	25,98	1,11
	PCE/IU	2,67	5,18	1,94
	CDS	1,78	9,05	5,08
	PSA/PA	1,24	1,49	1,20
	Otros	12,73	4,98	—
CADIZ:				
	PSOE	63,85	60,89	0,95
	CP	20,13	19,84	0,98
	PCE/IU	4,29	5,79	1,35
	CDS	1,75	5,55	3,17
	PSA/PA	3,44	4,17	1,21
	Otros	6,54	3,76	—
CORDOBA:				
	PSOE	57,94	53,68	0,93
	CP	21,43	21,71	1,01
	PCE/IU	8,94	12,14	1,36
	CDS	1,28	6,47	5,05
	PSA/PA	2,21	2,89	1,31
	Otros	9,48	3,11	—
GRANADA:				
	PSOE	57,94	52,82	0,91
	CP	24,14	26,79	1,11
	PCE/IU	7,09	7,08	0,99
	CDS	1,80	6,61	3,67
	PSA/PA	1,22	1,27	1,04
	Otros	7,81	5,43	—
HUELVA:				
	PSOE	63,52	62,24	0,98
	CP	20,85	21,38	1,02
	PCE/IU	3,63	5,26	1,45
	CDS	1,37	5,74	4,19
	PSA/PA	1,71	2,34	1,37
	Otros	8,92	3,04	—
JAEN:				
	PSOE	57,21	55,12	0,96
	CP	23,09	26,89	1,16
	PCE/IU	7,39	9,15	1,24
	CDS	0,93	5,35	5,75
	PSA/PA	1,31	1,23	0,94
	Otros	10,07	2,26	—
MALAGA:				
	PSOE	62,17	57,56	0,92
	CP	23,35	21,74	0,93
	PCE/IU	5,31	8,37	1,58
	CDS	1,51	6,02	3,99
	PSA/PA	2,32	2,43	1,05
	Otros	5,34	3,88	—
SEVILLA:				
	PSOE	62,17	59,22	0,95
	CP	22,04	21,22	0,96
	PCE/IU	6,54	8,21	1,25
	CDS	0,72	3,63	5,04
	PSA/PA	2,93	4,05	1,38
	Otros	5,60	3,67	—

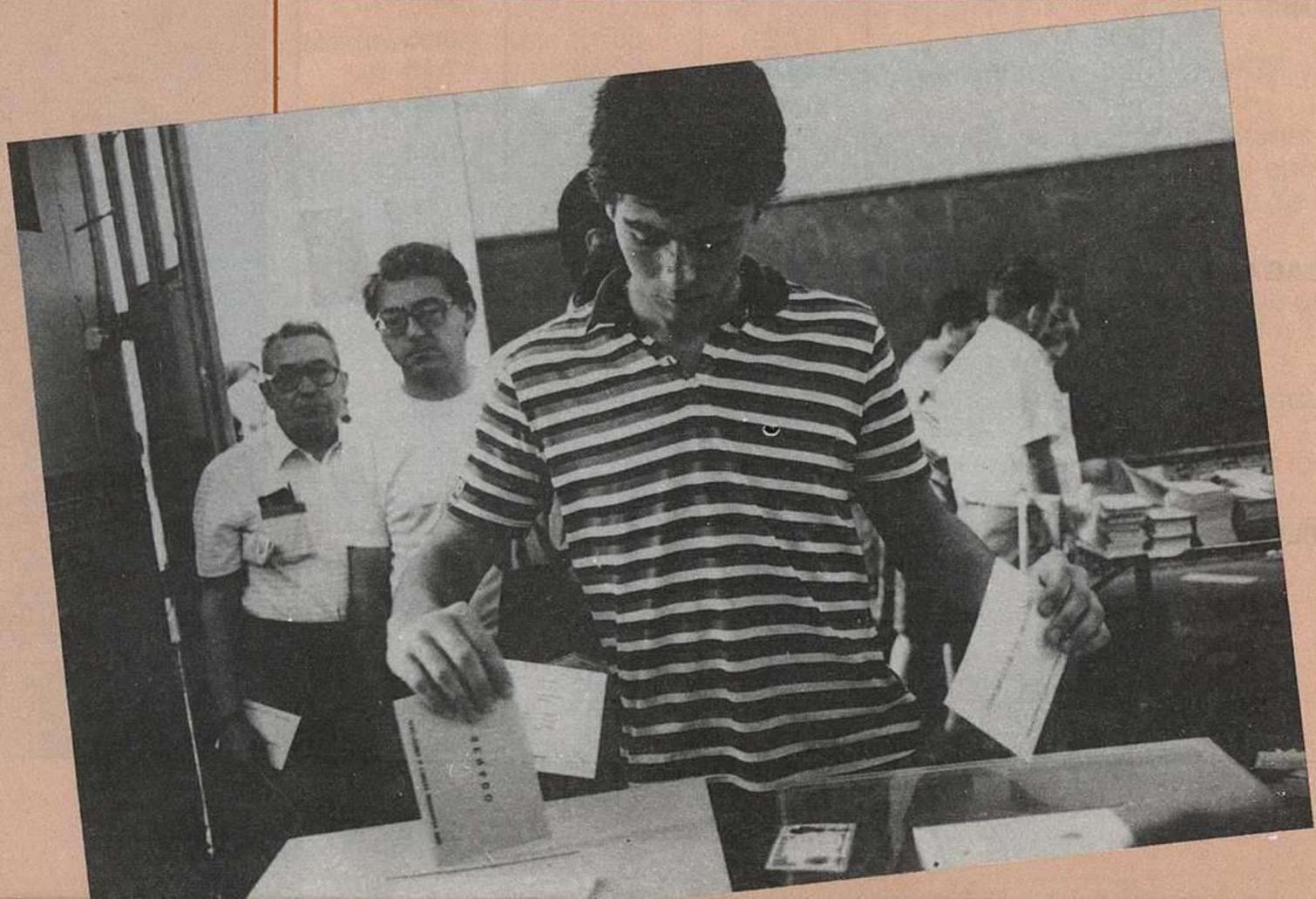


GALICIA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
LA CORUÑA:				
	PSOE-PSG	38,42	39,11	1,02
	CP	35,34	36,07	1,02
	PCG/IU	1,78	1,29	0,72
	CDS	2,77	10,14	3,66
	Otros	21,69	13,39	—
LUGO:				
	PSOE-PSG	27,98	29,58	1,06
	CP	46,46	46,77	1,01
	PCG/IU	0,73	2,03	2,78
	CDS	2,04	10,07	4,94
	Otros	22,79	11,55	—
ORENSE:				
	PSOE-PSG	28,35	33,59	1,18
	CP	35,73	38,90	1,09
	PCG/IU	0,86	0,76	0,88
	CDS	1,94	5,45	2,81
	Otros	33,12	21,30	—
PONTEVEDRA:				
	PSOE-PSG	30,60	35,08	1,15
	CP	37,71	39,90	1,06
	PCG/IU	1,96	1,16	0,59
	CDS	2,93	8,93	3,05
	Otros	26,80	14,93	—

ASTURIAS

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
ASTURIAS:				
	PSOE	52,36	45,93	0,88
	CP	28,06	27,26	0,97
	PCE/IU	8,17	9,17	1,12
	CDS	4,32	13,20	3,06
	Otros	11,41	4,44	—



PAIS VASCO

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
ALAVA:				
	PSOE	35,53	33,09	0,93
	CP	19,23	15,80	0,82
	PCE/IU	1,08	0,85	0,79
	CDS	3,85	8,76	2,27
	PNV	22,07	19,06	0,86
	EE	7,00	8,12	1,16
	HB	9,99	12,05	1,21
	Otros	1,25	2,27	—
GUIPUZCOA:				
	PSOE	26,10	23,02	0,88
	CP	8,17	8,05	0,98
	PCE/IU	1,26	0,82	0,65
	CDS	1,67	3,62	2,17
	PNV	32,74	28,64	0,87
	EE	9,96	10,74	1,08
	HB	19,38	23,06	1,19
	Otros	0,72	2,05	—
VIZCAYA:				
	PSOE	29,79	26,53	0,89
	CP	12,08	10,67	0,88
	PCE/IU	2,20	1,56	0,71
	CDS	1,48	4,94	3,34
	PNV	33,54	29,33	0,87
	EE	6,59	8,37	1,27
	HB	13,17	15,95	1,21
	Otros	1,15	2,65	—

NAVARRA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
NAVARRA:				
	PSOE	37,88	35,32	0,93
	CP	25,75	29,45	1,14
	PCE/IU	0,72	1,59	2,21
	CDS	4,15	9,54	2,30
	PNV	5,53	1,80	0,32
	EE	2,84	2,80	0,99
	HB	11,73	13,93	1,19
	Otros	11,40	5,57	—

ARAGON

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
ZARAGOZA:				
	PSOE	51,62	43,55	0,84
	CP	31,69	25,15	0,79
	PCE/IU	3,33	3,75	1,13
	CDS	4,03	10,87	2,70
	Otros	9,33	16,68	—
HUESCA:				
	PSOE	48,67	44,47	0,91
	CP	26,18	25,09	0,96
	PCE/IU	2,56	3,26	1,27
	CDS	4,92	12,87	2,62
	Otros	17,67	14,31	—

TERUEL:					
	PSOE		41,25	41,02	0,99
	CP		33,75	32,85	0,97
	PCE/IU		1,19	1,53	1,29
	CDS		4,75	10,62	2,24
	Otros		19,06	13,98	—
LA RIOJA					
			Oct. 82	Junio 86	T.P.
LA RIOJA:					
	PSOE		43,70	43,91	1,00
	CP		41,82	39,25	0,94
	PCE/IU		1,61	2,03	1,26
	CDS		3,73	10,07	2,70
	Otros		9,14	4,74	—
COMUNIDAD VALENCIANA					
			Oct. 82	Junio 86	T.P.
VALENCIA:					
	PSOE		53,48	46,77	0,87
	CP		29,47	27,53	0,93
	PCE/IU		5,30	5,07	0,96
	CDS		2,37	8,31	3,51
	Otros		9,38	12,32	—
ALICANTE:					
	PSOE		54,38	49,20	0,90
	CP		29,15	29,50	1,01
	PCE/IU		4,09	4,91	1,20
	CDS		2,57	9,61	3,74
	Otros		9,81	6,78	—
CASTELLON:					
	PSOE		49,82	46,20	0,93
	CP		28,25	33,45	1,18
	PCE/IU		3,16	2,41	0,76
	CDS		2,71	8,96	3,31
	Otros		16,06	8,98	—
MURCIA					
			Oct. 82	Junio 86	T.P.
MURCIA:					
	PSOE		50,94	48,82	0,96
	CP		35,71	34,37	0,96
	PCE/IU		3,78	4,53	1,20
	CDS		1,92	8,34	4,34
	Otros		7,65	3,94	—
MADRID					
			Oct. 82	Junio 86	T.P.
MADRID:					
	PSOE		52,87	40,81	0,77
	CP		32,74	32,01	0,98
	PCE/IU		5,05	6,04	1,20
	CDS		4,17	14,09	3,38
	Otros		5,17	7,05	—

CATALUÑA

	Oct. 82	Junio 86	T.P.
BARCELONA:			
PSOE	48,39	43,19	0,89
CD	14,45	10,71	0,74
PSUC-UEC	4,92	4,15	0,84
CDS	1,86	4,36	2,34
CiU	20,98	29,90	1,42
ERC	3,74	2,55	0,68
Otros	5,66	5,14	—
GERONA:			
PSOE	34,32	31,41	0,91
CD	13,23	9,88	0,75
PSUC-UEC	3,17	2,54	0,80
CDS	2,00	2,57	1,29
CiU	36,23	45,96	1,27
ERC	5,70	3,48	0,61
Otros	5,35	4,16	—
LERIDA:			
PSOE	35,38	30,43	0,86
CP	15,90	16,18	1,02
PSUC-UEC	2,75	2,48	0,90
CDS	3,14	3,26	1,04
CiU	28,07	40,74	1,45
ERC	5,87	3,06	0,52
Otros	8,89	3,85	—
TARRAGONA:			
PSOE	42,26	37,90	
CP	17,86	16,70	
PSUC/UEC	4,65	3,86	
CDS	2,45	4,09	
CiU	20,86	31,78	
ERC	3,97	2,60	
Otros	7,95	3,07	



CEUTA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
CEUTA:				
	PSOE	45,75	45,15	0,99
	CP	30,01	36,42	1,21
	PCE/IU	0,74	1,45	1,96
	CDS	7,86	7,96	1,01
	Otros	15,64	9,02	—

MELILLA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
MELILLA:				
	PSOE	49,35	35,50	0,72
	CP	26,62	46,07	0,58
	PCE/IU	—	2,72	—
	CDS	7,74	11,24	1,45
	Otros	16,29	4,47	—

EXTREMADURA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
BADAJOS:				
	PSOE	57,48	57,27	0,99
	CP	23,44	26,15	1,12
	PCE/IU	4,22	5,09	1,21
	CDS	1,45	8,53	5,88
	Otros	13,41	2,96	—
CACERES:				
	PSOE	52,70	53,72	1,02
	CP	24,55	27,76	1,13
	PCE/IU	1,68	2,01	1,20
	CDS	5,28	7,34	1,39
	Otros	15,79	9,17	—

CASTILLA Y LEON

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
AVILA:				
	PSOE	30,74	24,43	0,79
	CP	33,48	29,48	0,88
	PCE/IU	1,75	1,98	1,13
	CDS	22,51	41,38	1,84
	Otros	11,52	2,73	—
BURGOS:				
	PSOE	37,89	37,30	0,98
	CP	43,28	39,39	0,91
	PCE/IU	1,77	2,76	1,56
	CDS	4,95	14,17	2,86
	Otros	12,11	6,38	—
LEON:				
	PSOE	45,03	45,19	1,00
	CP	31,95	34,31	1,07
	PCE/IU	1,98	2,53	1,28
	CDS	2,72	12,40	4,56
	Otros	18,32	5,57	—

PALENCIA:

PSOE	43,19	40,25	0,93
CP	39,03	39,62	1,02
PCE/IU	2,33	2,91	1,25
CDS	3,92	12,28	3,13
Otros	11,53	4,94	—

SALAMANCA:

PSOE	46,40	38,67	0,83
CP	29,96	35,88	1,20
PCE/IU	1,20	1,88	1,57
CDS	3,84	18,37	4,78
Otros	18,60	5,20	—

SEGOVIA:

PSOE	37,49	32,40	0,86
CP	38,69	36,47	0,94
PCE/IU	1,47	2,38	1,62
CDS	7,60	23,51	3,09
Otros	14,75	5,24	—

SORIA:

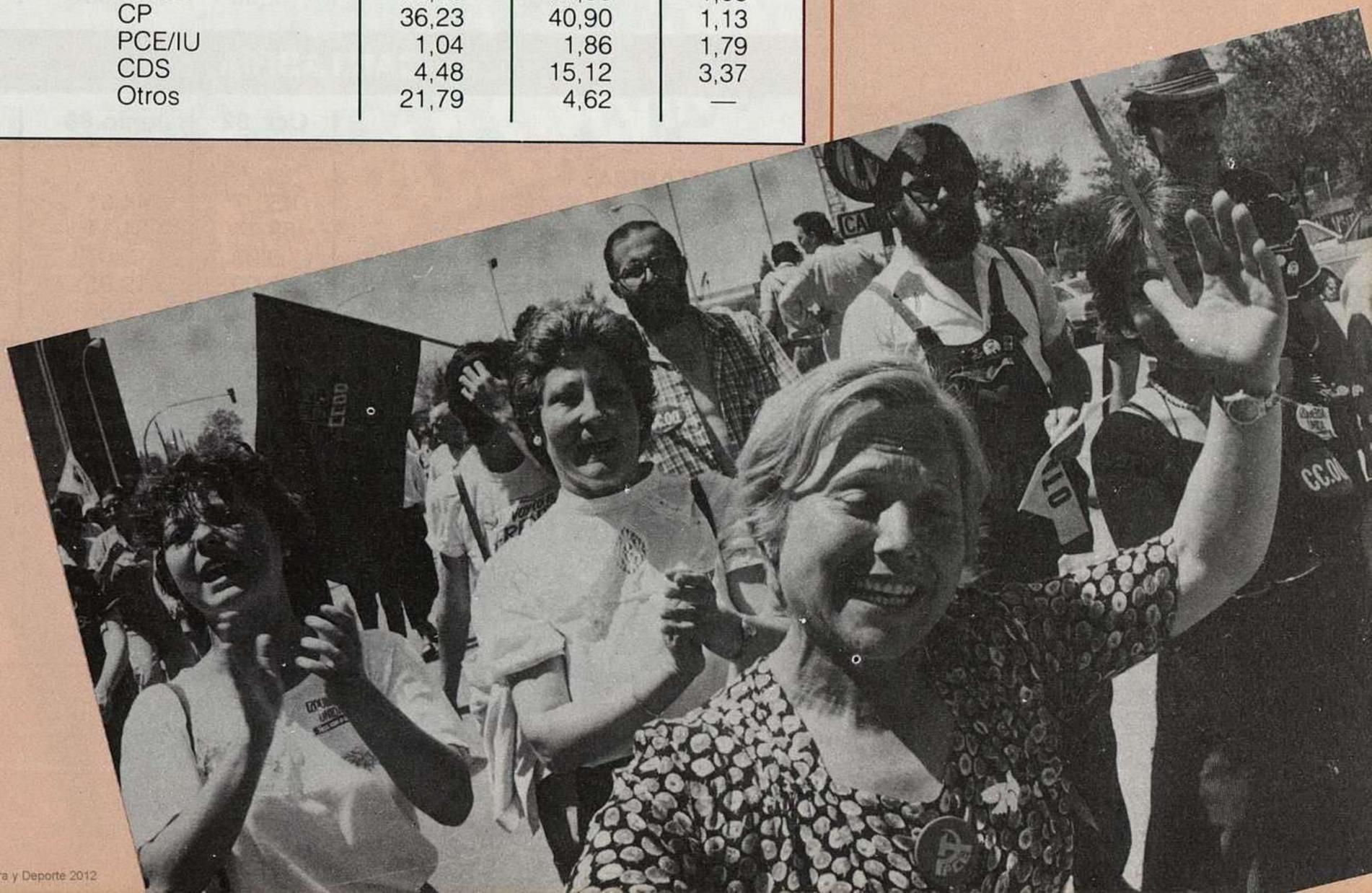
PSOE	35,79	35,81	1,00
CP	37,74	42,14	1,12
PCE/IU	1,18	2,64	2,24
CDS	4,77	14,10	9,33
Otros	20,52	5,31	—

VALLADOLID:

PSOE	51,73	41,75	0,81
CP	31,54	31,89	1,01
PCE/IU	3,45	3,00	0,87
CDS	4,22	17,00	4,03
Otros	9,06	6,36	—

ZAMORA:

PSOE	36,46	37,50	1,03
CP	36,23	40,90	1,13
PCE/IU	1,04	1,86	1,79
CDS	4,48	15,12	3,37
Otros	21,79	4,62	—



CASTILLA-LA MANCHA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
ALBACETE:				
	PSOE	53,81	51,05	0,95
	CP	28,99	31,94	1,10
	PCE/IU	4,62	4,53	0,98
	CDS	2,00	8,69	4,34
	Otros	10,58	3,79	—
CIUDAD REAL:				
	PSOE	54,16	51,60	0,95
	CP	28,32	32,05	1,13
	PCE/IU	2,73	3,63	1,33
	CDS	1,99	9,37	4,71
	Otros	12,80	3,35	—
CUENCA:				
	PSOE	45,18	45,30	1,00
	CP	32,01	38,99	1,22
	PCE/IU	3,22	2,44	0,76
	CDS	1,82	8,73	4,80
	Otros	17,77	4,54	—
GUADALAJARA:				
	PSOE	38,48	38,04	0,99
	CP	37,95	41,86	1,10
	PCE/IU	3,81	4,60	1,21
	CDS	3,28	10,94	3,34
	Otros	16,48	4,56	—
TOLEDO:				
	PSOE	47,27	45,99	0,97
	CP	33,61	35,49	1,06
	PCE/IU	4,40	4,66	1,06
	CDS	1,82	10,86	5,97
	Otros	12,90	3,00	—

CANTABRIA

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
CANTABRIA:				
	PSOE	45,27	44,31	0,98
	CP	39,14	34,11	0,87
	PCE/IU	3,08	3,07	0,99
	CDS	5,09	12,95	2,54
	Otros	7,42	5,56	—

BALEARES

		Oct. 82	Junio 86	T.P.
BALEARES:				
	PSOE	40,70	40,28	0,99
	CP	37,94	34,30	0,90
	PCE/IU	1,68	2,31	1,38
	CDS	5,28	11,33	2,15
	Otros	14,40	11,78	—

CANARIAS

	Oct. 82	Junio 86	T.P.
LAS PALMAS:			
PSOE	32,79	32,55	0,99
CP	29,29	28,17	0,96
CDS	5,91	21,09	3,57
Otros	32,01	18,19	—
TENERIFE:			
PSOE	41,10	39,79	0,97
CP	24,66	18,03	0,73
CDS	3,97	12,30	3,10
Otros	30,27	29,88	—



EL 22-J EN ANDALUCIA

Luis Carlos Rejón *

* Responsable Electoral del PCA



En el estudio *Análisis Electoral*, dirigido por Pilar Brabo y Carmen Ortiz, publicado en *El País* del 24 de agosto, refiriéndose a los resultados de Andalucía se dice textualmente: ... y considerables, en cambio, las ganancias de Izquierda Unida (IU) que ha obtenido un 28,6 por 100 más en estas elecciones que en las de 1982 (28-O). Y más adelante: éxito (en las andaluzas) que a su vez ha podido apuntalar los aceptables resultados que IU ha obtenido en las elecciones generales que son los mejores conseguidos por esta Coalición en toda España...

Aunque no se hayan alcanzado los resultados de 1977 y por supuesto, los de 1979, es conveniente no perder las perspectivas en la valoración de nuestros resultados en el conjunto del

Estado o en comparación con los de Andalucía de anteriores consultas.

Si bien es cierto que a todos nos hubiera agradado un mejor resultado, no es menos cierto que esos relativos y en realidad buenos resultados en las generales de Andalucía, es algo de lo que podemos sentirnos satisfechos.

No obstante, es conveniente profundizar en el análisis de los resultados del 22-J, para conseguir el triple objetivo de: aumentar el electorado de las generales, consolidar y completar nuestro electorado de izquierda en las autonómicas y utilizar las conclusiones y potencialidades de estos estudios para la precampaña y campaña de las elecciones municipales.

Este trabajo, que viene a continuar otras publicaciones internas de la Comisión Electoral del Comité Central del PCA y de diversos comités provinciales, pretende ser una aportación más en este camino.

Análisis general y comparativo

Las cuatro elecciones generales realizadas en Andalucía marcan unas oscilaciones tanto en valores absolutos como en relativos, que encuentran en su representación gráfica una formación en zig-zag donde se puede hablar de un paralelismo a la baja entre la tendencia creciente de 1977 a 1979 con la tendencia de igual sentido de 1982 a 1986.

	1977	1979	1982	1986
GENERALES	331.079 11,3 %	395.166 13,1 %	218.316 6,29 %	271.896 8,05 %
AUTONOMICAS			243.500 8,58 %	602.247 17,86 %

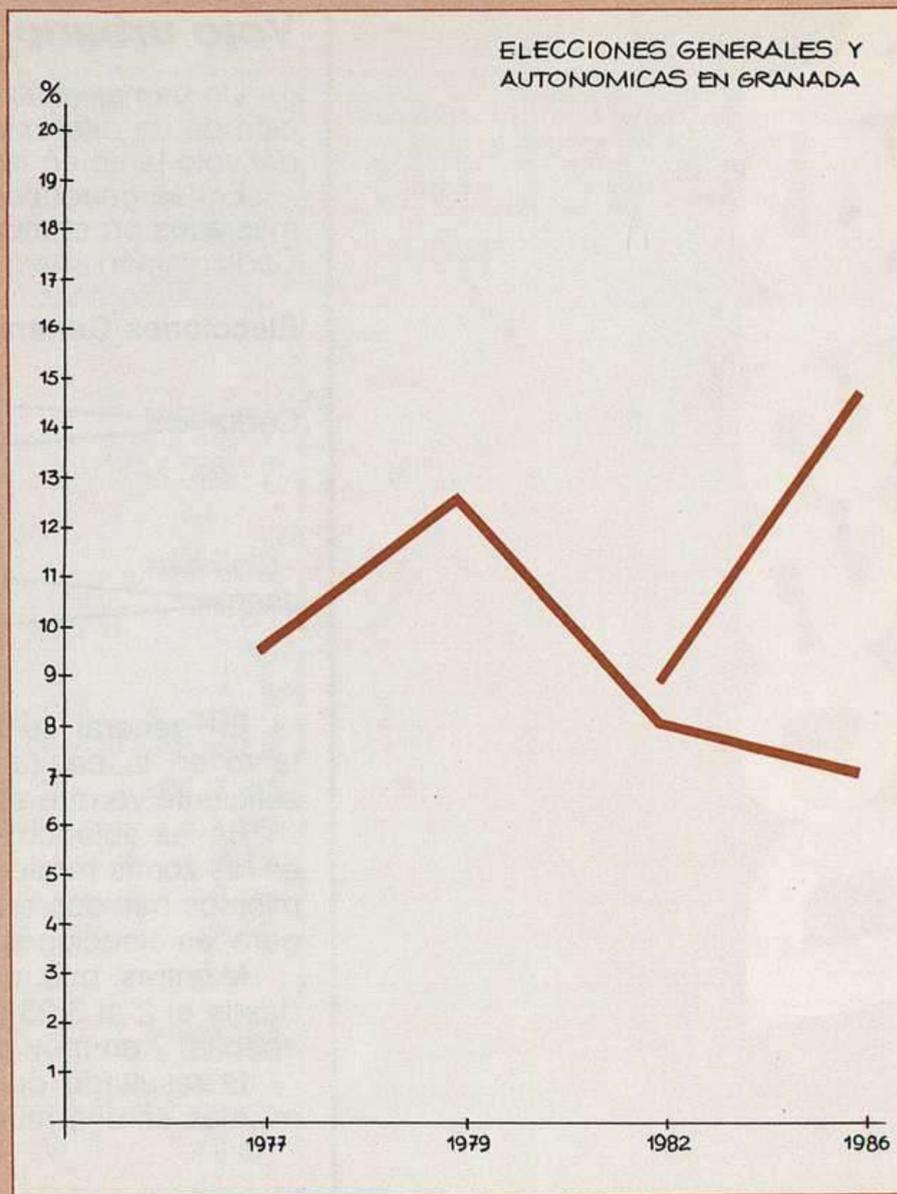
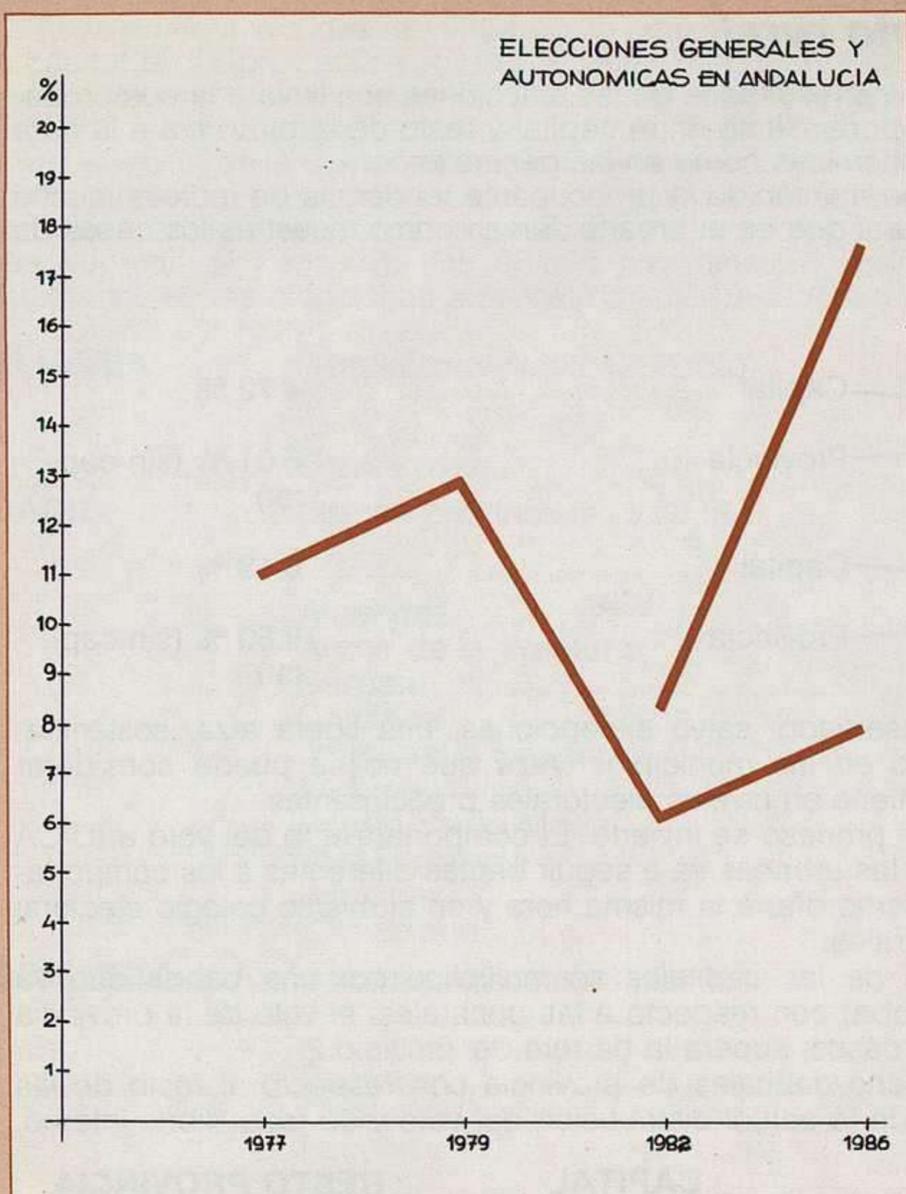
Esta especie de aspa va a quedar generalizada con mayor o menor inclinación en toda Andalucía (gráfico n.º 1), con la excepción de Granada, donde la tendencia al alza de la línea 1977-1979 no se repite en la línea 82-86, ya que ésta es descendente, al contrario de las otras 7 provincias (gráfico n.º 2). La mayor incidencia de los carrillistas organizados en la MUC por esta provincia así como su mayor concentración de esfuerzo están en la base de esta variación particular.

Por tanto, con la excepción del caso de Granada se contempla una tendencia al alza y a la recuperación del electorado andaluz del PCA (en esta confrontación Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía), que tiene mayor relevancia por producirse en uno de los feudos tradicionales del PSOE y donde volcaron la mayoría de su fuerza.

El PCE junto con el resto de las fuerzas políticas que hoy componen Izquierda Unida obtuvieron en las elecciones del 28-O 865.113 votos, repartidos de la siguiente forma:

La participación en estos comicios fue del 79,79 por 100 por lo que cualquier comparación con las elecciones de 1986, en las que la participación fue del 70,77 por 100, pasa o bien por la redimensión de los resultados a los mismos niveles de participación o bien por la comparación porcentual sobre votos y censo electoral.

Asimismo, para una mayor precisión sería conveniente introducir las variaciones



PCE	646.802 votos
PCOE	17.477 votos
I. R.	610 votos
P. C.	224 votos
	865.113 votos

sufridas por el censo electoral en el período 82-86, debido tanto a las bajas como a la incorporación más numerosa de nuevos votantes. Sin embargo, ello introduciría unos elementos de distorsión, ya que el comportamiento de los nuevos electores no es similar, sino muy al contrario, al del bloque central del electorado español y andaluz.

También sería conveniente trabajar con los 225.571 votos de la MUC. No obstante, a nivel de valorar las ofertas políticas prescindiremos tanto a nivel general como andaluz de los resultados de la MUC, así como de las variaciones del censo, para poder comprobar el resultado tal cual, desgajándolo de los efectos positivos o negativos, a fin de valorar el coste de dicha coalición electoral.

Trasladados los votos de 1982 con una participación del 79,79 por 100 a votos de 1986, con una participación menor, se transformarían en 767.315 votos, con lo que el crecimiento de 1986 sería de 162.908.

Si realizáramos el estudio de crecimiento de votos sólo para España, descontando Andalucía, este crecimiento sería de 90.023 votos, lo que significaría un crecimiento del 15,84 por 100, mientras que la diferencia de votos entre ambas elecciones generales para el caso de Andalucía sería de un crecimiento de 72.885 votos, lo que en términos relativos significa un crecimiento del 36,62 por 100.

Las Elecciones en Andalucía y en el resto de España

Con estos datos podemos concluir que cerca del 50 por 100 (el 44,74 por 100 para ser más exactos) del crecimiento en valores absolutos del voto para IU a nivel nacional se debe a Andalucía. Es por ello que el diferencial entre porcentajes obtenidos en el 82 y en el 86 ha aumentado. En 1982 la media nacional fue del 3,94 por 100 y la media andaluza del 6,29 por 100, por lo que la diferencia estaba en 2,35 por 100 puntos. Esta diferencia aumenta en 1986 al 3,44 por 100.

Hay un dato interno que debe ser punto de reflexión. En la encuesta de Sigma-2 encargada por el PCA en mayo del 86 para medir las intenciones de voto en Andalucía para las autonómicas y las generales antes de iniciarse la campaña, nos daba el dato de unos porcentajes de 14,4 por 100 para las autonómicas y de 11,8 por 100 para las generales. Una campaña electoral por medio reduce el resultado de las generales en 3,7 puntos y aumenta las autonómicas en 3,46 puntos.

Voto urbano y voto rural

Un primer análisis de los resultados de las elecciones nos lleva a la comprobación de un diferente comportamiento entre capital y resto de la provincia a la hora del voto tanto en las autonómicas como en las generales.

En las generales se ha mantenido la preocupante tendencia de índices mucho más altos en el mundo rural que en el urbano. Sirvan como muestras los casos de Cádiz y Jaén.

Elecciones Generales

Cádiz	Capital	4,72 %
	Provincia	6,01 % (sin capital)
Jaén	Capital	6,13 %
	Provincia	8,80 % (sin capital)

En general se ha observado, salvo excepciones, una ligera alza, sostenida, tanto en la capital como en los municipios. Alza que no se puede considerar suficiente ya que se mantiene en niveles electorales preocupantes.

En las autonómicas el proceso se invierte. El comportamiento del voto a IU-CA en las zonas rurales y en las urbanas va a seguir pautas diferentes a los comportamientos habidos en el mismo día, a la misma hora y en el mismo colegio electoral para las elecciones generales.

Mientras que el voto de las capitales se multiplica por una banda que va desde el 2 al 3,25 (Córdoba) con respecto a las generales, el voto de la provincia apenas, y en muy pocos casos, supera la barrera del múltiplo 2.

El resultado de las ocho capitales de provincia con respecto al resto de las mismas es una muestra de la actual distribución del voto y su reequilibrio interno:

	CAPITAL		RESTO PROVINCIA	
	Votos	%	Votos	%
Almería	12.443	17,44	13.381	9,74
Cádiz	7.731	10,76	46.054	11,46
Córdoba	63.809	41,14	73.163	27,80
Granada	20.659	15,77	37.783	14,14
Huelva	10.037	16,51	16.812	11,32
Jaén	7.859	14,69	50.135	16,08
Málaga	55.347	23,41	46.804	18,5
Sevilla	56.883	16,94	83.447	18,00

CUADRO N.º 1

RESULTADOS ELECCIONES GENERALES 1986

	PSOE	CP	IU	CDS	PA	MUC
ANDALUCIA	1.930.674	768.309	271.896	189.640	94.126	36.443
%	57,14	22,74	8,05	5,61	2,79	1,08
ALMERIA	112.057	54.602	10.883	19.010	3.122	1.668
%	53,32	25,98	5,18	9,05	1,49	0,79
CADIZ	291.432	94.947	27.718	26.570	19.977	3.758
%	60,89	19,48	5,79	5,55	4,17	0,79
CORDOBA	224.440	90.764	50.751	27.036	12.092	3.086
%	53,68	21,71	12,14	6,47	2,89	0,74
GRANADA	211.198	107.119	28.310	26.436	5.069	9.422
%	52,82	26,79	7,08	6,61	1,27	2,36
HUELVA	130.306	44.760	11.004	12.025	4.907	1.863
%	62,24	21,38	5,26	5,74	2,34	0,89
JAEN	201.656	98.401	33.477	19.562	4.487	1.984
%	55,12	26,89	9,15	5,35	1,23	0,54
MALAGA	286.655	108.252	44.185	29.987	12.096	4.011
%	57,56	21,74	8,87	6,02	2,43	0,81
SEVILLA	472.930	169.464	65.568	29.014	32.376	10.651
%	59,22	21,22	8,21	3,63	4,05	1,33

Es la primera vez desde 1979 que en unas elecciones generales y autonómicas la capital de la provincia supera porcentualmente al resto de la provincia (ya de por sí alta en estas elecciones). Casos como los de Córdoba y Málaga o los de Granada, Almería y Huelva, son elocuentes. Siendo además la primera vez desde la instauración de la democracia que Granada y Huelva lo superan.

No obstante, para profundizar en el estudio de los segmentos electorales es necesario adentrarnos en el espacio de los municipios andaluces, no capitales, que superan el censo de los 20.000 habitantes; y para ello nada mejor que estudiarlos en las elecciones autonómicas de 1986 dentro de su marco provincial.

ALMERIA	(Media provincial: 12,29 %).	
		Media (%)
	Dalías	24
CADIZ	(Media provincial: 11,30 %).	
		Media (%)
	Algeciras	11,83
	Arcos de la Frontera	7,15
	Barbate	9,36
	Chiclana	10,20
	Jerez de la Frontera	8,58
	La Línea	7,40
	Puerto Santa María	14,09
	San Fernando	9,43
	Sanlúcar	18,26
	San Roque	12,53
CORDOBA	(Media provincial: 32,84 %)	
		Media (%)
	Baena	28,32
	Cabra	23,49
	Lucena	18,44
	Montilla	41,19
	Priego	18,35
	Puente Genil	20,38
GRANADA	(Media provincial: 14,68 %)	
		Media (%)
	Baza	6,98
	Guadix	12,80
	Loja	13,28



	Motril	14,83
HUELVA	(Media provincial: 12,83 %) Sin municipios superiores a 20.000 habitantes.	
JAEN	(Media provincial: 15,88 %)	
		Media (%)
	Alcalá la Real	13,50
	Andújar	13,49
	Linares	24,22
	Martos	11,14
	Ubeda	16,65
MALAGA	(Media provincial: 20,51 %)	
		Media (%)
	Antequera	13,90
	Coín	9,20
	Estepona	12,72
	Fuengirola	13,07
	Marbella	15,12
	Ronda	11,77
	Velez-Málaga	14,77
SEVILLA	(Media provincial: 17,56 %)	
		Media (%)
	Alcalá de Guadaira	15,31
	Camas	25,81
	Carmona	15,44
	Coria del Río	14,61
	Dos Hermanas	22,12
	Ecija	13,05
	Morón de la Frontera	27,59
	Los Palacios	7,72
	San Juan de Aznalfarache	18,91
	Utrera	9,69

Como puede observarse, salvo en el caso de Málaga en que hay una diferencia media por debajo de siete puntos porcentuales entre estos grandes municipios y la provincia, en el resto de las provincias andaluzas los resultados giran en torno, tanto por arriba como por debajo, a la media provincial.

Por tanto, se pueden valorar de la siguiente manera los tres segmentos poblacionales por su comportamiento de voto en las autonómicas-86:

— *Capitales de provincia*: por encima de la media provincial, generalmente. Recuperan este protagonismo que habían perdido en 1982 ya que en 1979 Córdoba, Almería y Málaga estaban por encima de esas medias. Sufren un fuerte descenso en las dos elecciones de 1982, tanto generales como autonómicas, y no se recuperan suficientemente en las generales del 86. Responden, sin embargo, de manera muy positiva a la campaña de las autonómicas.

— *Municipios mayores de 20.000 habitantes*: sin tener una recuperación tan fuerte como las capitales, han tenido un gran incremento del voto, pasando de ser unos testigos mudos a tener presencia entre los votos de IU-CA.

— *Municipios menores de 20.000 habitantes*: en este grupo se encuentra el segmento de municipios donde es más fuerte y más fiel el voto comunista (banda de 5 a 15.000 habitantes), habiendo quedado, incluso, como los únicos sitios con alguna presencia electoral en las elecciones del 82. Tienen, sin embargo, un comportamiento retraído en el referéndum de la OTAN donde se vuelcan mayoritariamente por el sí. En estas elecciones vuelven a alcanzar la media provincial.

En resumen, equilibrio casi total entre todos los sectores, destacando la fuerte recuperación y alza del voto urbano.

Giro a la izquierda del electorado andaluz

Comparando los resultados del 23 de mayo del 82 con los del 23 de junio del 86 en lo que a autonómicas se refiere y convirtiendo los votos A-82 en A-86 (en las elecciones A-82 hubo una participación del 66,02 por 100 y en el 86 del 71,40 por 100), nos encontramos con el siguiente reparto:

AUTONOMICAS 82

* Bloque derecha		%
AP	523.504	17,08
UCD	400.313	13,08
	923.817	30,16

	PSOE	CP	IU	CDS	PA	MUC
ANDALUCIA	1.587.337	747.734	602.347	108.904	197.751	51.406
%	47,06	22,17	17,86	3,23	5,86	1,52
ALMERIA	98.373	54.501	25.824	12.885	6.463	2.596
%	46,83	25,94	12,29	6,13	3,08	1,24
CADIZ	247.710	91.032	53.785	16.708	48.725	6.121
%	52,04	19,13	11,30	3,51	10,24	1,29
CORDOBA	148.497	88.169	136.972	13.256	17.897	4.028
%	35,60	21,14	32,84	3,18	4,29	0,97
GRANADA	179.499	107.253	58.442	16.414	10.731	11.502
%	45,08	26,93	14,68	4,12	2,69	2,89
HUELVA	113.443	43.781	26.849	6.838	10.462	2.884
%	54,22	20,93	12,83	3,27	5,00	1,38
JAEN	178.787	97.612	57.994	12.344	9.900	2.716
%	48,95	26,72	15,88	3,38	2,71	0,74
MALAGA	232.943	105.261	102.151	16.953	22.854	6.701
%	46,77	21,14	20,51	3,40	4,59	
SEVILLA	388.085	160.125	140.330	13.506	70.719	14.858
%	48,55	20,03	17,56	1,69	8,85	1,86

* Bloque izquierda

PSA	169.583	5,42
PSOE	1.612.326	52,70
PCA	263.343	8,58
	<hr/>	
	2.045.252	66,70

AUTONOMICAS 86

* Bloque derecha

AP	747.734	22,17
PR	26.142	0,78
CDS	108.904	3,23
	<hr/>	
	882.780	26,18

* Bloque izquierda

PA	197.751	5,86
PSOE	1.587.337	47,06
IZQ. UNIDA	602.347	17,86
MUC	51.406	1,52
	<hr/>	
	2.464.902	73,07

La diferencia entre el 82 y el 86 en lo que significa corrimiento a la izquierda del electorado andaluz es de 6,37 puntos porcentuales.

Por provincias el giro a la izquierda, en comparación con la media andaluza ha sido el siguiente:

Media andaluza	6,37 %
Almería	7,37 %
Cádiz	5,92 %
Córdoba	8,22 %
Granada	4,58 %
Huelva	9,59 %
Jaén	4,38 %
Málaga	7,06 %
Sevilla	8,92 %

Movimiento de los segmentos de voto en las autonómicas a nivel de comunidad y por provincias

Además de la conversión de los votos 82 en votos 86 en este aspecto hay que tener en cuenta el crecimiento del censo electoral andaluz entre estas consultas en cerca del 10 por 100.

A tenor de estos datos, Alianza Popular no sólo ha cubierto ese crecimiento vegetativo sino que ha raspado más aún en el electorado de centro, en cerca de

70.000 votos, que son los que le han permitido los once escaños de más sobre los resultados del 82.

El centro ha perdido en torno a 300.000 votos, que han oscilado más hacia la derecha que hacia el Partido Socialista, que en Andalucía tiene tintes más *radicales* que en el resto del estado.

El PSOE no ha recogido el incremento de voto, lo que no quiere decir que no lo hayan votado los nuevos electores. La suma de los votos del PSOE más el PSPA en A-86 son iguales a los votos PSOE en A-82. En una primera lectura la pérdida de votos PSOE había sido en torno a los 160.000 votos, pero como ha recibido por su derecha cerca de 130.000 votos de centro, la pérdida por su izquierda está en los 300.000 votos lo que viene a representar el 19 por 100 de su electorado.

Estos porcentajes son muy semejantes a los previstos en los estudios electorales anteriores (25 %), habiendo actuado en esta disminución la coincidencia electoral con el «tirón Felipe» y la presencia de la MUC como elemento de inestabilidad y desánimo.

Si se cotejan los datos del informe del Referéndum OTAN vemos que en el *bloque NO*, además de los votos del NO de la derecha y del PA que ahora han vuelto a sus lugares de salida (el voto de la derecha, que en las autonómicas ha ido a Anguita no deja de ser anecdótico ya que el comportamiento electoral de la derecha quedó demostrado en el referéndum OTAN, no pasando del ligero castigo pero sin dañar sus intereses. El voto PA, en contra de lo que pareciera se mantiene sobre los mismos resultados del 82, e incluso aumenta ligeramente la pérdida de un escaño y las expectativas creadas son el origen de su desánimo), estaba compuesta por:

- 218.316 votos del PCA del 28-O
- 473.850 votos pertenecientes al PSOE

- 692.166 votos

que nos diferencian de los 602.347 de IU en los 51.406 de la MUC.

Los votos del crecimiento negativo quedan englobados en los votos generales.

Se puede afirmar que en Andalucía se ha mantenido para la izquierda el voto *NO*.

El efecto autonómico sobre las generales

Hemos visto en los resultados comparativos la aportación del voto andaluz al conjunto de voto IU, sin embargo es necesario analizar si verdaderamente las autonómicas han tirado sobre las generales en Andalucía.

En los gráficos se pueden observar tanto las diferencias porcentuales entre elecciones autonómicas y elecciones generales (gráfico n.º 3), como la representación gráfica de esta diferencia en el gráfico n.º 4. En este gráfico se puede observar cómo, salvo los casos excepcionales de Córdoba, Málaga y Sevilla, que aumenta bastante este diferencial (y que son las provincias donde se han obtenido diputados con una media más alta de España), los demás se mueven en la banda n.º 7-8).

En los gráficos 5 y 6 se puede comprobar cómo, aunque con diferencias cuantitativas, se mantienen las mismas tendencias cualitativas de la representación gráfica en las comparaciones G-82 con G-86 y A-82 con A-86, prueba más que palpable de que el voto general ha sido arrastrado por el autonómico.

La mayor diferencia en las provincias donde se obtienen diputados a las generales es debido a la introducción en segmentos de voto no comunista, comportándose de la siguiente manera: si en la banda de 0 a 10 por 100 del electorado la proporción autonómicas andaluzas con generales es de 10 a 7,8, en la banda del 10 por 100 al 20 por 100 del electorado es de 10 a 6, y en la banda del 20 por 100 al 30 por 100 del electorado es de 10 a 4.

Repercusión de los votos desviados a la MUC

En este apartado sólo se pueden medir los resultados cuantitativos, ya que los votos que se fueron a la abstención por desánimo o al PSOE al verlo como única fuerza no dividida, o los efectos del encorramiento en algunas zonas a una campaña anticarrillista no pueden ser mensurables, aunque presumamos su gran cantidad, corroborada por una serie de artículos periodísticos.

A nivel meramente matemático, la superposición o suma del voto MUC sobre el voto IU-CxA nos daría además de una mayor posición de fuerza, tres diputados autonómicos más de la forma siguiente:

- Almería: uno a costa del PSOE.
- Huelva: uno a costa de AP.
- Málaga: uno a costa de AP.

En resumen, el resultado del Parlamento andaluz, introduciendo solamente el efecto cuantitativo, sería:

PSOE	59 diputados
AP	26 diputados
IU-CxA	22 diputados
PA	2 diputados

GRAFICO 3

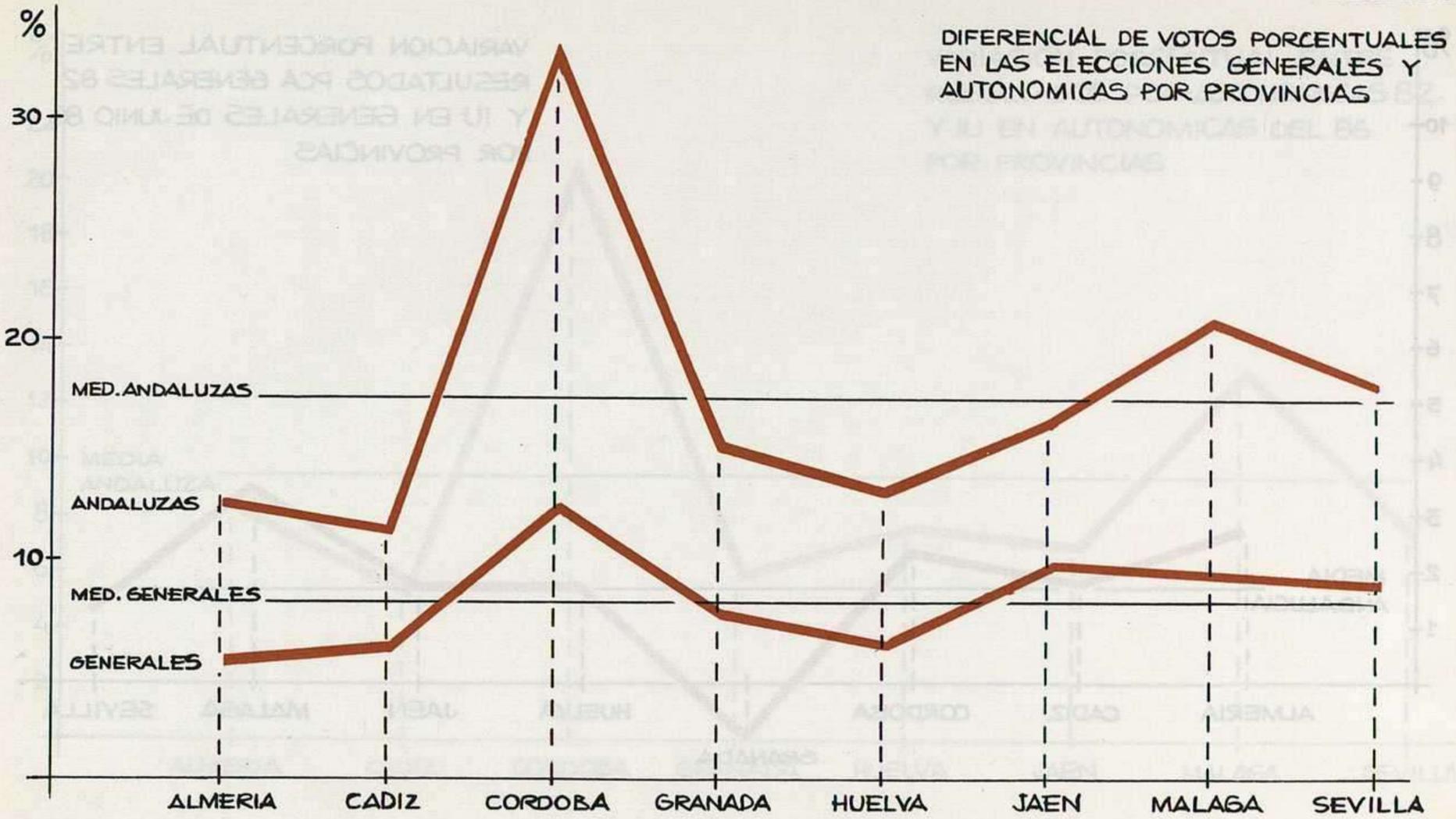
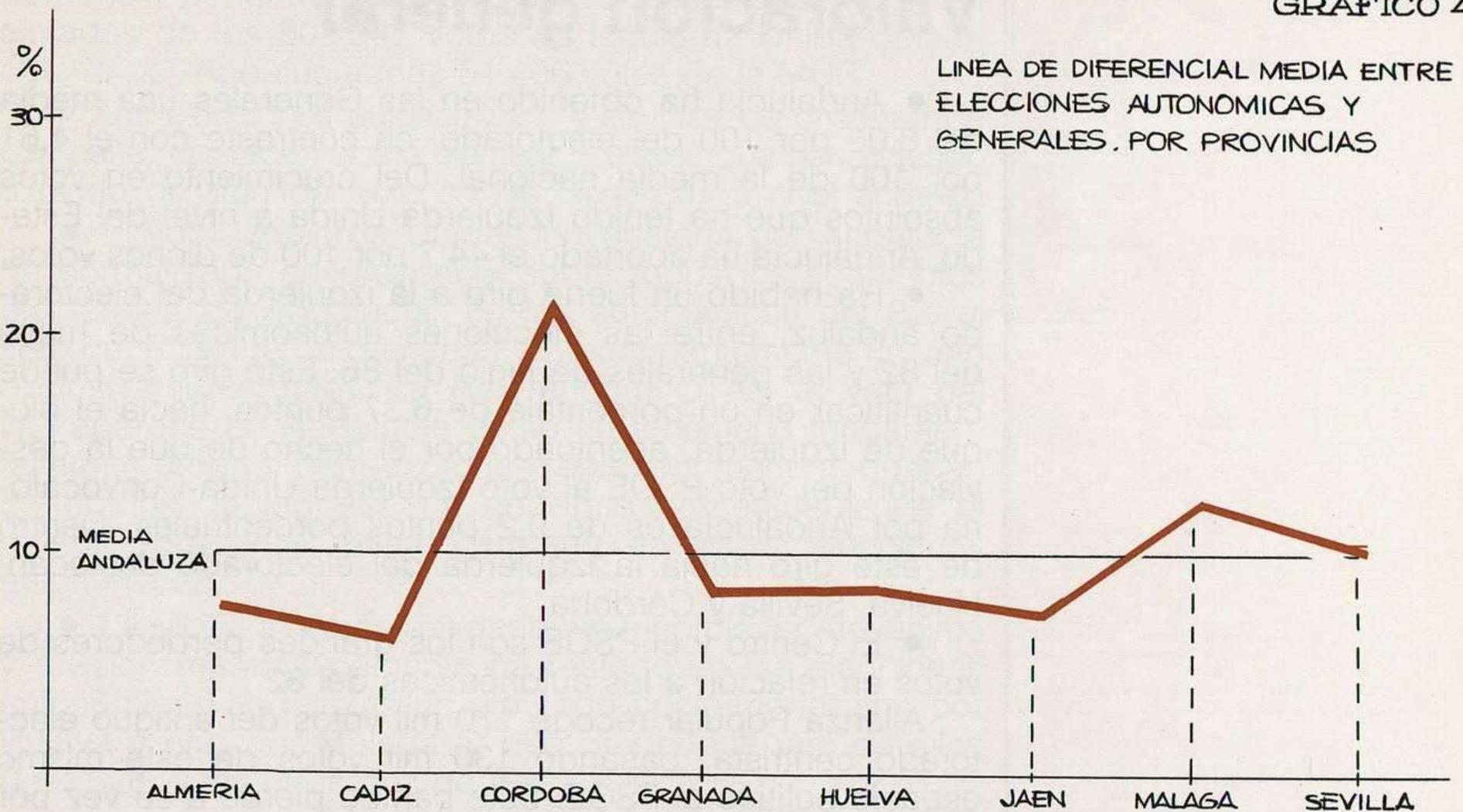
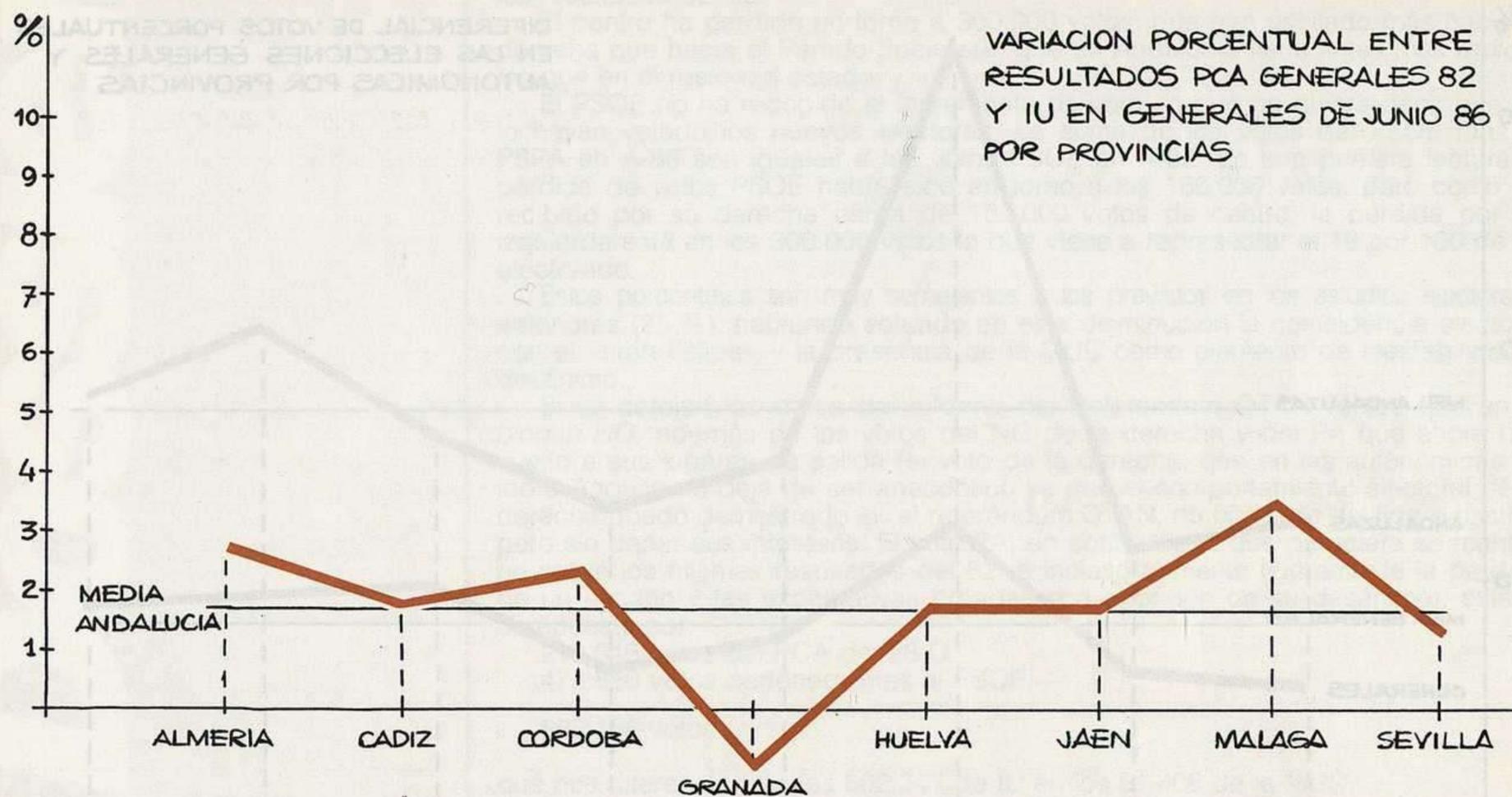


GRAFICO 4 47





Valoración general

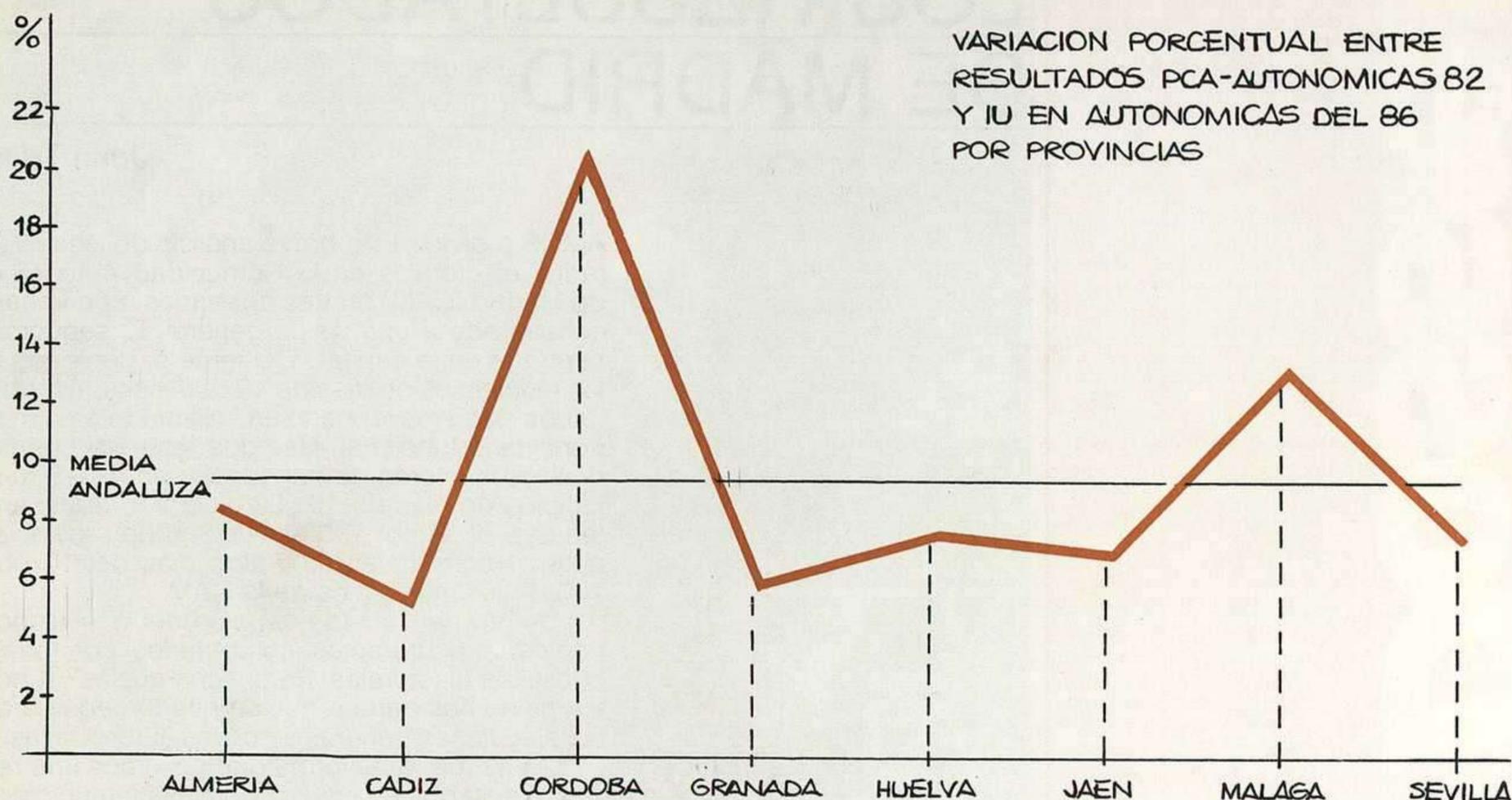
- Andalucía ha obtenido en las Generales una media del 8,05 por 100 del electorado, en contraste con el 4,61 por 100 de la media nacional. Del crecimiento en votos absolutos que ha tenido Izquierda Unida a nivel del Estado, Andalucía ha aportado el 44,7 por 100 de dichos votos.

- Ha habido un fuerte giro a la izquierda del electorado andaluz, entre las elecciones autonómicas de mayo del 82 y las generales de junio del 86. Este giro se puede cuantificar en un porcentaje de 6,37 puntos, hacia el bloque de izquierda, acentuado por el hecho de que la desviación del voto PSOE al voto Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía es de 9,2 puntos porcentuales. Dentro de este giro hacia la izquierda del electorado destacan: Huelva, Sevilla y Córdoba.

- El Centro y el PSOE son los grandes perdedores de votos en relación a las autonómicas del 82.

Alianza Popular recoge 170 mil votos del antiguo electorado centrista, pasando 130 mil votos de este mismo espacio político al PSOE. Este partido pierde a su vez por la izquierda un total de 300 mil votos que van a parar a Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía.

- En Andalucía se ha mantenido para la izquierda la casi totalidad del voto NO en el Referéndum de la OTAN. De los 900 mil en aquella consulta, 200 mil pertenecían o bien al Partido Andalucista o a votos de castigo de la



derecha y el centro. Esos 700 mil votos restantes no están alejados de los 602.347 votos de Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía más 51.406 votos de la MUC.

- Las elecciones autonómicas, y su línea de prioridad de campaña, aparecen como elementos claves que han actuado a modo de tirón del voto en las Generales a nivel andaluz.

- El voto Izquierda Unida-Convocatoria por Andalucía ha normalizado su presencia sobre todos los segmentos electorales de Andalucía. En las autonómicas del 82, el voto del PCA fue fundamental y preocupantemente un voto exclusivamente rural. En Referéndum OTAN el voto del NO aparece en Andalucía como un fenómeno fundamentalmente urbano, bandazos que, en cierta manera, quedan corregidos, al lograrse un equilibrio porcentual entre el mundo rural y el mundo urbano en estas elecciones autonómicas.

- La MUC, además del daño, no medible, en desánimo y división matemáticamente ha restado en las elecciones autonómicas andaluzas un diputado por Almería, otro por Huelva y otro por Málaga, y que procedería uno de ellos del PSOE y los otros dos de AP.

- En las generales el voto rural primó sobre el urbano, mientras que en las autonómicas el proceso se invierte debido al fuerte crecimiento del voto urbano, junto a una menor subida del voto rural.

- El resultado final de las autonómicas es de equilibrio entre el voto rural y el voto urbano.

LOS RESULTADOS DE MADRID

Juan Trías



AMOS a dividir este breve análisis de los resultados electorales en la Comunidad Autónoma de Madrid (CAM) en tres apartados. El primero, consagrado a una visión general. El segundo, centrado en la capital. Y el tercero, dedicado a los municipios de más de 10.000 electores, ubicados en su mayor parte en la llamada área metropolitana funcional. Hay que tener en cuenta que los electores de la capital y de los 19 municipios de más de 10.000 electores representan casi el 94 por 100 del electorado provincial aunque constituyan sólo algo más del 10 por 100 de los municipios de la CAM.

Dentro del limitado espacio del que disponemos, procuraremos compararlos con otras consultas electorales. Pero: ¿con cuáles? A nosotros no nos parece que se puedan equiparar las elecciones generales con las autonómicas y menos aún con las municipales. Por eso, de igual forma que no vimos una recuperación del PCE en los mejores resultados en las autonómicas y municipales respecto a las generales del 82, tampoco deducimos un estancamiento comunista de la comparación de las generales del 86 con las locales del 83 como hacen Pilar Brabo y Carmen Ortiz en *El País* de 25 de agosto del presente año. En cambio, sí vamos a referirnos a los resultados del referéndum de esta primavera, pues la comparación de los resultados de ambas consultas del presente año ofrece útiles enseñanzas.

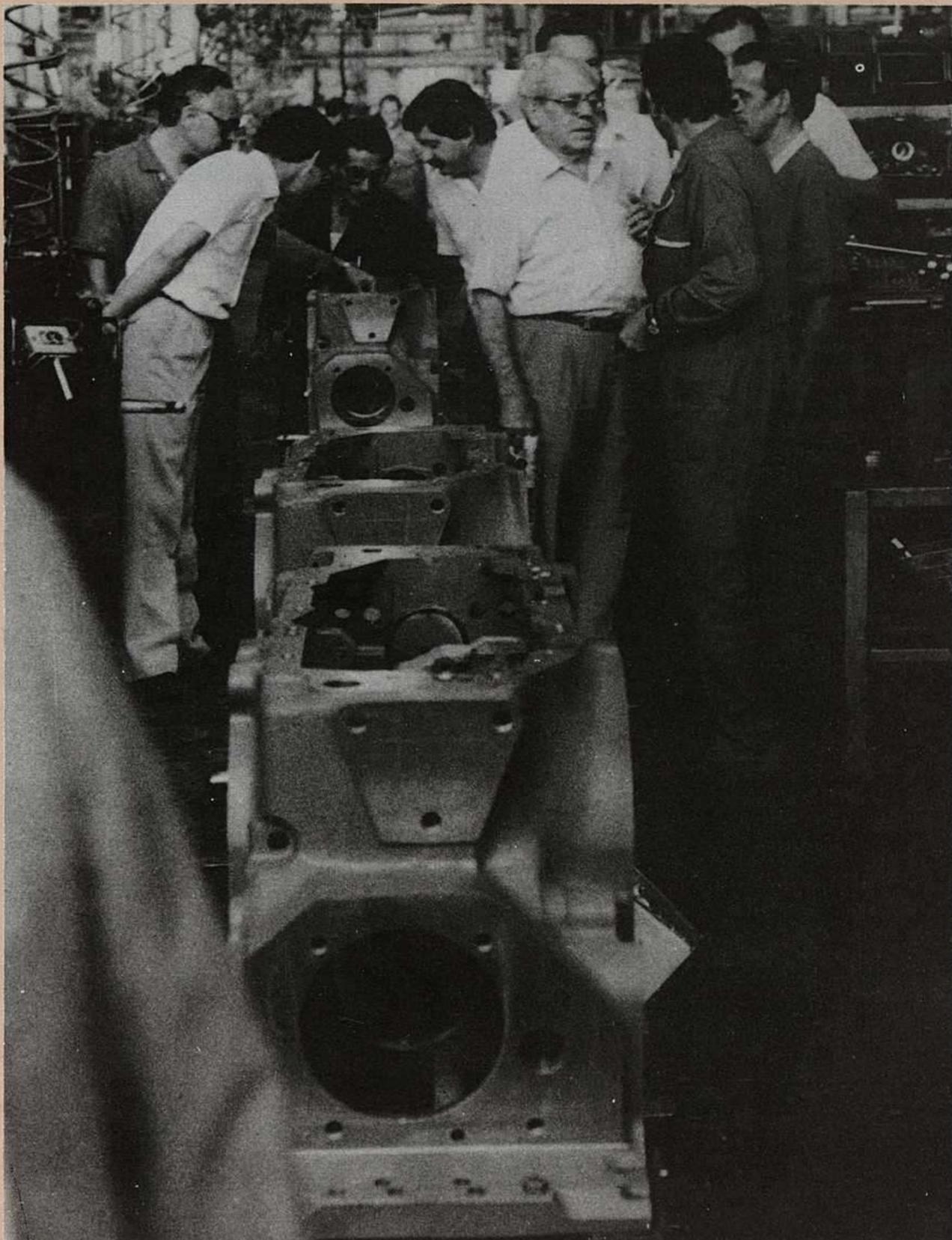
Panorama general del voto en la Comunidad Autónoma

Los datos más significativos globalmente de los resultados de la CAM son: el retroceso del PSOE y el avance del CDS, así como el aumento de la abstención. El PSOE superaba en Madrid en 1982 su media nacional; en 1986, queda por debajo de ella. Esta situación contrasta con la del resto de las principales fuerzas que concurren a las elecciones: CP, PRD, CDS, IU y MUC, que obtienen en Madrid un mejor porcentaje que su media nacional. El PSOE ha perdido en la CAM casi el 27 por 100 de los votos obtenidos en 1982; en porcentaje, ha retrocedido 11 puntos. La pérdida es mayor si se toma como referencia el censo (y no los votos emitidos o los válidos), por el doble juego del aumento del censo electoral y de la abstención (superior en 12 puntos a la de 1982).

Se ha señalado (véase el artículo del PB y CO ya citado) que en Madrid se ha producido la máxima pérdida del PSOE, seguida por Asturias. También en estas dos CA se daban las máximas pérdidas si se comparaban los «síes» en el referéndum sobre la OTAN con el voto PSOE de 1982. La diferencia en menos del «sí» con el voto PSOE 1982 representa en Madrid casi el 21 por 100 del segundo. Pero, seguramente, como ya indicamos en el número de *Mundo Obrero*, fue mayor que ese 21 por 100 el porcentaje de electores que, habiendo votado al PSOE en 1982, no siguieron la consigna de este partido en este referéndum, pues es probable que, aparte nuevos votantes, por lo menos una parte de votantes centristas de 1982 votaron «sí». Así, el número de votantes del PSOE en las elecciones es menor que el de votantes de «sí» en el referéndum de marzo y eso que el PSOE, como veremos, parece haber recuperado en algunos lugares a votantes suyos del 82 que votaron «no» en el referéndum.

Estas referencias nos introducen en el complicado tema de los trasvases de voto. Los autores citados en el artículo aparecido en *El País* formulaban la hipótesis de que un 34 por 100 de los votos perdidos por el PSOE en Madrid han ido a parar al CDS; un 22 por 100, a IU o a la MUC, y el otro 44 por 100, a la abstención. También se puede formular la hipótesis de que un alto porcentaje (¿la mayoría?) de los «noes» en el referéndum sobre la OTAN se han abstenido en junio del 86. El voto de IU y la MUC sólo representa al 25 por 100 de los «noes» en el referéndum. Pero sobre eso se puede precisar más, como lo haremos cuando descendamos a ámbitos más reducidos que el provincial. Ahora vamos a dar una apreciación general sobre el voto de IU y de la MUC.

El resultado de IU en Madrid es, en porcentaje, el séptimo del conjunto estatal, después de Córdoba, Asturias, Jaén, Málaga, Sevilla y Granada. Es un



resultado modesto, aunque estimable, teniendo en cuenta, por un lado, que, al contrario que en Andalucía, la coalición fue de gestación precipitada y, por otro, que tuvo que enfrentarse a la campaña de la MUC, que centró casi todos sus esfuerzos en favor de la candidatura por Madrid de Santiago Carrillo. En términos absolutos, el incremento de votos de IU, respecto al voto PCE de 1982, es pequeño: algo más de un 13 por 100. Si sumamos los votos de IU y de la MUC, se eleva casi al 60 por 100. En términos reales, el aumento en uno y otro caso es menor, pues el cuerpo electoral se ha incrementado en más del 8 por 100. El voto de la MUC representa algo menos del 30 por 100 de la suma del voto de IU y la MUC. Porcentualmente (en tanto por ciento sobre los votos emitidos o sobre los válidos) y sumando los porcentajes de IU y la MUC, se supera en casi tres puntos y medio el porcentaje del PCE en 1982, aunque todavía se está a cinco puntos del de 1969 y a dos del de 1977.

Pero, claro está, de uno a otro municipio todas estas cifras varían. Es más, incluso, en algunos municipios se ha bajado en porcentaje respecto a 1982, aun sumando los porcentajes de IU y la MUC. Esto ocurre principalmente en municipios poco poblados, alejados, de los grandes centros. Así, de los 33 municipios de más de 5.000 habitantes, en 28 de ellos sólo el porcentaje de IU supera al del PCE en 1982; en tres de ellos (Galapagar, Guadarrama y San Fernando de Henares) el porcentaje de IU es menor al del PCE en 1982, pero si se suman los de IU y la MUC se supera al de 1982; sólo en Ciempozuelos y Colmenar de Oreja, los porcentajes de IU y la MUC sumados son inferiores al del PCE en 1982.

También en algunos municipios la MUC ha superado a IU: si no nos hemos equivocado, en 20, del total de 178 municipios de la CAM; pero, dentro de esos

20 municipios no se encuentra ninguno de los de más de 5.000 habitantes. Lo anterior parece indicar que en los centros de menos población por sus características socioeconómicas y políticas ha llegado con más dificultad el mensaje de IU y ha pesado más el lastre de la división de los comunistas. Ahora bien, los fenómenos a los que acabamos de aludir se han manifestado asimismo en los municipios más importantes como comentaremos en su momento. Tampoco hay que olvidar el papel jugado por las vicisitudes ocurridas en las correspondientes organizaciones locales del PCE: que se hayan visto más o menos afectadas por las crisis y la mayor o menor incidencia del grupo que ha formado la MUC.

Para terminar este apartado, nos vamos a referir al mapa electoral de IU, y de IU y la MUC sumadas; es decir, a las zonas, o mejor, zona, de mayor peso del voto comunista. Sin perjuicio de la existencia de núcleos aislados en otras partes, la zona de mayor voto comunista es la que en forma de media luna rodea a la capital en el cuadrante sudeste, constituida por los municipios limítrofes a la capital, o inmediatos a éstos, situados entre las carreteras de Barcelona y Extremadura. Se trata de municipios que, con alguna excepción, son de ocupación laboral predominante en la industria y en la construcción (según la clasificación de los servicios técnicos de la CAM). Hay una continuidad con el mapa electoral de 1979, si bien, descontado que los porcentajes de voto comunista son más bajos, en esa fecha la zona descrita se prolongaba a los municipios situados inmediatamente al norte de la carretera de Barcelona hasta enlazar con los limítrofes a la capital por la carretera de Burgos, cosa que ahora no ocurre más que parcialmente si sólo se contabiliza el voto de IU.

Vamos a mencionar los municipios en que IU supera el 7 por 100 de los votos (válidos), o sea, un punto superior a la media provincial, son de mayor a menor: Villaconejos (24,25 por 100), de carácter predominantemente agrario, situado fuera de ese arco pero en el mismo cuadrante SE; Rivas-Vaciamadrid (20,96 por 100), Mejorada del Campo (17,21 por 100), San Fernando de Henares (13,67 por 100), Valverde de Alcalá (11,25 por 100), Coslada (11,21 por 100), Camarma de Esteruelas (11,04 por 100), Getafe (10,30 por 100), Pinto (9,85 por 100), Parla (9,32 por 100), San Martín de la Vega (8,62 por 100), Arganda del Rey (8,50 por 100), Horcajo de la Sierra (8,23 por 100), situado fuera de esa zona, en la llamada sierra pobre de Madrid, de carácter agrícola; Leganés (7,84 por 100), Orusco de Tajuña (7,79 por 100), Fuentidueña de Tajo (7,76 por 100), los dos acabados de citar, fuera del arco pero también en el cuadrante SE; Alcalá de Henares (7,66 por 100) y Torrejón de Ardoz (7,09 por 100).

Los municipios en que sumados IU y la MUC se supera el 10 por 100 (un punto y medio por encima de la media provincial) son casi los mismos, con la sustracción de San Martín de la Vega, Arganda del Rey, Horcajo de la Sierra, Orusco de Tajuña y Fuentidueña de Tajo, en los que la suma de ambos porcentajes no alcanza el 10 por 100, por el bajo voto de la MUC, inferior a la media provincial; y la adición de Corpa y San Sebastián de los Reyes. Señalemos que, *como zona*, la formada por esos municipios situados al norte de la carretera de Barcelona hasta enlazar con los limítrofes con la capital por la carretera de Burgos es la de mayor fuerza electoral de la MUC (concretamente, Camarma de Esteruelas, Paracuellos del Jarama, Alcobendas, en que o bien supera a IU o casi la iguala).

El voto en Madrid capital

El voto de la capital tiene un peso enorme en los resultados, pues, pese a que la proporción del electorado de la capital en el total provincial está disminuyendo al hilo del descenso poblacional de Madrid, todavía representa casi el 69 por 100 del electorado provincial. En Madrid, las pérdidas del PSOE son porcentualmente más altas que en el conjunto de la provincia (29,41 por 100 de los votos obtenidos en 1982, más de un cuarto de millón). Paralelamente, el avance del CDS es bastante menor en la capital que en el conjunto de la provincia. Las pérdidas de CP y los incrementos de IU e IU y la MUC sumados, son sensiblemente iguales (la pérdida de CP es unas décimas menor en la capital, los avances comunistas un punto más en la capital, respecto a la media provincial).

Hay un dato significativo que es la relación entre el peso del voto en la capital y el que representa el electorado de la capital en el total provincial. Este, como decíamos más arriba, representa algo menos del 69 por 100 del total provincial. Pues bien, en el caso de AP su voto en Madrid constituye casi el 78 por 100 de su voto total; en el extremo opuesto, el voto del PSOE en Madrid representa sólo el 63 por 100 de su total. Entre medio, pero más cerca del PSOE, el voto en la capital significa entre el 65 y el 68 por 100 de su total para el CDS, IU y la MUC. Todo lo contrario sucede en los municipios de más de 10.000 electores, situados en su mayor parte en el área metropolitana funcional y habitadas principalmente por clase obrera industrial y trabajadores de los servicios; en ellos se localiza el 25 por 100 del electorado. Pues bien, en éstos, el PSOE,



IU y la MUC obtienen alrededor del 30 por 100 de sus votos, en torno al 27 por 100 el CDS y apenas el 16 por 100 CP. Es en ellos donde se marca la distancia entre el PSOE y CP: 200.000 votos de diferencia; en la capital es de algo más de 32.000 votos y en los municipios menores de 5.000 electores de once mil y pico, siempre a favor del PSOE.

PB o CO han formulado la hipótesis, a primera vista aceptable, de que en la capital el 23 por 100 de los votos perdidos por el PSOE respecto a 1982 han ido a parar al CDS, un 19 por 100 a IU y la MUC y un 58 por 100 a la abstención.

Ahora bien, máxime en un caso como Madrid, es necesario descender a ámbitos más reducidos. Lo ideal sería analizar el voto por barrios. Nos reduciremos a algunas precisiones del voto por distritos, centrándonos en el voto PSOE, IU y MUC. Como viene sucediendo en todas las elecciones, hay una correspondencia entre el voto PSOE y comunista, lo que no es el caso (al igual que ocurría con el PSP) con el voto CDS y, claro está, con AP, en que la relación es inversa. Así, aunque no siempre por el mismo orden para cada fuerza, en Villaverde, Mediodía, Vallecas y San Blas obtienen sus máximos porcentajes el PSOE, IU y la MUC, seguidos por Carabanchel, Latina, Moratalaz y Hortaleza; en todos ellos superan su media madrileña. Los últimos lugares los ocupan aquellos que dan los mejores resultados a AP, es decir, Moncloa, Chamartín, Chamberí, Retiro y Salamanca. El CDS obtiene sus mejores resultados en los que podríamos llamar distritos socialmente «medios» entre los «burgueses» de la «almendra» y los más «populares» del sur y el este, o sea, en Latina, Fuen-carral, Hortaleza, Moratalaz, Carabanchel, Ciudad Lineal y Arganzuela, por este orden, en los que supera su media municipal.

Sin embargo, lo acabado de decir puede ocultar unos hechos significativos del voto en los distritos de Madrid, que, por falta de espacio, vamos a exponer telegráficamente:

A) Ha disminuido la diferencia porcentual entre el voto comunista en los distritos «populares» y en los «burgueses». Así, tomando los casos extremos, en 1977: 20,20 por 100 en Mediodía y 4,53 por 100 en Salamanca; en 1979: 25,15 por 100 y 5,25 por 100; en 1982: 8,56 por 100 y 1,88 por 100; en 1986: 8,87 por 100 y 3,50 por 100, si se cuenta sólo IU. Sumando IU y la MUC la diferencia aumenta: 12,65 por 100 y 4,55 por 100.

B) Lo anterior se confirma sobre la base de otro cálculo: el peso del voto

comunista en los diferentes distritos en el total de Madrid. Así, en 1979 y 1982 el voto comunista en los distritos de Villaverde, Mediodía, Vallecas y San Blas representaba el 36,45 por 100 y el 36,43 por 100 del voto comunista en la capital. Hoy ha descendido al 29,72 por 100 si sólo se contabiliza IU. Con el de la MUC representa el 30,78 por 100. Para la sola MUC, su voto en esos cuatro distritos significa el 33,36 por 100 del total de la capital. En cambio, en 1979 y 1982, el voto comunista en Retiro, Salamanca, Chamartín, Chamberí y Moncloa significaba el 12,83 por 100 y el 12,59 por 100 del total. Hoy ha subido al 17,52 por 100 (16,58 por 100 para IU y la MUC; 14,28 por 100 para la sola MUC).

C) Lo que venimos señalando se explica si nos fijamos en el incremento de la suma de voto de IU y de la MUC respecto al del PCE en 1982. En los distritos de Salamanca, Chamartín, Chamberí, Retiro y Moncloa o se obtiene más del doble o casi se duplica el voto de 1982, mientras que en Vallecas, Mediodía, Hortaleza y San Blas sólo se obtiene un tercio más del voto del 82.

D) En Madrid capital, el voto de la MUC representa el 28,80 por 100 del total de IU y la MUC. Pero este porcentaje sobrepasa el 30 por 100 en Vallecas, San Blas y Hortaleza y queda por debajo del 25 por 100 en Chamberí, Chamartín y Salamanca.

E) Como señalamos, la media de pérdida del PSOE en Madrid respecto a 1982 es del 29,41 por 100. Pero este porcentaje se eleva a más del 35 por 100 en Chamartín, Retiro, Chamberí y Salamanca y queda por debajo del 25 por 100 en Villaverde, Mediodía y Vallecas.

F) Finalmente, en todos los distritos de Madrid, menos en cuatro, el voto PSOE del 86 es menor que el voto «sí» en el referéndum. Las excepciones son Mediodía, Vallecas, San Blas y Villaverde. Las mayores diferencias en negativo son Retiro, Chamberí, Chamartín y Salamanca. Lo que sirve para aclarar la filiación política de muchos «síes» y «noes», pero muestra también la recuperación por el PSOE de votantes suyos del 82, que votaron «no» en el referéndum sobre la OTAN y le han vuelto a votar.

Nos parece que todos estos datos apuntan a la hipótesis de que el PSOE se ha mantenido mejor en sus bases populares-obreras y que, por el contrario, IU ha tenido mayores dificultades para llegar a estas bases y recuperar votos perdidos en 1982, mientras que, en cambio, ha tenido una incidencia notable entre profesionales y técnicos cualificados. Estas apreciaciones se basan en el perfil social predominante en los diferentes distritos de Madrid.

El voto en los municipios de más de 10.000 electores

Estos son en total, excluido Madrid, 19: Alcobendas, Colmenar Viejo, San Sebastián de los Reyes, Alcalá de Henares, Coslada, San Fernando de Henares, Torrejón de Ardoz, Aranjuez, Arganda, Alcorcón, Fuenlabrada, Getafe, Leganés, Móstoles, Parla, Pinto, Majadahonda, Pozuelo de Alarcón y Collado Villalba. Excepto los del oeste de la capital (Majadahonda y Pozuelo, de población residente de estatus en general elevado), están habitados mayoritariamente por clase obrera industrial (y construcción) y por trabajadores de los servicios. Se trata de una población más joven que la de la capital.

En apartados anteriores hemos aludido a algunos datos del voto en estos municipios. En el conjunto de ellos, el PSOE obtiene un 50,58 por 100 de los votos válidos; IU y la MUC, sumados, el 10,44 por 100; CP, el 20,25 por 100, y el CDS, el 15,27 por 100. El PSOE obtiene sus mejores resultados por encima de la media en (de mayor a menor): Fuenlabrada, Parla, Leganés, Torrejón, San Sebastián de los Reyes, Pinto, Coslada y Móstoles. IU y la MUC sumados (también por encima de la media), en: San Fernando, Coslada, Getafe, Parla, Pinto, Leganés, Torrejón y Alcalá, municipios de predominio del proletariado industrial. El CDS en Alcorcón, Móstoles, Villalba, Leganés y Alcobendas. Los últimos lugares en voto coinciden para el PSOE e IU y la MUC, son: Villalba, Colmenar, Majadahonda y Pozuelo, que lógicamente son los de mayor voto de CP.

Los municipios de mayores pérdidas del PSOE y ganancias de IU y la MUC sumados, no coinciden con el orden anterior. El PSOE ha perdido en el conjunto de ellos el 23,95 por 100 de los votos del 82, menos que en conjunto de la provincia y bastante menos que en la capital. Las máximas se dan en Móstoles, Alcorcón y Getafe, Pozuelo, Majadahonda, por encima del 26 por 100; las mínimas, en Arganda, San Sebastián de los Reyes, Fuenlabrada, Colmenar, por debajo del 20 por 100. IU y la MUC, sumados, han alcanzado en estos municipios una media de ganancia de un 61,31 por 100. Las máximas se dan en Colmenar (en que se triplican los votos); en Majadahonda, Pozuelo y Fuenlabrada, en que se doblan; en Alcobendas, Alcorcón, Parla, con algo más del 80 por 100; en Arganda, rozándolo. Las mínimas ganancias (menos del 40 por 100), en Pinto, San Fernando y Aranjuez.

Como media, el voto de la MUC ha supuesto aquí el 30 por 100 de la suma de IU y la MUC. Pero las diferencias son considerables de un municipio a otro. Así, en Alcobendas se acerca al 50 por 100 (47 por 100); en Fuenlabrada es algo más del 40 por 100; en San Sebastián de los Reyes del 37 por 100. En cambio, por debajo del 25 por 100 en Aranjuez, Majadahonda, Getafe, Pinto,



Arganda. En estas variaciones ha jugado un papel decisivo la suerte corrida por la organización local del PCE, si se ha visto golpeada gravemente por la crisis y si la MUC tiene una base sólida.

De lo anterior se puede deducir que esos fenómenos que señalábamos al final del apartado anterior no han afectado o han afectado en menos medida a los municipios del área metropolitana. Cabría apuntar la hipótesis —sujeta desde luego a confirmación— de que la composición más joven de su población trabajadora ha motivado una mayor receptividad a IU.

Para terminar, hemos hecho un balance de la correlación de fuerzas izquierda-derecha en estos municipios, en comparación con 1979. Hay un punto problemático: la índole del voto del CDS. Si se contabiliza éste como de derecha y se le suma al de CP, en contraste con la suma de IU, MUC y el PSOE, y se compara entonces con la correlación entre CD y UCD, y el PSOE y PCE, en 1979, resulta que la izquierda ha retrocedido en casi todos ellos. Pero, repetimos, todo depende de la valoración que se haga del voto del CDS.

22-J: POCO RUIDO Y MUCHAS NUECES

Jesús Ibáñez

E

L mapa electoral de junio-86 se parece, como un huevo a otro huevo, al de octubre-82. Con algunos matices: hay candidaturas que bajan (el PSOE y el PNV, por el lógico desgaste de cuatro frustrantes años de gobierno) y las hay que suben (espectacularmente el CDS —y la CiU, por segunda vez, pese a los años de gobierno—, moderada pero significativamente Herri Batasuna, Euskadiko Ezkerra e Izquierda Unida —si comparamos con los resultados del PCE en el 82—). Otros se limitan a *no* subir: la CP. Y, sin embargo, estos leves deslizamientos anuncian grandes terremotos: el resquebrajamiento de la Coalición Popular, el hendimiento del Partido Nacionalista Vasco, la dilución de la opción reformista (era nada y es nada, pero una *nada* sin futuro). Entre las grietas causadas por el

desmoronamiento de la derecha, apuntan nuevas fuerzas: el Centro Democrático y Social ocupa el llamado centro político, la izquierda radical vasca prosigue su desarrollo sin prisa pero sin pausa, de las ruinas de la izquierda clásica brota el germen de una nueva izquierda... Todo el proyecto político del PSOE empieza a cuartearse: el bipartidismo, que encubre un monopartidismo —el modelo, el PRI—; la política en Euskadi, que suplanta las necesarias medidas políticas con medidas sólo policiales; el intento de una política de derecha en nombre de la izquierda (el PSOE es una derecha llamada izquierda).

Las elecciones: a la medida de la derecha

Dos aspectos de los resultados han dejado perplejos a los observadores ingenuos: ¿cómo es posible que el PSOE, pese a haber hecho exactamente lo contrario de lo que decía que iba a hacer, haya vuelto a lograr la mayoría absoluta?; ¿cómo es posible que Izquierda Unida, pese a estar nucleada por una de las dos plataformas que obtuvieron más de siete millones de noes en el referéndum sobre la OTAN —la única de las dos presentes en las elecciones—, haya cosechado resultados más bien pobres? Para responder a estas preguntas, daremos un pequeño rodeo. Primero, analizaremos las elecciones —en general— como dispositivo de participación política. Luego, analizaremos algunas de las peculiaridades que concurren en estas elecciones en particular. Finalmente, trataremos de contestar a las dos preguntas.

Mediante elecciones «libres» se mide la fuerza de las opciones políticas y, en función de los resultados de esa medición, participan en la acción legislativa (y, en el límite, en la acción de gobierno). Tanto el dispositivo de medida como el dispositivo de participación están trucados.

La fuerza de una opción política es el producto de su extensión (el número de individuos que la suscriben), por su intensidad (la energía política puesta en juego por el conjunto de ellos).

Podemos considerar tres niveles de participación política y, por tanto, tres niveles de medida de la fuerza política: el voto, de extensión máxima e intensidad mínima; la acción de masas, de extensión e intensidad medias; la lucha armada, de extensión mínima e intensidad máxima. La fuerza del PSOE —o de la extinta UCD— es poco intensa: los que la suscriben sólo ponen en juego la energía mínima necesaria para meter una papeleta en una urna cada cuatro años. La fuerza del PCE —o de Alianza Popular— equilibra la extensión y la intensidad: son opciones electorales, pero conjugan el voto con la acción de masas (manifestaciones, respectivamente, contra la baja de las pensiones y contra la LODE). La fuerza del MC —y no digamos la de ETA o la de la fracción

golpista del ejército— es, aunque poco extensa, muy intensa: ponen en juego la acción de masas o la lucha armada. La participación política de un militante comunista implica una parte considerable de su energía vital. La de un guerrillero implica toda su vida. Y además: los votos se suman, la acción de masas se multiplica (el conjunto es más que la suma), la lucha armada se potencia.

El juego electoral filtra la energía política de los ciudadanos. Hay que votar y no hay que hacer otra cosa que votar. La acción, en sentido fuerte, queda reservada a los poderes llamados *fácticos* (que actúan de *hecho* aunque no de derecho).

Pero la misma participación electoral está manipulada. El elector se limita a escoger entre los candidatos que le proponen, sin que tengan poder para proponer candidatos: ese poder se lo reservan las cúpulas. E incluso para esta elección limitada está presionado por la propaganda: sobre él golpean los mensajes de los medios de comunicación masiva (controlados por los poderes fácticos y sus expresiones políticas). Cada elector vota en solitario: lo mismo que una manifestación tiene un efecto multiplicador (el producto de los manifestantes es mayor que su suma), una elección tiene un efecto desmultiplicador (el elector se «achica» ante la urna, pasa del *No* al *Sí* en el referéndum, de Izquierda Unida al CDS —o, incluso, al PSOE—). La propaganda electoral pone en juego un doble chantaje: chantaje represivo (si votas contra la OTAN, los americanos te aplastarán: el PSOE es el máximo nivel de izquierda que tolerarán los poderes fácticos; si no votas al PSOE, vendrá Fraga), o chantaje subversivo (si no reformamos el franquismo, vendrá la revolución; votar al PSOE es un remedio contra el comunismo; votar a Coalición Popular es un remedio contra el franquismo). El chantaje represivo es operativo: las clases dominantes tienen toda la fuerza en sus manos y controlan a los operadores jurídicos (los funcionarios de la democracia —militares, policías, jueces— son los mismos de la dictadura). El chantaje subversivo ha dejado de ser operativo desde el momento en que los políticos de izquierda renunciaron a la movilización de las masas (porque, decía Carrillo —y tal vez tuviera razón—, *no estaba el horno para bollos*).

La opción que gana las elecciones posee una cuota de poder en el Parlamento y, si tiene mayoría o puede componer una, accede al gobierno. Pero el gobierno es prisionero de las fuerzas sociales dominantes, cuya expresión política «clandestina» son los poderes fácticos. Si el gobierno de Felipe González ha sido tan «moderado» es porque sabe el terreno que pisa, sabe que hay dos ordenadores, uno en el Pentágono y otro en la Junta de Jefes de Estado Mayor, que diseñan los límites de su acción de gobierno.

Los elegidos son —dicen— los «representantes» de los electores. El teorema central de la representación es: *sea un conjunto, produce un subconjunto que produce una ley y, mediante esa ley, el subconjunto reproduce el conjunto*. (Serres.) En este caso: sea un conjunto —el cuerpo electoral—, produce un subconjunto —el Parlamento—, que produce una ley —Constitución, leyes y reglamentos— y, mediante esa ley, el subconjunto reproduce el conjunto —modela los destinos del país—. Para que la representación funcione, el subconjunto representante ha de estar comunicado —en el orden del decir y en el orden del hacer— con el conjunto representado: ha de ser su expresión. Si los representados pierden el control sobre los representantes, la comunicación se rompe. Los representantes no disponen ni de la razón ni de la fuerza de los representados. Etimológicamente, un *parlamentario* es uno que se adelanta a negociar (parlamentar) para volver después al rango. La reforma política, en España, ha ampliado la clase política, pero no ha desarrollado —casi— la expresión política de las bases.

Las elecciones (si los ciudadanos no hacen otra cosa que votar) son una trampa: un medio óptimo para que las cosas sigan como están o —al menos— si cambian de lugar no cambien de sitio (hay que moverse mucho —decía Alicia— para permanecer en el mismo sitio).

Las elecciones en España, hoy

Concurren hoy en nuestro país circunstancias que limitan aún más el alcance de la participación electoral: España forma parte del imperio americano (bases, OTAN, empresas transnacionales); la ruptura con la democracia ha sido sustituida por una reforma (con las mismas leyes, con los mismos funcionarios); nuestro sistema económico es el capitalismo privado («economía social de mercado», como dicen eufemísticamente); estamos en medio de una profunda cri-

sis económica (casi todo el mundo aspira, como el peregrino de Guadalupe, a quedarse como está más que a mejorar).

Probablemente, estas cuatro fronteras se atravesarían con un mismo movimiento. En especial: las salidas, del imperio americano y del sistema capitalista, están por el mismo camino. Pero andar por ese camino exige enormes sacrificios —ahí están Chile y Nicaragua para recordárnoslo— y todo para una incierta llegada a un incierto futuro.

Mientras vivamos en sistema capitalista, funciona mejor una política capitalista (la *modernización*, administrar los intereses de las empresas transnacionales); es la revolución burguesa pendiente. Mientras estemos bajo el dominio norteamericano, el mejor camino es el de la contemporización: tratar, con astucia, de manejar a los amos. Podemos superar mejor las barreras políticas (el peligro de involución) y económicas (la crisis) siguiendo el camino que seguimos —el *buen camino*— que buscando otro camino. *Piano, piano, si va lontano*.

Eso es, al menos, lo que dicen nuestros gobernantes. Y se puede resumir en una frase: no sé cómo hay gente de izquierda, cuando los de derecha vivimos tan bien.

Así son las cosas. Pero pueden ser, aunque no fácilmente, de otro modo. Y no serán de otro modo mientras prosigan los aciertos ajenos y los errores propios.

Si el PSOE ha obtenido dos veces consecutivas la mayoría absoluta, por algo será (la gente no es tan tonta: no os olvidéis de Roca). En efecto: el Partido Socialista Obrero Español propone al electorado la única oferta política responsable, inspirada en la *ética de la responsabilidad*. Una oferta que, teniendo en cuenta la realidad, selecciona los mejores objetivos entre los posibles. Mientras que la ética ideológica tiene en cuenta los deseos, lo que debería ser, lo que quisiéramos que fuera, pero no la realidad, lo que es, y lo que puede ser. De un lado, toda la utopía; del otro lado, nada de utopía. Claro que hay dos éticas de la responsabilidad: la restringida, que corresponde a un sistema cerrado; y la generalizada, que corresponde a un sistema abierto. En un sistema cerrado, los fines no cambian, está *definido* por los mismos *fines*: es *definitivo*. En un sistema abierto, los fines cambian al cambiar el ecosistema, cambia la frontera entre el sistema y el ecosistema, cambia la *definición* y, por tanto, los *fines*. Es la diferencia entre reforma —puesta en juego de otros medios para los mismos fines— y revolución —puesta en juego de otros fines—. Una ética de la responsabilidad generalizada, revolucionaria, está abierta a la utopía.

Hasta cuándo, Catilina...

Una opción política a la izquierda del PSOE tendría que asumir esta ética: responsable, pero abierta. El sistema capitalista es explotador: destruye sus condiciones de posibilidad. Corre desbocado hacia su muerte: no basta que nos preguntemos qué de prisa vamos, tenemos que preguntamos a dónde vamos. Hay dos tipos de explotación: explotación del hombre por el hombre, de una por otra parte del sistema, y explotación de la naturaleza por el hombre, del ecosistema por el sistema. Los partidos de inspiración marxista se enfrentan con el primer tipo de explotación. Los movimientos de inspiración ecologista se enfrentan con el segundo tipo de explotación (aunque inspirados más bien por una ética ideológica que por una ética de la responsabilidad). En la lucha contra la OTAN, llegaron a confluir —no sin sobresaltos— las dos corrientes: lideradas —respectivamente— por la Plataforma Cívica y por la CEOP. El proceso electoral aventó esa convergencia: las fuerzas movilizadas por la CEOP viraron a la abstención, valoraron más las limitaciones del sistema electoral que sus posibilidades, parte de las fuerzas movilizadas por la Plataforma Cívica fueron recuperadas por el PSOE.

Muchos electores consideraron que votar al Partido Comunista, o a una oferta inspirada por él, sería correr un excesivo riesgo. El riesgo no depende de lo que harían los comunistas —en las elecciones municipales obtienen resultados más favorables—, sino de lo que harían los poderes fácticos en la hipótesis de un triunfo comunista. Es una versión del voto del miedo. Pero la oferta comunista tiene —también— limitaciones intrínsecas: la división del partido, y una cierta cerrazón (en su organización, en su programa). Izquierda Unida es un principio de superación de esas limitaciones: en ella concurren las dos familias comunistas más importantes (casi todas las nueces, aunque el ruido se lo llevó Carrillo) y engloba algunas de las tendencias de nueva izquierda con sensibilidad para los movimientos alternativos, principalmente ecologistas.

Pero aquí también el ruido tapa las nueces: la coalición se formó precipitadamente, algunas de las fuerzas componentes apenas si son más que unas siglas, la sensibilidad para los movimientos alternativos huele a oportunismo electoral, todo tiene cierto aire de «operación» (y ya sabemos —ahí está Roca para demostrarlo— que las operaciones no funcionan electoralmente, aquí y ahora). Sin embargo, el camino iniciado parece el buen camino. Hay un riesgo: que el PCE pierda sus *señas de identidad*. Muchos comunistas están preocupados por el hecho de que IU haya recogido relativamente más votos en los barrios «burgueses» que en los barrios obreros. Para su ulterior desarrollo, Izquierda Unida debería diseñar una oferta política de oposición *al* sistema, tan responsable (realista) como la oferta del PSOE de oposición *en* el sistema.

Izquierda Unida no puede ser una opción sólo electoral: ha de conjugar la participación electoral con la acción de masas. El PCE (el partido, por antonomasia, entonces) concibió, dirigió y en gran parte ejecutó la lucha contra la dictadura. Cargó con casi todas las nueces, mientras otros (especialmente los que luego resucitarían el PSOE) se limitaban a hacer un poco de ruido (el necesario para estar presentes a la hora del reparto de los beneficios). El PCE se suicidó políticamente cuando casi renunció a la acción de masas y consumió casi todas sus energías por el camino electoral. Cambió la organización sectorial por la organización territorial: la primera es coherente con una opción de lucha, la segunda es coherente con una opción electoral. Lideraba casi todas las organizaciones profesionales y acabó diluyéndose en los barrios. La perspectiva marxista es una perspectiva de producción: la producción está en las fábricas, en los colegios profesionales, en los institutos y universidades...; en los barrios está el consumo.

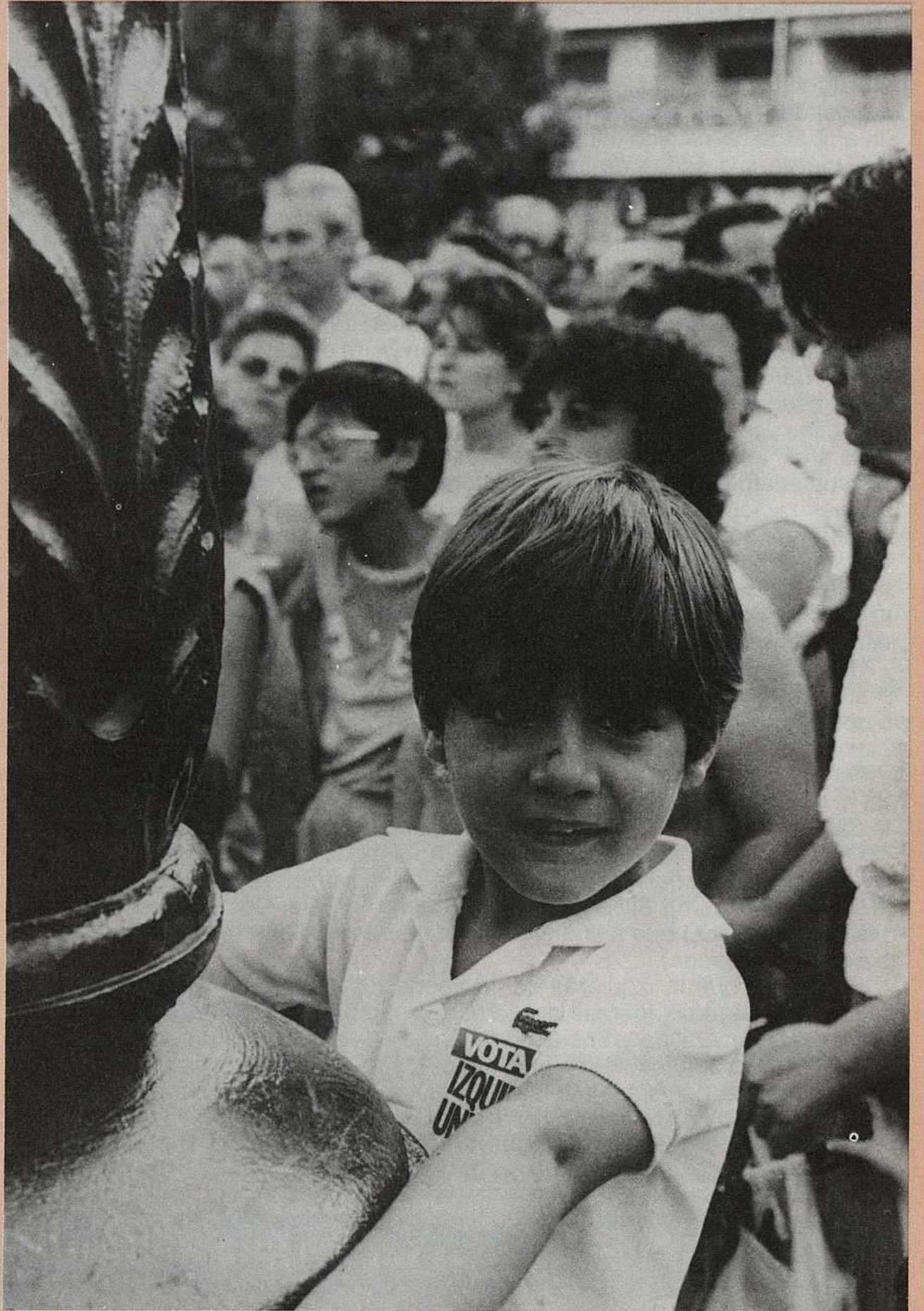
También a la izquierda del PCE y a la derecha del PSOE ha ocurrido algo. El auge de Herri Batasuna es significativo. Euskadi fue la única autonomía en la que estuvo presente en las elecciones una opción que conjugaba las dos dimensiones de la revolución: el enfrentamiento con la explotación del hombre por el hombre, marxista, y el enfrentamiento con la explotación de la naturaleza por el hombre, ecologista —una opción de nueva izquierda—. Es probable que en todo el Estado emerja a medio plazo una oferta *verde* radical: sin duda, la CEOP se reserva para esa posibilidad. A mi modo de ver, sería un error el enfrentamiento de Izquierda Unida con esos movimientos. Enfrentamiento que obedece más a una ética ideológica (que no digan —los poderes fácticos— que los apoyamos) que a una ética de la responsabilidad (nos parece realmente mal lo que hacen).

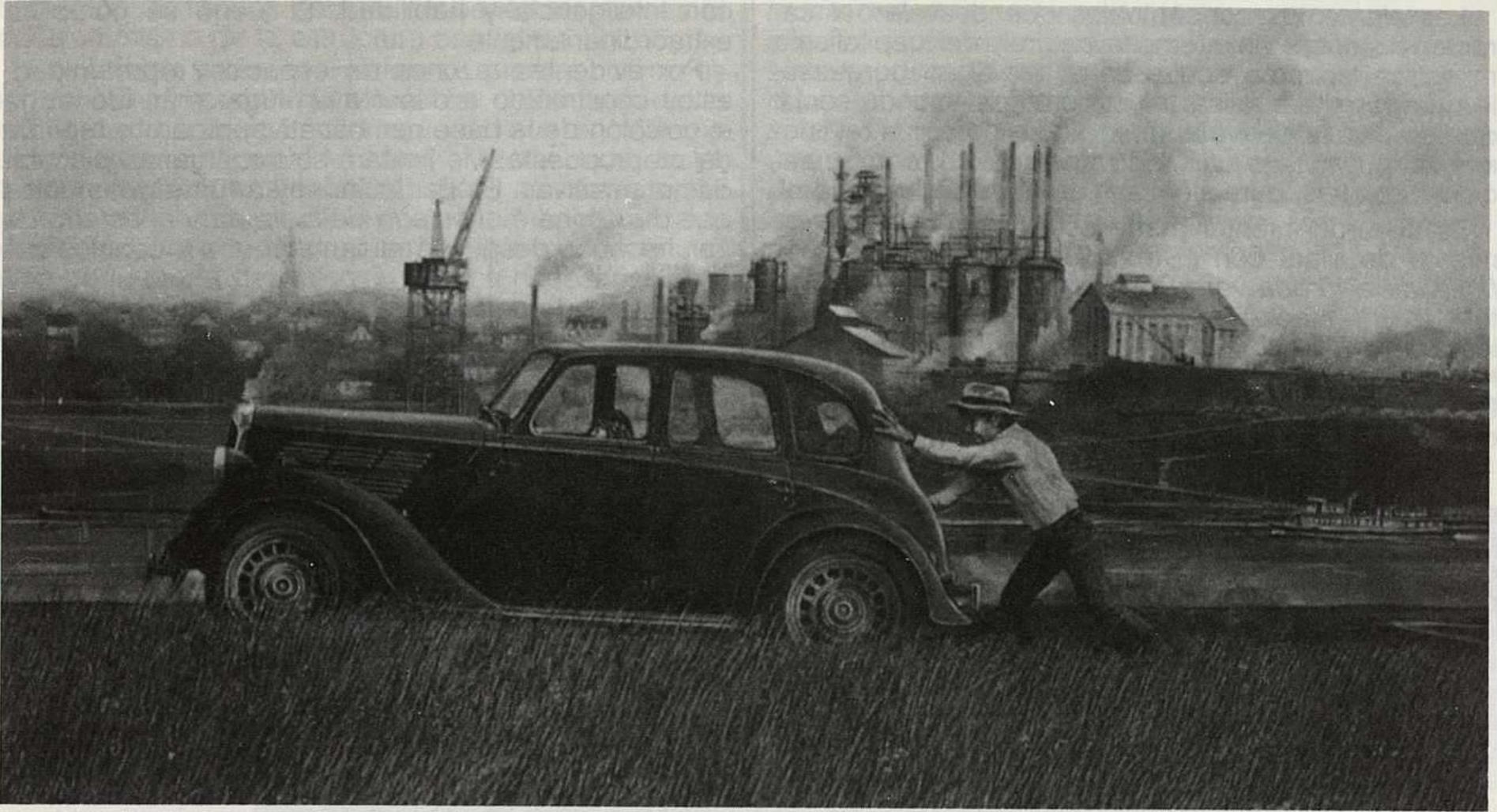
Al tiempo que la izquierda se impregna de la ética de la responsabilidad que le falta, algunas fuerzas de derecha se impregnan de la ética ideológica. El Centro Democrático y Social no renuncia a la utopía: enfrentamiento con los poderes fácticos interiores y exteriores, cierto talante quijotesco de su líder.

En conjunto, han sido más las nueces que el ruido. Han brotado grietas pequeñas, pero consistentes, en el sistema. Han emergido nuevas fuerzas: una nueva derecha y —parcial e incoativamente— una nueva izquierda.

Estamos un poquitín más cerca de mañana.







Qué teoría, qué política (II)

Aldo Shiovone

Continúo las reflexiones donde las dejé en el número anterior de NUESTRA BANDEIRA. En las líneas que siguen formulo una hipótesis que creo útil: voy a desarticular, a romper estructuras que en los escritos de Marx unen diferentes contenidos cognoscitivos para aislar aquello que aún respetan la historia de la ciencia y la de la sociedad.

Crítica de la economía política

En su *crítica de la economía política* realizo la siguiente separación: aíslalo, por un lado, los elementos conceptuales que permiten describir el carácter histórico de la sociedad capitalista y las reglas esenciales de su funcionamiento (si se dan unas condiciones determinadas); por otro, aquel conjunto de doctrinas en las que, del carácter de las *contradicciones* del capitalismo, parece deducirse la *necesidad* del comunismo y la *forma* de la transición hacia él.

«La refutación de la teoría del valor-trabajo, ¿invalida la teoría de la explotación?»

Los elementos conceptuales que desvelan el carácter histórico, no eterno o natural, del capitalismo muestran la trama oculta de la sociedad burguesa, lo que permite analizar el conjunto del mundo social que de ella se deriva e impide considerar las relaciones burguesas de un modo apologético, como relaciones eternas, para siempre, como sociedad *natural*.

Es absurdo intentar medir esta ruptura del pensamiento de Marx con el metro historiográfico de la *fidelidad* a lo que *verdaderamente* dijo Marx: tal ruptura es una hipótesis absolutamente *infidel*; para aislar los elementos conceptuales que, esquemáticamente, he separado, he tenido que romper textos y conceptos, separar aquello que en Marx estaba unido y que, además, así debía continuar: unido.

Tampoco he pretendido, al proceder a tal separación, reescribir, con otro ropaje, aquella vieja tesis de *los dos Marx* —el científico y el utopista, el hombre de estudios y el visionario de la revolución—. Pretendo, simplemente, aclarar, dar transparencia a nuestra «actual» relación científica y política con Marx; al separar en Marx aquellos dos órdenes de conceptos —forzando las fuentes—, mi objetivo es el de colocarme en mejor posición teórica y política, conquistar una nueva claridad; no intento, en absoluto, realizar una operación historiográfica.

El primer conjunto de elementos conceptuales que esquemáticamente he individualizado en las líneas anteriores —el de los elementos que explicitan la historicidad del capitalismo— mantiene hoy por completo su actualidad, su vigencia. De él se derivan importantes consecuencias; gracias a él, nuestro análisis domina aspectos decisivos de la génesis, conservación y desarrollo de las sociedades contemporáneas: ningún otro punto de vista permite hacerlo de un modo tan profundo; es un conjunto de elementos conceptuales que, en realidad, constituyen el alma de la moderna ciencia de la historia (ningún historiador puede hoy dejar de llamarse, de algún modo, *marxista*). Si pasamos al plano político, una política que no quiera ser sólo un reflejo espectral de lo existente recibe del análisis marxista de la historicidad del capitalismo una perspectiva irrenunciable.

Vemos, pues, que un núcleo completo de la tradición marxista está plenamente vigente.

El final no está escrito

La afirmación de Marx del carácter histórico, no eterno, del capitalismo se mantiene, pues, vigente. En esa afirmación se fundamenta nuestra capacidad para *relativizar* y *descentrar* la pretendida *preeminencia* lógica e histórica de la sociedad burguesa; en ella se fundamenta nuestro punto de vista *histórico-crítico*, no apologético de la sociedad actual.

No veo ningún motivo para renunciar a esos análisis; más bien al contrario, veo razones para mantenerlos como partes constituyentes de una *razón* verdaderamente moderna.

Pero la demostración del carácter histórico, no eterno, del capitalismo, ¿dice algo de los ritmos, los modos, las formas de su *final* y de lo que vendrá después? (1): un punto de vista histórico-crítico no implica necesariamente la posibilidad *política* de una superación previsible, lineal; podría, alternativamente, ser compatible con una serie infinita de complejas variantes, en las que habría que aprender a moverse

con inteligencia y habilidad. El juego se complica extraordinariamente.

Por evidentes razones de espacio y oportunidad, estoy constreñido a diferir a un lugar más idóneo la exposición de la base demostrativa, digamos teórica, de mi propuesta. Me limitaré sólo a algunas pinceladas orientativas. En particular voy a tratar dos puntos que denominaré *el estado de la teoría* y *el estado de los hechos*; después adelantaré una «conclusión» provisional.

a) El estado de la teoría. Marx demuestra la *historicidad* del capitalismo mediante el análisis del *nexo interno de las relaciones económicas burguesas* y de sus metamorfosis; analizar el presente le permite entender tanto la génesis del capitalismo como su ocaso —el pasado y el futuro.

«De la noción de excedente no se deduce fundamento para el beneficio, que en realidad se fundamenta en las particulares circunstancias institucionales del sistema capitalista, que no permiten a los trabajadores apropiarse del producto neto completo».

No hago objeciones a cómo el análisis del presente, desde ese punto de vista, es la clave para la comprensión del pasado. Pero veamos cómo el análisis del presente descubre a Marx el futuro: Marx pronostica el futuro sustancialmente a partir del análisis, con la teoría del valor y con la teoría de la explotación, de la relación antagónica entre salario y beneficio. Que este planteamiento analítico permite explicar, aunque con cierta dificultad, las *novedades* históricas del capitalismo y sus especificidades, es incontrovertible, pero no lo es que permita explicar también su *final*.

Valor y explotación

En primer lugar, la teoría del valor-trabajo (la relación de cambio de las mercancías en un mercado en equilibrio es igual a la relación entre la cantidad de trabajo contenida en las mismas) no se tiene en pie: la teoría económica tiende a estar de acuerdo en su rechazo (2). Esa ecuación entre valor y trabajo, válida para las sociedades mercantiles precapitalistas (de base esclavista feudal), no es computable (como ha sido demostrado numerosas veces) en la

formación de la tasa general de beneficio, que es el corazón mismo de la estructura capitalista (3).

Refutada la teoría del valor, se plantea, como es lógico, una pregunta fundamental: ¿qué hay de la teoría de la explotación? Recuerdo que en Marx, a simple vista, sin teoría del valor, la teoría de la explotación pierde consistencia (4). Pero admitamos que se trata de una falsa impresión y que tenga razón la doctrina de raíz srafiiana que sostiene que la refutación de la teoría del valor no implica necesariamente la catástrofe de la teoría de la explotación. Agarremos de momento fuertemente esta tabla de salvación: *queda claro que la proposición relativa a la existencia de la explotación del trabajo en una sociedad capitalista no depende en modo alguno de la validez de la teoría del valor-trabajo: depende de la validez de la*

teoría basada en la noción de excedente, pues de ella no se deduce fundamento para los beneficios, sino es el simple hecho de que el ordenamiento jurídico existente no permite a los trabajadores apropiarse del producto completo (5); de la última frase hay una variante todavía más ilustrativa: del simple hecho de que las particulares circunstancias institucionales del sistema capitalista no permiten a los trabajadores apropiarse del producto neto completo (6).

Omitimos la discusión sobre el concepto de *excedente* y sobre su *neutralidad*. Baste señalar que, según este razonamiento, la relación inversa entre salarios y beneficios no se deduce de un principio (y no se puede describir como una contradicción a la vez estructural y dialéctica; es decir, no se puede describir como una contradicción destructiva del sistema



que la contiene); parece depender sólo de una combinación empírica, reconstruible únicamente *a posteriori*, una vez que ha pasado: 1) la noción *histórica* de salario; 2) la noción *histórica* de beneficios; 3) los márgenes de maniobra que las *circunstancias institucionales* (la política, el Estado, las relaciones de fuerza en las relaciones industriales) pueden permitir a un juego de reequilibrio distributivo que hipotéticamente podría avanzar hasta el punto en que tienda a cero la diferencia entre masa salarial y producto neto (dejando de lado el problema de las reinversiones productivas, de la autoalimentación de un sistema de self-sustaining, de los *supuestos previos* que se

convierten en resultados). Como se observa, a partir de esta doctrina, la relación entre irresolubilidad de las contradicciones y posibilidad histórica de reequilibrio progresivo del sistema sobre bases más *justas* para los perceptores de salario, se inclina a favor de la segunda hipótesis.

¿Me equivoco o se entrevé aquí el fundamento de una moderna acción reformadora, no contra Marx, sino *más allá* de Marx, de lo que seguiremos escribiendo en el próximo número?

(1) Observaciones parcialmente similares en Wallerstein, *Historical Capitalism*, London 1984, págs. 90 y sig.

(2) Cfr. P. Garegnani, *Marx y los economistas clásicos*, Turin 1981, págs. 5 y sig. y 55 y sig.; P. Garegnani y F. Petri en *Historia del Marxismo*, v. IV, Turin, 1982, págs. 745 y sig; C. Napoleoni, *Discurso sobre la economía política*, Turin, 1985, pág. 7 y sig.

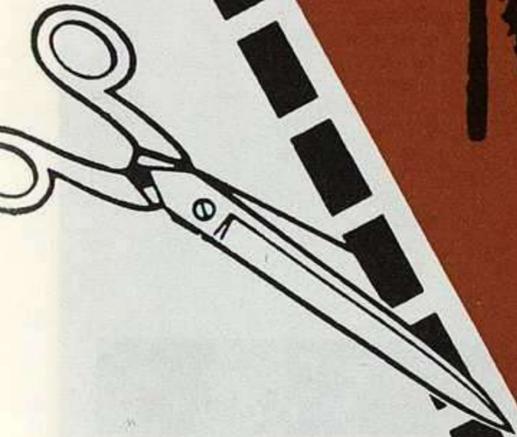
(3) La demostración clásica en P. Sraffa, *Productions of Commodities by means of Commodities*, Cambridge, 1960, cap. VI, párrafo 45-49.

(4) Cfr. C. Napoleoni, *op. cit.* pág. 38 y sig.

(5) P. Garegnani, *Marx cit.* pág. 88.

(6) P. Garegnani, *Una polémica sobre Sraffa*, 1982; cfr. también Garegnani y F. Petri, *op. cit.* pág. 809 y sig., con significativas consideraciones.





Nuestra Bandera

es LA IZQUIERDA

es parte de la historia de las ideas y de la lucha de los comunistas. SUSCRIBETE a la revista teórica y política del Partido Comunista de España

Nombre

Dirección: Calle

..... n.º D.P.

Población Provincia

Deseo suscribirme por un periodo de ocho números, renovable automáticamente a partir del número...

SUSCRIPCION POR OCHO NUMEROS

España	2.250 ptas.
Europa y Norte de Africa ..	2.950 ptas.
América y Africa	3.950 ptas.
Asia y Oceanía	4.150 ptas.

MODO DE PAGO (señalar con una cruz):

- Reembolso (sólo para España).
- Talón bancario nominativo a favor de NUESTRA BANDERA.
- Giro postal núm. (adjunto resguardo).
- Recibo domiciliado en cuenta corriente. (En este caso rellenar el boletín adjunto.)

..... de de

Firma

Enviar en sobre cerrado.

BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Dr. Director del Banco (o Caja de Ahorros)

Agencia, con domicilio en

Población D.P.

Provincia

Titular de la cuenta

Número de la cuenta

Les agradeceríamos tomen nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por NUESTRA BANDERA.

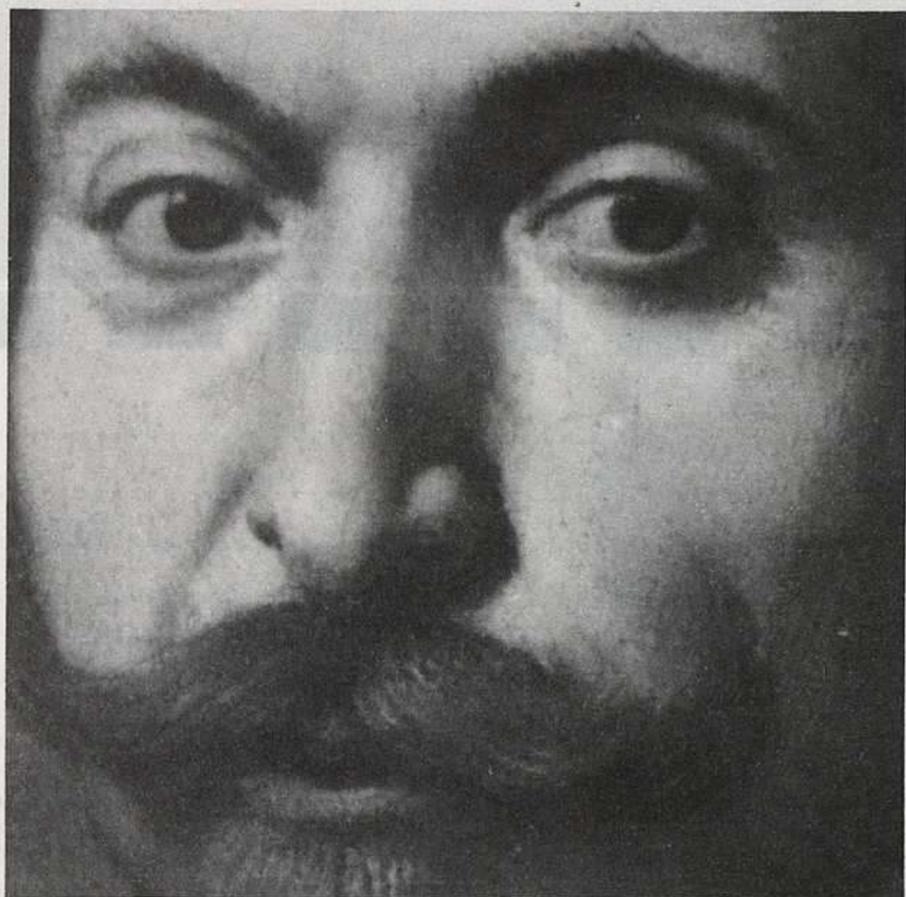
..... de de

Firma

Envíe también este boletín a NUESTRA BANDERA:

Santísima Trinidad, 5. Teléf. 446 11 00, nosotros nos encargaremos de hacerlo llegar a su Banco.

Asamblea de sabandijas de la pintura



Pablo Corbalán

La llegada al Museo del Prado del cuadro *Retrato de enano*, de Juan van der Hamen y León, un madrileño de estirpe flamenca (1596-1631), ha removido la alucinante población de monstruos, enanos, bergantes y bufones de la gran pinacoteca. Ante la presencia del retrato de Van der Hamen se armó el guirigay que ha recorrido las viejas salas y todas las *sabandijas de Palacio* y *gentes de placer* han acudido a saludar al recién llegado hermano y a mostrarle su hospitalidad y solidaridad. Fiesta, pues, con gritos de regocijo, zapatetas, abrazos y cordiales rechiflas, en las estancias de exposiciones temporales de esa maravilla de armonía madrileña que es el casón de Villanueva.

El enano de Van der Hamen ha llegado como donación de la Fundación Bertrán, de Barcelona, a través de la Asociación de Amigos del Museo del Prado. Y ésta ha querido que el acontecimiento revistiera carácter excepcional. Echando mano de las colecciones largos años catalogadas, desde el humanísimo Velázquez hasta Carreño de Miranda, pasando por Antonio Moro, Sánchez Coello, Sánchez Cotán, Ribera, Rodrigo Villandrado, Mazo, Francisco Rizi y otros nombres españoles y forasteros, ha reunido una muestra de más de 30 cuadros y 14 artistas que abarca los siglos XVI y XVIII.

Morbo y placer de palacio

La mayor parte de las obras ha sido extraída, como decimos, de los fondos del Prado, pero aparecen también piezas de colecciones públicas y privadas. El resultado es una exquisita y abracadabrante fiesta de arte a la que se aúna una intensa fascinación psicológica y humana. Un mundo patético, pero exento de dolor, sorprendente y desquiciado, surge de los muros ilustres para organizarse en la recepción del nuevo compañero *sabandija*, todo dignidad y apostura, vestido de gala, con espada y bastón de mando, terminando, por arriba, en una cabezota de semblante un tanto morisco y, por abajo, sostenido por cortas y arqueadas piernas de insinuación caprina. Algo de cálido sátiro picardeado tiene este enano con mando en plaza. ¿Dónde lo encontraría su pintor, él, tan versado en flores y bodegones del



mejor trazo, casi dignos de un Zurbarán, aunque menos severo que el extremeño? Entre rosas, dalias, camelias, y margaritas debió hallar Van der Hamen al monstruo en cualquier palacio de la época. Ahora, entre sus nuevos compañeros contrahechos, bobos y enanos, mujeres barbudas o gordinflonas y tunantes disfrazados de filósofos, ha encontrado su nuevo jardín de especies minusválidas, fantasmagóricas y desequilibradas de la fauna que constituía el placer de reyes y cortesanos de las Españas. *Gentes de placer* hemos dicho que llamaban a estas gentecillas en lo que lo humano se impregna de un cierto horror y, al mismo tiempo, emana una caridad nueva y una simpatía interior que anula el sentimentalismo ñoño por obra del arte de los pintores. Entre las pupilas de los artistas y el *sabandija* de turno, el arte esteriliza lo monstruoso y convierte la alucinación en retrato absoluto, ni más ni menos, como es el caso de Velázquez.



La mayor aportación a esta exposición titulada *Monstruos, enanos y bufones en la Corte de los Austrias* —ya sabemos que, en realidad, va más allá de esta época y, hay que añadir, que del tema y de la nómina española, lo que impone en ella un elemento de confusión—, procede de Velázquez, el *mediodía de la pintura, el simple realismo, la pintura-pintura*, que decía D'Ors. Es decir, el colmo del equilibrio entre realidad y arte. Ortega, al referirse al sevillano, dijo que el retrato era el principio de la pintura y que la obra toda de Velázquez parece exclamar *con irrevocable decisión: ¡La belleza ha muerto! ¡Viva lo demás!* Ese demás es el secreto de la realidad recreada por el arte. Y en los monstruos, enanos y bergantes por él pintados, el ser humano renace en toda su pureza, despojado de cualquier otra consideración que no sea la de su presencia inmanente. Cada retrato de los ofrecidos en esta exposición, retratos *con innegable* dificultad, queda así limpio de adherencias extrañas, pura y simplemente expresado en todo su milagro. Y habría que añadir que lo que no alcanzó Velázquez a expresar en sus lienzos de grandes personajes, lo consiguió ante estas criaturas que llegaban hasta su sensibilidad sencillamente, sin pedirle nada a cambio, ni halago, ni belleza, ni sensación de poder. Criaturas que se le entregaban tales y como eran en su existencia física contrahecha o en su ingeniosidad, de las cuales vivían su paz diaria en el mundo desproporcionado de Gulliver. Así, *El niño de Vallecas*, *El bobo de Coria*, *Pablillo de Valladolid*, *Don Sebastián de Morra*, el dignísimo *Don Diego de Acedo*, conocido como *El Primo*, fingido polígrafo; Mari-Bárbola y Nicolasito Percusato, incluidos en *Las Meninas*, o los dos bergantes disfrazados de Esopo y de Menipo, soberanos retratos de la vasta galería velazqueña. Todos ellos, y algunos más, tenían las puertas abiertas del taller del maestro, disfrutando de una convivencia y amistad que tenía sus orígenes hasta en la misma nómina de la que uno u otros cobraban de Palacio.

Por aquel taller, la Galería del Cierzo le llamaban, pasaron estos seres para ser retratados por el mejor pincel del mundo.

Pero, no se agota con ellos el retablo de monstruos, enanos y bufones.

Y no sólo la Corte española los reclutaba para su zoológico desconcertante. La manía se remontaba al siglo XV y se extendía por todas las Cortes católicas. Ribera retrató a la mujer barbura Magdalena Ventura de los Abruzzos, con su marido y un niño en los brazos al que amamanta; Sánchez Cotán captó otra barbuda, la de Peñaranda; Rodrigo Villandrano perfiló al príncipe Felipe junto al enano *Soplillo*, dibujando un soplillo sobre la vecina mesa, y Carreño inmortalizó a la monstruosa Eugenia Martínez Vallejo.

De aquí y de allá salta la fauna grotesca en esta exposición en la que la fantasía es dominada por la realidad de unos seres que viven, que nos están mirando y que, quizá, guardando silencio, llegarían a hablarnos desde su sobrehumano mundo de la mejor pintura. *Sabandijas* y *gentes de placer* reunidos en magna asamblea para celebrar la llegada de ese desconocido enano presuntuoso de Van der Hamen cuya mirada aparece cargada de lascivia. Un sátiro para enanos y monstruos.

Francisco José Martínez

La obra de Adam Schaff, *¿Qué futuro nos aguarda? Las consecuencias sociales de la segunda revolución industrial*, es un intento de establecer una *futurología sociopolítica* de alcance medio, unos veinte o treinta años, y constituye la continuación del informe presentado al Club de Roma en 1982 por A. Schaff y Gunter Friedrich, titulado *Microelectrónica y sociedad: para mejor o para peor*. La presente obra se sitúa, pues, en el conjunto de los análisis que pretenden explorar las consecuencias económicas, sociales, políticas y culturales de lo que denomina la segunda revolución tecnológica, consistente no ya como la primera en sustituir la fuerza física del hombre por la fuerza de las máquinas, sino en amplificar e incluso sustituir el poder intelectual del ser humano por medio de autómatas artificiales. Esta revolución es la confluencia de tres revoluciones parciales, centradas respectivamente en la microelectrónica, la microbiología y la energía nuclear.

Schaff analiza en primer lugar los cambios económicos producidos por esta revolución, el más esencial de los cuales consiste en un *paro estructural masivo*, que imposibilitará el pleno empleo tal como éste se ha entendido hasta ahora, para siempre. Grandes masas de la población, y especialmente los jóvenes, no accederán nunca a un

El futuro no es risueño



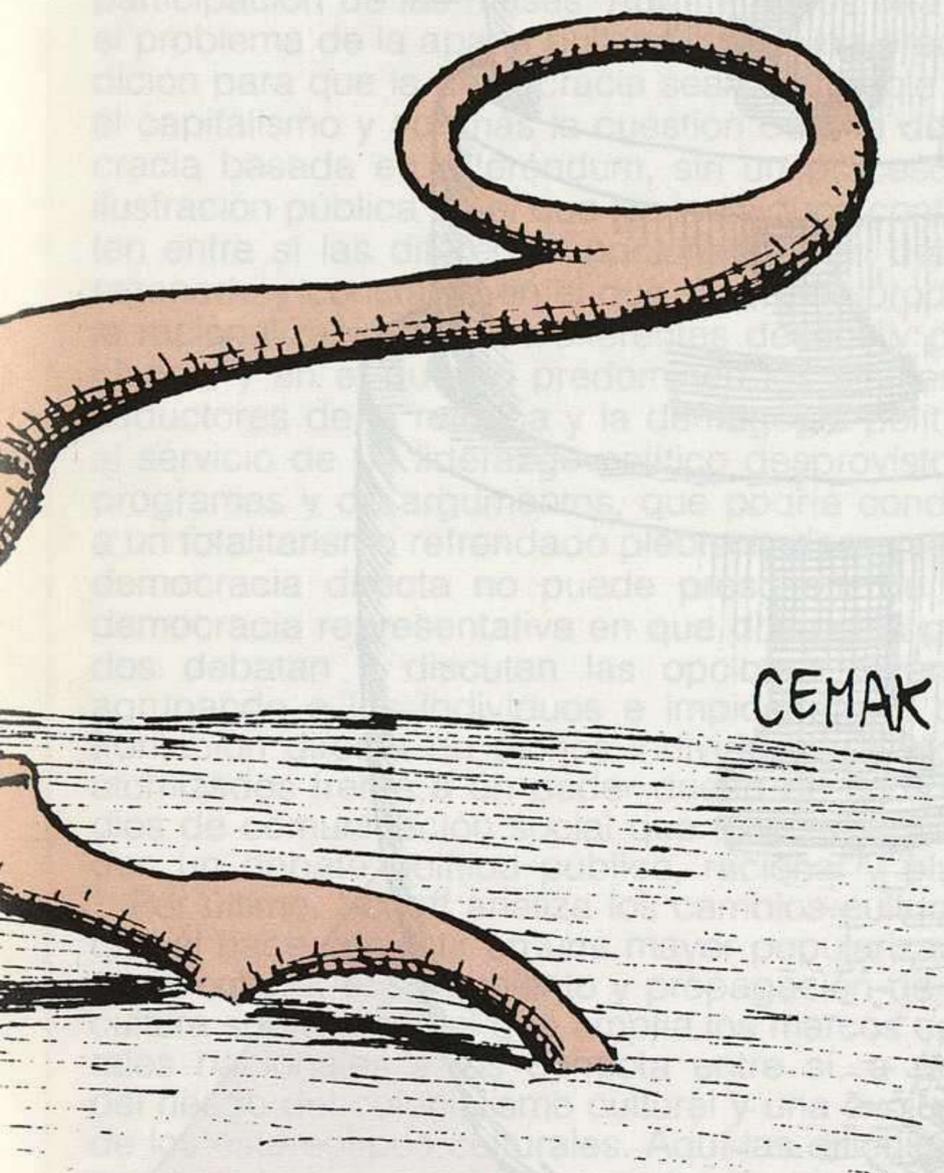
mercado de trabajo tradicional, es decir, no entrarán en la relación salarial. Esta situación debe conducir a establecer nuevos principios de distribución de la renta nacional de manera que se asegure el mantenimiento de las masas de población no ocupadas. La solución propugnada por Schaff hace recaer sobre los empresarios el coste de esta nueva distribución de la renta tras una lucha de clases más o menos aguda y en un marco territorial que vaya más allá del correspondiente a un Estado nacional aislado, ya que esta salida para un solo estado le llevaría al hundimiento económico por la pérdida de competitividad en los mercados internacionales. Schaff es muy optimista al pensar que este paro estructural radicalizará por un lado a la clase obrera y a las estructuras sindicales y por otro al creer que las clases poseedoras serán lo suficientemente inteligentes para aceptar su solución por miedo a la revolución. Una manera de llegar a este tipo de economía que Schaff no llama capitalista ni socialista sino *colectivista* podría ser a través de un sistema de imposición progresiva que recaude hasta el 90 por 100 de los ingresos y beneficios de los ciudadanos y emplee estos recursos para cubrir las necesidades de la población, sin necesidad de acudir a la nacionalización de las empresas y respetando los derechos de propiedad y los incentivos de las empresas privadas. Otra solución sería la ya prevista por Lenin para algunos países como Suiza, según la cual el Estado compraría las propiedades

de los capitalistas y dejaría a éstos como administradores de sus antiguas propiedades aprovechando así sus capacidades técnicas.

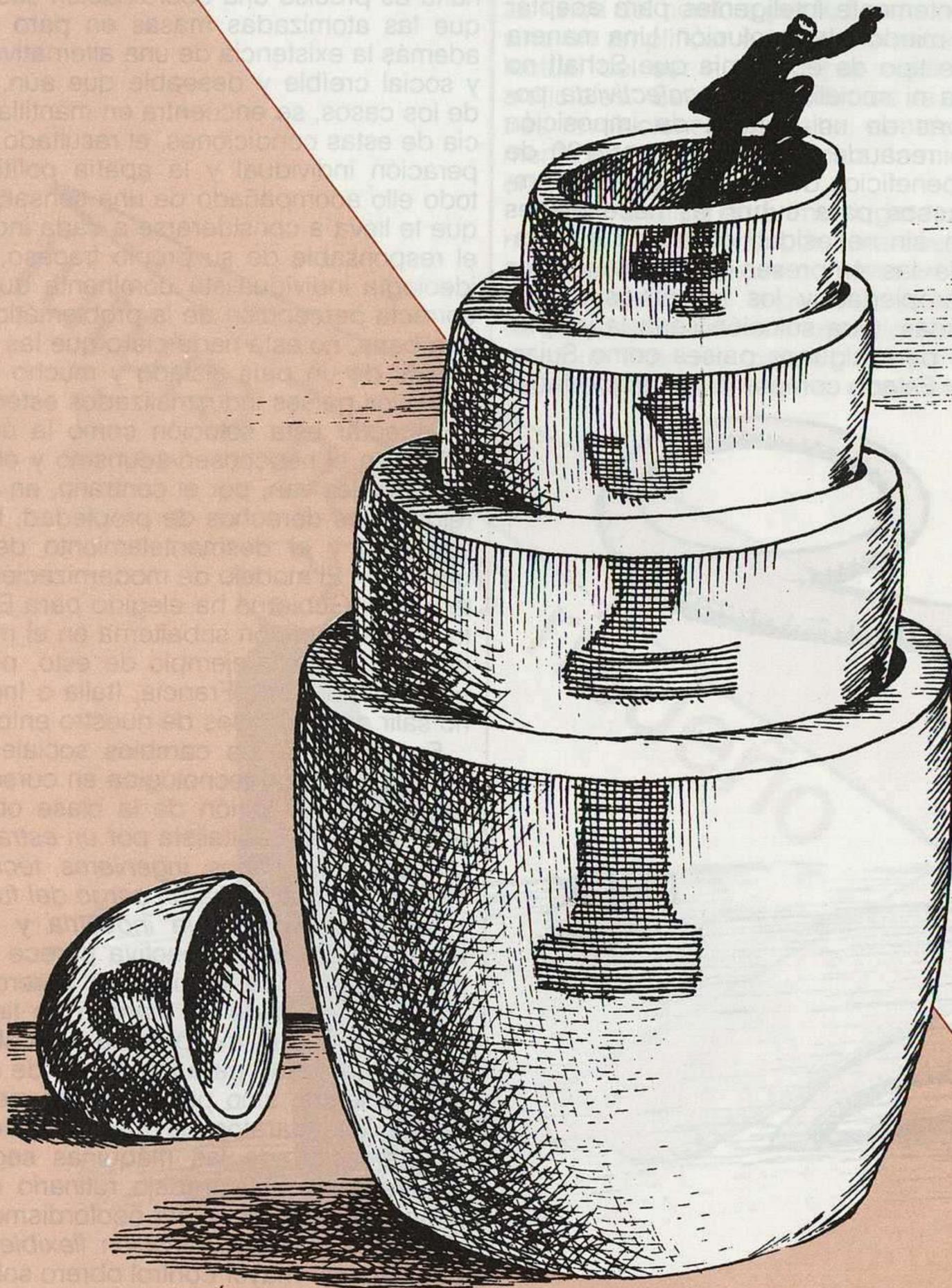
Optimismo e irrealidad

No se nos oculta el optimismo desbordado de la posición de Schaff. En primer lugar, no está nada claro que un paro masivo sea, en sí mismo, una situación revolucionaria, ya que además de mecanismos que actúan ya como la economía sumergida y un clientelismo selectivo, sin olvidar la siempre posible utilización de la violencia, tenemos que para que se produzca una situación revolucionaria es preciso una coordinación social y política que las atomizadas masas en paro no tienen, y además la existencia de una alternativa económica y social creíble y deseable que aún, en el mejor de los casos, se encuentra en mantillas. En ausencia de estas condiciones, el resultado es la desesperación individual y la apatía política y social, todo ello acompañado de una sensación de culpa que le lleva a considerarse a cada individuo como el responsable de su propio fracaso, debido a la ideología individualista dominante que dificulta la correcta percepción de la problemática social. Por otra parte, no está nada claro que las clases dominantes de un país aislado y mucho menos la de todos los países industrializados estén de acuerdo en aceptar esta solución como la única posible. Más bien el neoconservadurismo y el neoliberalismo actuales van, por el contrario, en el sentido de reforzar los derechos de propiedad, la libertad de comercio y el desmantelamiento del Estado de bienestar. El modelo de modernización dependiente que el Gobierno ha elegido para España, como forma de inserción subalterna en el mercado mundial, es un claro ejemplo de esto, pero lo mismo podría decirse de Francia, Italia o Inglaterra, para no salir de los países de nuestro entorno.

En cuanto a los cambios sociales producidos por la revolución tecnológica en curso, Schaff pronostica la sustitución de la clase obrera y quizá también de la capitalista por *un estrato social integrado por científicos, ingenieros, técnicos y administradores que se harán cargo del funcionamiento y los progresos de la industria y los servicios*. Aquí también la perspectiva parece no adaptarse a la realidad. La fábrica sin obreros podría ser realidad dentro de un margen de tiempo no muy largo, aunque la mayoría de los trabajos en esta fábrica no serían para una mano de obra altamente cualificada, sino para una intermedia que controlara los aparatos de medida, mientras que la programación de las máquinas seguirá estando separada de este trabajo rutinario de control. El paso del fordismo y del neofordismo a lo que se denomina la *especialización flexible* no tiene por qué suponer mayor control obrero sobre la produc-



ción ni mayor integración del trabajo intelectual y manual, sino que puede perpetuar el control capitalista y la escisión entre la programación y la ejecución. De hecho, la reestructuración en curso es un proceso complejo y multiforme que ha cogido a los sindicatos desprevenidos y los ha puesto a la defensiva. Este proceso puede incluso acabar en un mercado *dual* de trabajo en el que junto a unos pocos trabajadores de élite altamente productivos, lo cual no supone cualificados, gracias a la utilización de ordenadores en el diseño y en la producción, encontramos una gran mayoría de trabajadores sometidos a formas de trabajo precario, a tiempo parcial, etc., cuando no directamente negro o de economía sumergida, y en la periferia del sistema una masa de desempleados, especialmente jóve-



nes y mujeres. Por tanto, esta elevación general de tecnificación y cualificación de los trabajadores que llevaría a la desaparición de la clase obrera tampoco se ve por ninguna parte. Además, Schaff parte de un presupuesto que tampoco es claramente verificable, y que consiste en que esta sociedad altamente tecnificada sería opulenta a niveles hasta ahora desconocidos. Aparte de que el incremento de la producción, bajo el sistema capitalista, no tiene por qué suponer un aumento del consumo, ya que puede dedicarse a inversión productiva, armamentismo, o despilfarro puro y simple, no se ve cómo se va a crear una demanda solvente para esa producción creciente, porque aun suponiendo que asista a toda la población desempleada, lo cual es mucho suponer, esta asistencia no distará mucho del mínimo vital y en ese caso el nivel de consumo no se incrementará en gran medida.

La apatía, un gran problema

En cuanto a los cambios políticos, Schaff plantea la alternativa de una posible profundización de la democracia con una mayor participación de la población y el uso continuado del referéndum como medio de democracia directa, y un totalitarismo opulento como mecanismo político mediante el cual las clases poseedoras intentarán impedir la participación de las masas. Aquí tenemos otra vez el problema de la apatía política como una precondición para que la democracia sea compatible con el capitalismo y además la cuestión de una democracia basada en referéndum, sin un proceso de ilustración pública en el que los individuos confronten entre sí las diferentes opciones en un debate razonado y constante en el que se pueda producir la racionalización de los diferentes deseos y posiciones, y en el que no predominen los elementos seductores de la retórica y la demagogia políticas al servicio de un liderazgo político desprovisto de programas y de argumentos, que podría conducir a un totalitarismo refrendado plebiscitariamente. La democracia directa no puede prescindir de una democracia representativa en que diferentes partidos debatan y discutan las opciones diversas, agrupando a los individuos e impidiendo la confrontación directa de dichos individuos aislados y atomizados frente a un poder dueño de unos medios de comunicación social que dificultan o impiden un debate político público, racional y plural.

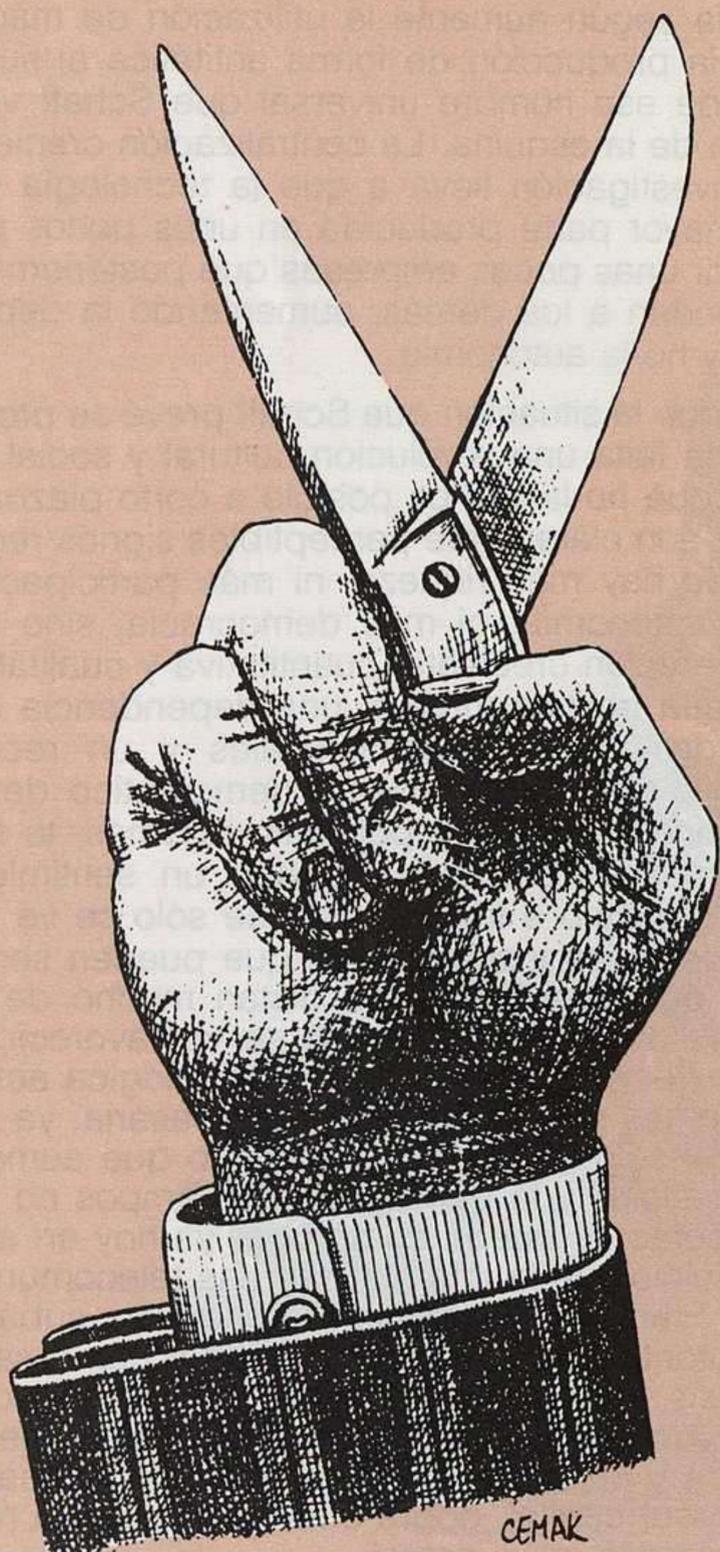
Por último, Schaff analiza los cambios culturales que él hace consistir en una mayor popularización de la cultura, el surgimiento y propagación de una cultura supranacional que amplía los marcos culturales nacionales y los conecta entre sí, a pesar del riesgo del colonialismo cultural y una evolución de los estereotipos culturales. Aquí las dificultades son apuntadas por el propio autor, ya que la internacionalización de la cultura no se está produciendo mediante un diálogo libre de coacción en el

que las diversas culturas humanas se encuentran en pie de igualdad, sino que una cultura dominante, la occidental, se está imponiendo y destruye a las demás por su control de los medios de producción y distribución culturales.

En la segunda parte del libro se aborda el problema de cómo sustituir el trabajo en su función de otorgador de sentido para la vida de grandes masas de personas. El filósofo polaco ve el advenimiento de una individualidad más rica, debido al proceso de ilustración universal, el aumento de la riqueza y la ruptura del aislamiento clasista y nacional. Esto supone el surgimiento de un *homo studiosus*, heredero del *homo universalis* renacentista, que se convierte en un *homo ludens* que sustituye la ética del trabajo por la ética del juego y la autocreación. El idealismo de esta visión es notorio. Ya Daniel Bell había situado una de las contradicciones culturales fundamentales del capitalismo en la escisión entre la ética calvinista, ahorradora y ascética, *imprescindible* en el campo de la producción, y la ética hedonista, esencial, igualmente, en el campo del consumo. Además, la superespecialización de los saberes se verá ampliada según aumente la utilización de máquinas en la producción de forma antitética al surgimiento de ese hombre universal que Schaff ve a la vuelta de la esquina. La centralización creciente de la investigación lleva a que la tecnología sea en su mayor parte producida en unos pocos países y por unas pocas empresas que posteriormente la venden a los demás, aumentando la dependencia y no la autonomía.

Para que la situación que Schaff prevé se produjera haría falta una revolución cultural y social tan grande que no la vemos posible a corto plazo; en cambio, son claramente perceptibles signos regresivos. No hay más riqueza, ni más participación, ni más autonomía, ni más democracia, sino una depauperación creciente, cuantitativa y cualitativa, una apatía política masiva, una dependencia creciente de poderes transnacionales y un recorte constante del funcionamiento democrático de las instituciones sociales y políticas. Además, la falta de alternativas creíbles expande un sentimiento de conformismo e impotencia que sólo se ve roto por explosiones incontroladas que pueden ser revueltas puntuales pero que distan mucho de ser revolucionarias. Este proceso se ve favorecido y no dificultado por la revolución tecnológica actual, que además no es inevitable ni necesaria, ya que el capital sólo la desarrolla en tanto que aumenta sus beneficios y la detiene en los campos no rentables como se puede comprobar ya hoy en algunos dominios de la informática y las telecomunicaciones. Frente a la solución dependiente, subalterna y autoritaria elegida por el capital como salida a la crisis, sólo una participación política y social masiva, que sea capaz de establecer una alternativa clara y contundente, fabricada desde abajo e impuesta al capital, podrá ofrecer una salida revolucionaria a la crisis actual.

El keynesianismo no funciona, pero, ¿con qué sustituirlo? (3)



Robin Murray

● He dado ejemplos en los dos números anteriores de NUESTRA BANDERA de cómo pueden ponerse los sistemas informáticos al servicio de las necesidades y no al del mero beneficio. Pero sus implicaciones van más allá. Si, por ejemplo, se desarrollan esos sistemas en la industria del mueble, y se aplican en fábricas sometidas a control social, estas fábricas estarán en una situación de ventaja de cara a la competencia. Y será esta ventaja la que permita ampliar los márgenes a eso que la economía de mercado desdeña: salarios adecuados, formación, pleno acceso de las mujeres y los negros (en un sector donde la mayor parte de la fuerza de trabajo está compuesta casi completamente por varones blancos), diseños que tengan en cuenta necesidades que no pesan en el mercado (como la de los minusválidos), importaciones planificadas de países progresistas del Tercer Mundo que necesitan desesperadamente intercambios con el extranjero. Y también se podrá ampliar el margen para un control real por parte de los trabajadores. Y digo «real», pero es también «formal», pues para que haya control real hace falta desarrollar una confianza y una cualificación estratégica, y eso requiere tiempo, recursos y la existencia de grupos de apoyo de trabajadores.

Todo esto lo hemos intentado poner en práctica, en unión con los sindicatos, desde la Oficina de Empresa de Londres y el Consejo del Gran Londres. Algunas cosas funcionan en unas fábricas, pero no en otras. Los fracasos nos han enseñado tanto como los éxitos, pero hemos podido extraer cuatro conclusiones globales:

● Existe un enorme margen para la intervención pública en la reconversión de la producción. Las importaciones han destruido o están destruyendo muchos sectores en los que la mediana empresa tiene cierto peso y que no han sido del todo capaces de introducir las innovaciones necesarias. En los sectores donde predominan las grandes empresas multinacionales, a algunas les ha costado despegarse de la tradición del fordismo. En otros sectores, especialmente los vinculados a la producción militar, hay un escandaloso derroche de capacidades tecnológicas



que podrían dedicarse a los mercados civiles y a necesidades sociales. Las oficinas de empresa locales no pueden hacerse cargo de estos gigantes, aunque los ayuntamientos hayan apoyado en ocasiones la presiones de los sindicatos a favor de planes alternativos. Se impone, pues, la necesidad de una Oficina Nacional de Empresa —ligada a una estrategia alternativa de producción.

● El principal inconveniente para una ampliación de la intervención pública es el humano: hace falta gente capacitada para la gestión (que pueda, por ejemplo, reconducir una fábrica) y que, al mismo tiempo, sintonice con la estrategia. La falta de este tipo de equipos ha obligado a menudo a las oficinas de empresa a embarcarse con empresarios privados en diversos negocios. La relación, cuando menos para la Oficina de Empresa del Gran Londres, ha dejado

siempre mucho que desear, comparado con los casos en los que el control era plena o mayoritariamente municipal.

● Se impone la necesidad de nuevos sistemas de evaluación de inversiones y contabilidad social. Hay que cambiar de enfoque, hacer menos hincapié en los rendimientos financieros a corto plazo y prestar más atención a otras cuestiones del producto, más a largo plazo; su fuerza relativa frente a estos productos, y en qué medida responde a las necesidades que no son puramente del mercado y también a las del mercado. Como bien saben los japoneses, cualquier tipo de reconversión lleva mucho tiempo. Por eso efectuaron las correspondientes modificaciones en sus instituciones y métodos de evaluación.

● La solidez de la estrategia depende, por encima de todo, de la participación de los trabajadores.

Quienes han diseñado los planes estratégicos no han sido economistas divorciados de la producción, sino investigadores ligados a los que trabajan en la industria —que una y otra vez han aportado su profundo conocimiento y un sentido cabal de lo que se podía hacer—.

Las oficinas de empresa han intervenido en los sectores de mercado. Pero también las corporaciones locales son perfectamente conscientes de que el tema de la reconversión se presenta —y normalmente a mucha mayor escala— en los propios servicios públicos. Como en la producción para el mercado, también aquí aparecen diversas alternativas claras de reconversión. Algunas no se limitan a los aspectos de la especialización flexible. En la energía, por ejemplo, se puede elegir por un lado la energía nuclear y, por otro, la conservación del medio ambiente. No es una elección que pueda resolverse de acuerdo a criterios financieros, sino que hay que tener en cuenta sobre todo las consideraciones políticas, de empleo y ecológicas. En el caso del London Transport, por otro lado, la batalla de alternativas llevaba aneja la cuestión de cómo poner en práctica los nuevos sistemas (y también la de las tarifas). La creciente fuerza de la alternativa progresista empujó al Gobierno a «nacionalizar» London Transport. Algo parecido ocurre con el cableado —que constituirá la infraestructura básica de la era electrónica—; también hay diversas opciones respecto a la introducción y control de las fibras ópticas.

En todos los casos está teniendo lugar una reconversión; y no tiene por qué ocurrir de una única forma. Cada alternativa tiene muy distintas implicaciones para los trabajadores y hay una posibilidad de elección que no puede saldarse comparando simplemente tasas de rendimiento. Se trata de opciones sociales y políticas. Incluso en algunos casos las opciones más deseables socialmente resultan muy superiores también desde el estrecho punto de vista de los costos (la sanidad preventiva, por ejemplo).

Estrategia alternativa de producción

Mi argumento, por tanto, es el siguiente. La crisis económica actual debe contemplarse primera y fundamentalmente como una crisis de reconversión. Es una reconversión que se está llevando a cabo con costos elevados. Para la izquierda debe ser prioritario intervenir en la reconversión para alterar su curso. Para ello hace falta una minuciosa planificación popular, sector por sector y empresa por empresa, y el desarrollo de la capacidad material para intervenir tanto a nivel nacional como local. Eso es lo que yo entiendo por una estrategia alternativa de producción.

Todo esto tiene implicaciones tanto de estrategia política como de estrategia económica. Unas políticas económicas que partan del enfoque keynesiano o de un enfoque de sistemas abstractos de control, llevan a concentrar las miras en la consecución del poder del Estado. Porque sólo el Estado puede cambiar el tipo de interés o la fiscalidad; pero tiene en buena parte el problema de que a

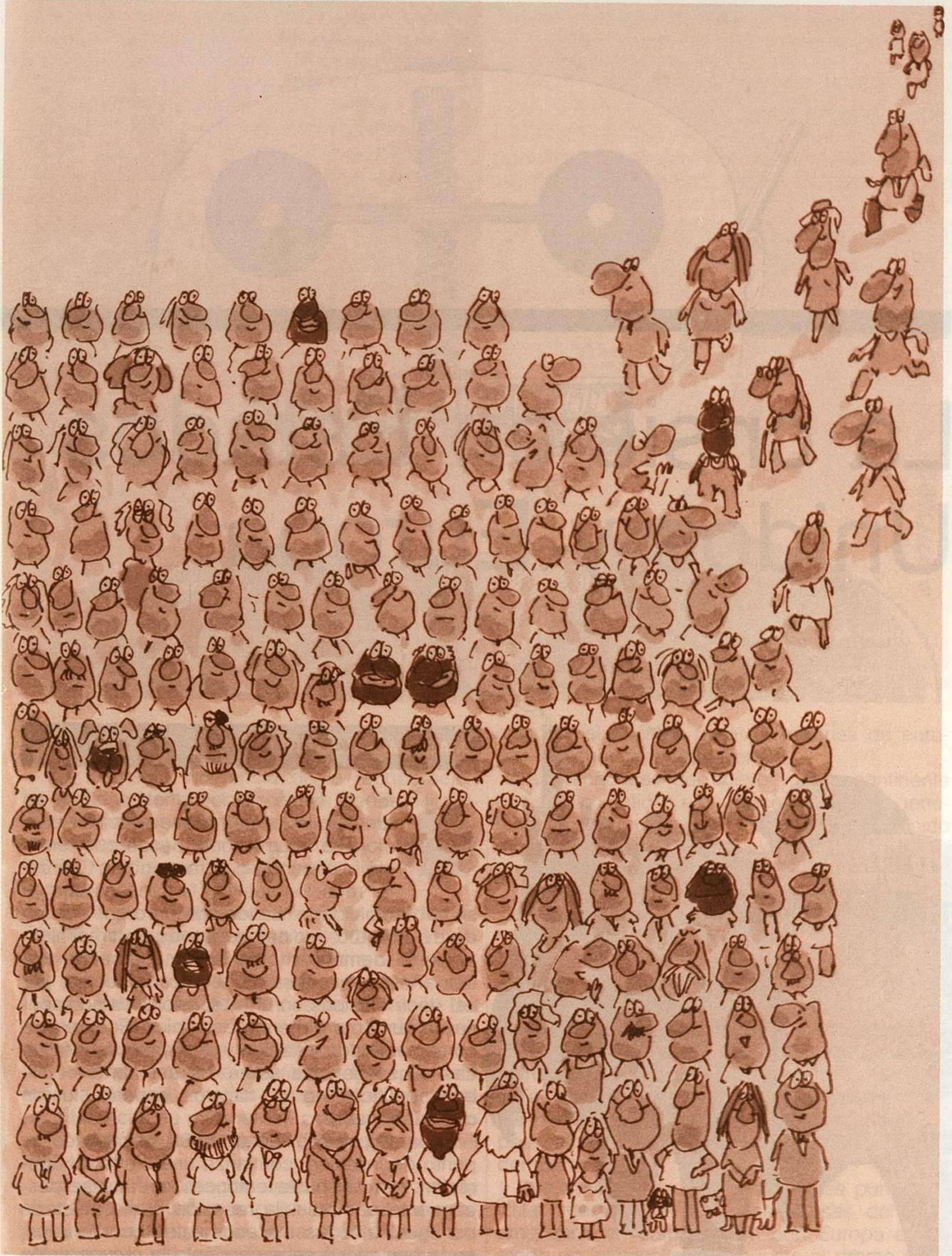
mucha gente le resulta abstracto, alejado de su propia capacidad de acción inmediata.

La producción alternativa ofrece un enfoque distinto. Empieza donde está la gente: en cada fábrica, tienda u oficina; el tipo de comida que se vende en un supermercado o el programa de televisión. Pero no sólo es que los planes alternativos empiecen aquí, sino que además casi siempre se puede hacer algo. Quizá sea algo limitado y dificultoso, pero tendrá esa virtud abrumadora en política: la de ser práctico. Y las limitaciones, que se sentirán muy pronto, empujarán a establecer nuevas conexiones, reivindicaciones más generales y, sin tardar, políticas prácticas detalladas que sólo un Gobierno progresista podrá llevar a cabo. El Estado pasará de ser contemplado como el «gran proveedor» y el foco del poder, a convertirse en apoyo de las iniciativas que en todas partes impulsarán y defenderán los sindicalistas, los barrios y los municipios. Y, por paradójico que resulte, un movimiento desarrollado de esta forma proporcionará unos cimientos más sólidos, no más endebles, sobre los cuales podrá emprender su obra un Gobierno progresista.

Todo esto que digo no es una letanía de deseos, sino un reflejo de lo que ha venido pasando en los últimos 15 años. Ese gran florecimiento de las acciones alternativas a nivel local de los años 70, a través de un sin fin de publicaciones comunitarias, grupos de mujeres, unidades de apoyo de los sindicatos, grupos pacifistas, centros de asesoramiento legal, comunidades de inquilinos, secciones sindicales y comités conjuntos, sentaron las bases de un cambio en la política municipal. En Londres llegó primero a nivel de distritos (como Wandsworth), y más tarde, en 1981, con el Consejo del Gran Londres. Y éste, a su vez, ha intentado, como otros consejos, verse como una instancia que da fuerza al sinnúmero de grupos de los que surgió, en vez de limitarse a tomar su fuerza de ellos.

Ahora es posible elevar todo esto a nivel nacional. En el campo de la estrategia económica ya se han unido diversos grupos de autoridades locales para generar alternativas nacionales para la industria de la confección, la Ford, el acero, la televisión por cable y los aprovechamientos comunitarios de calefacción y energía. Cada uno de ellos dispone del apoyo organizado y el conocimiento en detalle que convertirán la estrategia nacional de intervención industrial en una posibilidad real.

La tarea más urgente para los dos próximos años es, en mi opinión, el desarrollo de planes nacionales por empresas y sectores. Sólo cuando estén hechos resultarán creíbles las medidas keynesianas, de izquierda o derecha, y podrán servir de apoyo a un programa progresista de reconversión. Sin tales planes, tendremos un efímero interludio keynesiano, que no podrá hacer nada para proteger al movimiento obrero del estrecho abrazo de la «japonización» y todas sus secuelas.



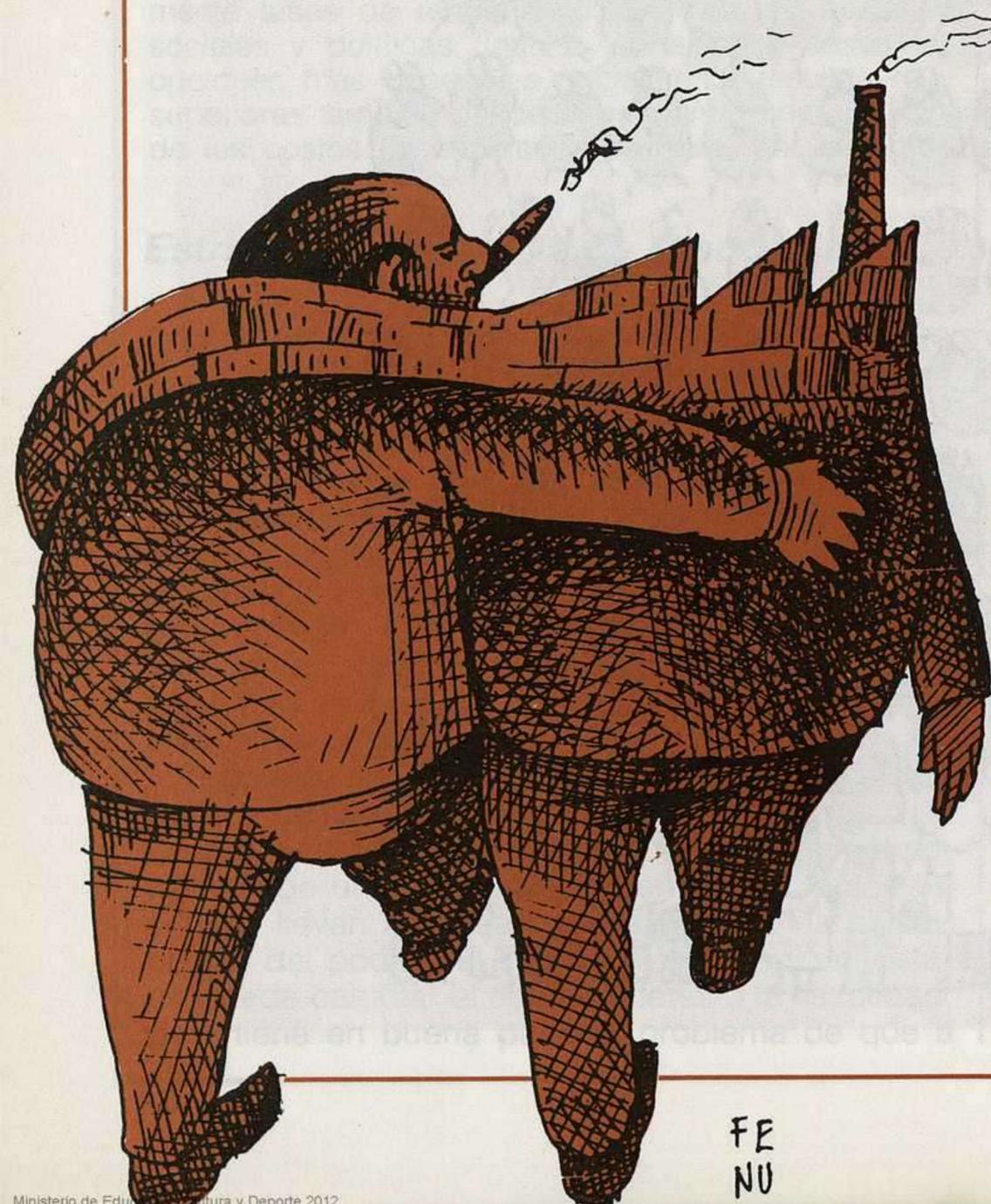
La crisis en Estados Unidos y Europa

78

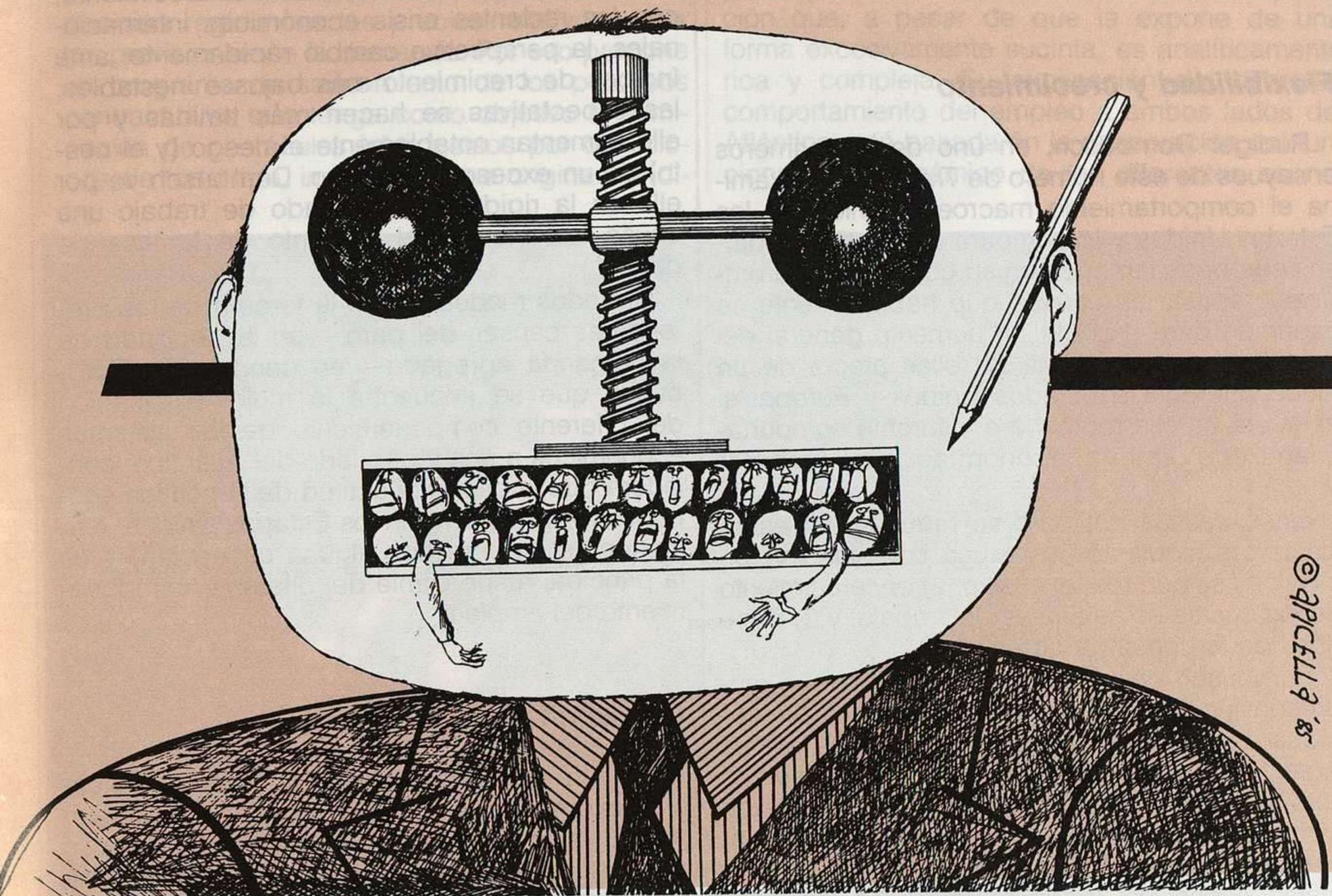
MASSIMO RICOTTILLI

En el inicio de los años ochenta se desarrolla la más grave recesión económica internacional desde que terminó la segunda guerra mundial. Con esta recesión vuelven fenómenos que ya se habían olvidado: índices de paro por encima del 10 por 100, índices negativos de crecimiento de la demanda y de la renta durante casi tres años; pero, además, a estos aspectos, por así decir clásicos en una recesión, les acompaña un aumento general de precios. Esa nefasta combinación de inflación y depresión es inédita. Las consecuencias sobre los anteriores equilibrios políticos no se hicieron esperar: fueron desestabilizados.

En la segunda mitad de 1982 se produce un punto de inflexión: comienza una cierta recuperación. Pero si hasta entonces, en la fase descendente del ciclo, la recesión había afectado por igual a todas las economías occidentales, en la posterior fase ascendente la recuperación



FE
NU



incide con intensidad netamente diferente a uno y otro lado del Atlántico.

Tan diferente incidencia de la recuperación ha vuelto a plantear los porqués de las diferencias de funcionamiento de los sistemas económicos americano y europeo, diferencias que ya habían atraído antes la atención de los economistas.

La recuperación americana se inició en unos niveles muy bajos y fue bastante rápida; velozmente condujo, como de costumbre, a una mayor capacidad que en Europa para crear puestos de trabajo: es éste un aspecto crucial del funcionamiento de la economía americana que no ha aparecido sólo en esta circunstancia coyuntural, sino que ha aparecido igual durante toda la década anterior registrándose siempre un diferencial de millones de puestos de trabajo en la creación de empleo a uno y otro lado del Atlántico.

La veloz recuperación americana, mientras la economía de Europa languidecía en el estancamiento, ha subrayado esta característica ya antes conocida y ha amplificado aquí la preocupa-

ción por el reciente paro de millones de europeos jóvenes y no tan jóvenes.

Las economías del nuevo y viejo continente han sido sometidas a un proceso radical y generalizado de reconversión; tal proceso ha sido muy rápido, porque la difusión de la innovación proporciona grandes ventajas.

Las contradicciones de la reconversión han sido y son importantes: al lado de un importante incremento de la productividad, al lado de un rápido aumento de la fuerza productiva de cada trabajador, ha aparecido un amplio y creciente número de trabajadores sin trabajo. En Europa, generaciones enteras corren el riesgo de permanecer al margen de la parte más protegida del mercado de trabajo.

Tal marginación tiene consecuencias evidentes para el sistema de relaciones industriales y para el mismo *contrato social* que rige las democracias.

Considerando todos los anteriores puntos de vista, interrogarse sobre las causas del éxito americano en comparación con Europa es un modo de intentar una respuesta al drama euro-

© APICELLA '85

peo. ¿Dónde está la clave? El último número de la revista *Transizione* (1) se plantea tal pregunta.

Flexibilidad y crecimiento

Rudiger Dornbusch, en uno de los primeros ensayos de este número de *Transizione*, examina el comportamiento macroeconómico de los Estados Unidos y lo compara con el de los países europeos tomados en su conjunto. Para empezar repasa las causas que habitualmente se esgrimen para explicar un aumento general del paro y busca si alguna de ellas afecta de un modo diferente a Estados Unidos y Europa: si así fuera en ella radicaría el diferente comportamiento de ambas economías para generar empleo.

Estas causas del paro se reducen, en esencia, a las siguientes (o a una combinación de ellas): 1) salario real excesivo; 2) encarecimiento de los costes no salariales del trabajo, y 3) debilidad de la demanda agregada.

Dornbusch descarta de entrada, y de un modo convincente, la primera de estas tres pretendidas causas del paro —los salarios reales excesivos—, causas propuestas por diferentes versiones de la escuela neoclásica. Dornbusch afirma que no existe una base teórica para proponer que el paro tiene su origen en salarios reales excesivos. Además, dice, en los años ochenta tal propuesta queda refutada por la evidencia empírica: durante el primer quinquenio de los ochenta los salarios reales han crecido bastante menos que la productividad.

Acepta, por el contrario, que la segunda de aquellas pretendidas causas del paro —el encarecimiento de los costes no salariales del trabajo— puede ser una de las causas principales del aumento general del índice de paro. El encarecimiento de los costes no salariales del trabajo tiene que ver con las complejas transformaciones ocurridas en las relaciones laborales de los países industrializados después de la segunda guerra mundial, transformaciones que han convertido al mercado de trabajo en un mercado bastante rígido. Así, el factor trabajo se ha convertido en un medio de producción inmodificable, con un comportamiento similar a las inversiones a medio o largo plazo. Un mercado laboral rígido puede originar que, en determinados momentos, el empleo sea excesivo. El riesgo y el coste diferencial de un empleo excesivo para el volumen de producción final fueron mínimos mientras la economía crecía, con índices altos y

continuos, hasta finales de los años sesenta. Al terminar ese «período de oro» del crecimiento, con las recientes crisis económicas internacionales, la perspectiva cambió rápidamente: ante índices de crecimiento más bajos e inestables, las expectativas se hacen más tímidas y por ello aumentan notablemente el riesgo (y el costo) de un exceso de empleo. Dornbusch ve por ello en la rigidez del mercado de trabajo una causa importante del aumento de la tasa de paro.

De todos modos, es en la tercera de las pretendidas causas del paro —en la debilidad de la demanda agregada— en donde cree Dornbusch que se encuentra la mejor explicación del diferente comportamiento de los sistemas económicos a uno y otro lado del Atlántico: considera que la diferente actitud de la política económica —expansiva en los Estados Unidos, restrictiva en Europa (con alguna excepción)— es la principal responsable del diferente comportamiento del empleo.

Una alternativa

De esta constatación y de la favorable situación internacional deriva la solución del problema europeo. Dada una situación de retroceso de la inflación, de disminución del tipo de cambio del dólar y de los tipos de interés estadounidenses, resulta ineludible y socialmente obligatorio, según Dornbusch, el relanzamiento de la actividad económica dando un fuerte tirón a la demanda; Dornbusch afirma que la vuelta a una política sería de crecimiento es una condición necesaria incluso para que se superen las rigideces estructurales del mercado de trabajo: sólo si se ofrecen oportunidades alternativas de empleo puede pedirse, en los términos de una rigurosa negociación social, renunciar a una seguridad jurídica en el puesto de trabajo. Por eso, continúa, en las actuales circunstancias, favorables, en aquellas economías en que la inflación ya está cayendo, insistir en la reducción de la inflación con políticas monetarias restrictivas, además de ser socialmente injusto, origina un grave perjuicio al funcionamiento de la economía.

El punto de vista de Dornbusch es, pues, bastante claro: se trata de restablecer —con el mercado como centro— unas reglas de juego que excluyan la actual realidad de que contratar trabajadores es una decisión vinculada a medio y largo plazo; en vez de tal realidad, que genera

paro, las reglas de juego a restablecer deben convertir la contratación de trabajadores en una decisión regida por los precios relativos y por las previsiones de la demanda. Por eso propone un programa de saneamiento de los procesos contractuales que tenga como objetivo la eliminación de obstáculos interpuestos por coaliciones de todo tipo, incluso los que originan sindi-

comportamiento del empleo en Estados Unidos y Europa. Ofrece como alternativa una explicación que, a pesar de que la expone de una forma excesivamente sucinta, es analíticamente rica y compleja. Su explicación del diferente comportamiento del empleo a ambos lados del Atlántico está basada en la observación del funcionamiento dinámico de las diferentes econo-



catos excesivamente poderosos; su propuesta quiere reducir, con rigor, toda posición que genere rentas diferenciales.

Este programa sólo es socialmente aceptable si las autoridades políticas y político-económicas se comprometen a favorecer un proceso de crecimiento orientado al pleno empleo.

Salvatore Biasco, en otro artículo de este número de *Transizione*, comparte la crítica de Rudiger Dornbusch a las concepciones neoclásicas, pero acepta sólo parcialmente su explicación sobre las causas de las diferencias en el

mías que forman el sistema internacional y no en un análisis de estática, comparativo.

Dinámicas en Estados Unidos y en Europa

Este análisis se basa en considerar: 1) la profunda revolución tecnológica que ha rebajado notablemente el precio relativo de las máquinas; 2) la dinámica de sustitución de los inputs; 3) la menor importancia de las economías de escala, y 4) al empleo como un factor fijo del proceso productivo. Dado este contexto, las relacio-



nes económicas internacionales y en particular las variaciones de los tipos de cambio entre las monedas asumen una importancia crucial.

Para entender por qué juegan tan relevante papel en determinar la estructura actual, es necesario prestar atención al momento en que se abandona el sistema de cambios fijos: los años setenta. Entonces el mundo económico es, cuando menos, un mundo dual. Las economías nacionales y los sectores donde la productividad crece más rápidamente que los salarios reales atraen capitales ante la previsión de mejores expectativas; su movimiento alimenta tendencias a la revaluación. El resultado es, efectivamente, la revaluación de esa moneda y por ello un sistema de costes alto respecto al sistema de precios internacionales, lo que incluye en primer lugar a su salario real. Tal evolución motiva e impulsa una reestructuración y un decaimiento de los sectores en los que la productividad crece menos y, ulteriormente, un crecimiento allí de la productividad: la inicial relación entre crecimiento de la productividad y de los salarios se refuerza de modo que las tendencias a la revaluación se manifiestan nuevamente con el consiguiente deslizamiento de capitales y con una nueva revalorización del tipo de cambio. Se

trata, pues, de un proceso acumulativo.

La revaluación de unas monedas presupone la devaluación de otras. Estas pertenecen a economías en las que el diferencial de crecimiento entre productividad y salarios es más débil o, con más razón, más favorables a los segundos que a la primera. Se establecen entonces tendencias a la devaluación potenciadas por el movimiento de salida de capitales y así a un reequilibrio entre costes internos y precios exteriores que se logra provisionalmente por vía de la devaluación. Se trata de un proceso acumulativo inverso al precedente.

En tales procesos no tiene sentido hablar de economías en que los salarios son bajos o altos. La magnitud relativa de estos respecto a los precios del mercado internacio-

nal depende del punto del proceso acumulativo que hemos indicado. Salvatore Biasco describe, pues, un mundo bastante inestable en el que los cambios y los precios oscilan frecuentemente tanto más si el contexto general es inflacionario.

Las consecuencias son importantísimas. Los precios relativos, los que se cotizan en cada momento en el mercado, no son ya parámetros fiables: cuentan bastante más las expectativas, necesariamente a corto plazo, que tienen que prever un futuro bastante incierto: las empresas no conocen, o tienen una percepción bastante limitada, de su propia curva de demanda. De ahí las dificultades para distinguir las oportunidades transitorias de beneficio de aquellas permanentes. Esto implica que, allí donde se han consolidado expectativas de estancamiento, un coyuntural aumento de la demanda, aunque dure cierto tiempo, puede no ser una señal suficiente para ampliar la producción. En sus dudas, como alternativa, las empresas intentarán aprovechar la oportunidad aumentando los precios, no la oferta; las economías nacionales que carezcan de productos demandados o que los puedan producir en cantidad insuficiente transformarán la demanda en mayores importacio-

nes. En esta situación, agravada por la rigidez del mercado de trabajo a que se refirió Dornbusch, la perspectiva para las inversiones y, por tanto, para el empleo es pésima.

La clave analítica que Biasco ofrece permite interpretar el curso de algunas economías europeas durante los años setenta y su sucesivo estancamiento. Los procesos dinámicos en los que éstas están inmersas, dadas unas políticas económicas en general restrictivas, constriñe a esas economías a un prolongado estancamiento (conviene apuntar que las políticas restrictivas, reforzando las expectativas de paralización, transmiten la depresión del corto al largo plazo). La recuperación estadounidense, con un dólar fuertemente al alza, se transmite de una manera débil a las economías europeas por la dificultad de atribuir permanencia al coyuntural aumento de la demanda de exportaciones. En cualquier economía lo que cuenta no es tanto la relación entre costes y precios, en un momento dado, sino el proceso dinámico en que esa relación está inmersa.

Sobre los procesos por los que crece la productividad y avanza el progreso técnico aplicado a la industria trata otro artículo de este número de *Transizione* del que es autor Ricottilli: Flexibilidad en Estados Unidos y en Europa.

(1) *Transizione*. Director: G. Campos Venuti, R. Fieschi y F. Galgano. Via San Vitale, 13. Bologna 40125. Italia.

